

IX-69

30 ENE. 1936 0162



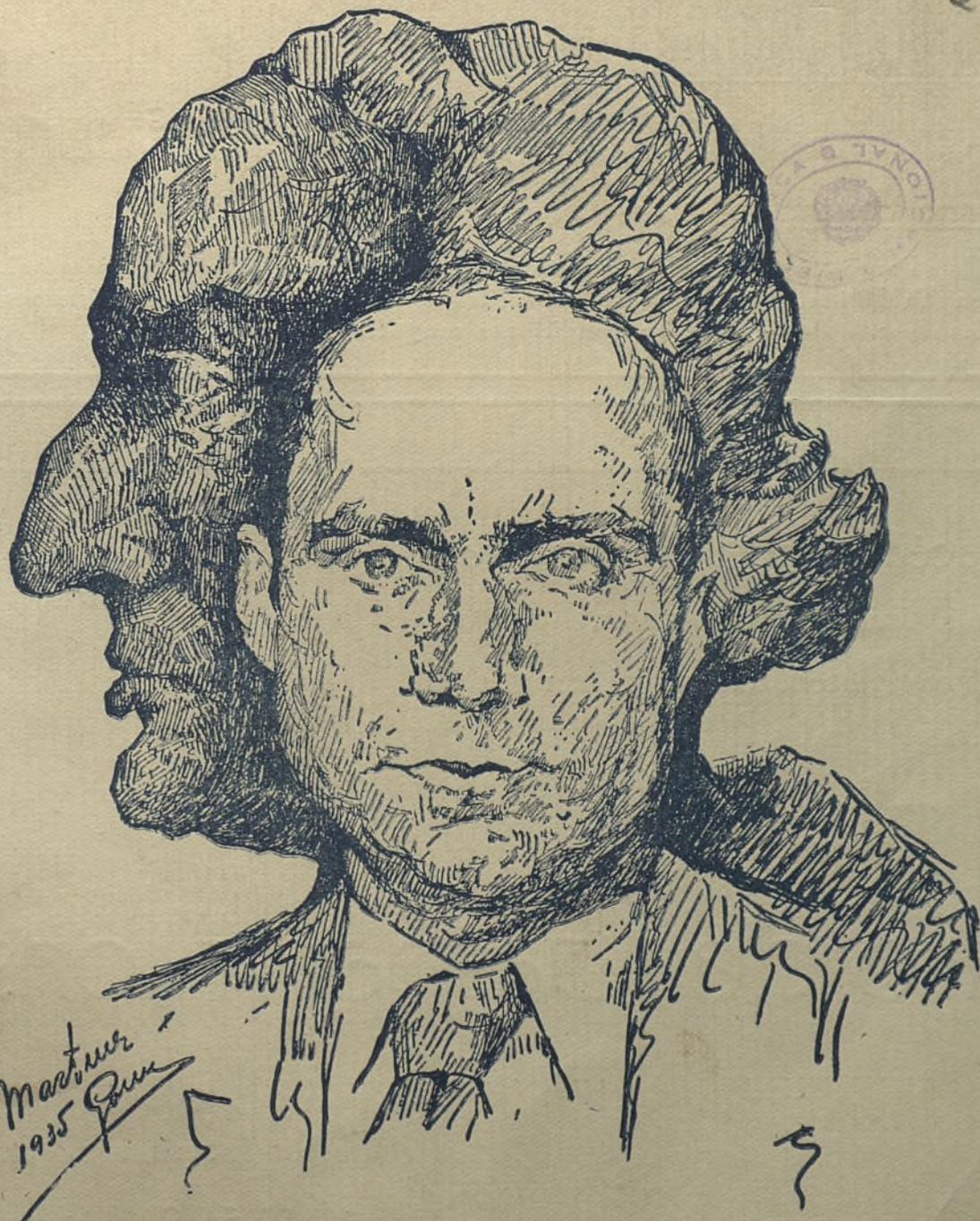
LETRAS

Revista Apolítica



1492 - 1935

L
2354



EL CAPITAN IGLESIAS

Jefe de la expedición al Amazonas, continuador de las grandes empresas que hicieron impercedero el nombre de España y que lograron para sí la inmortalidad

50 CTS.

Banco Español de Crédito

Capital autorizado . Ptas. 100.000.000.00
» desembolsado » 51.355.500.00
Reservas » 67.621.926.17

FUNDADO EN EL AÑO 1902

Domicilio Social: Alcalá, 14 y Sevilla, 3 y 5 - MADRID

Más de 400 sucursales en España y Marruecos

SUCURSAL DE SEVILLA: Tetuán, 39 y Albareda, 7

PRINCIPALES OPERACIONES

Cuentas corrientes - Imposiciones a plazo - Caja de ahorros - Giros - Descuentos
Préstamos - Ordenes de Bolsa - Cupones - Transferencias - Monedas, etc., etc.

SERVICIO COMERCIAL

Este Banco ofrece al público los servicios de los Almacenes de su propiedad situados en Tabladilla, para depósitos de aceites y cereales, concediendo préstamos sobre las especies depositadas en condiciones muy favorables.

Almacén General de Maderas

con Máquinas de Aserrar, Acepillar,
Labrar, hacer Molduras y Entarimados

Hijo de Gaspar Alonso

Gaspar Alonso, 1 y Porvenir, 14
Teléfono 31010

Sevilla



LETRAS

Revista Apolítica



REVISTA SEVILLANA CULTURAL Y APOLÍTICA

AÑO I

SEVILLA. 15 NOVIEMBRE 1925

NÚM. 2

DIRECCION: ANTONIO SUAREZ
REDACCION: C. QUIRCE DELFA



DIBUJANTE: ALEJANDRO MARTINEZ
CORRESPONDENCIA: PORVENIR, 14 - SEVILLA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

ESPAÑA

EXTRANJERO

	<u>PTAS.</u>		<u>PTAS.</u>
UN TRIMESTRE.	1,40	UN AÑO	7,00
UN SEMESTRE	2,75		
UN AÑO.	5,00		

Derechos de certificado: Ptas. 0,50

El pago de las suscripciones por adelantado. — No respondemos del extravío de los números que no vayan certificados.

LETRAS admitirá para su estudio cuantos trabajos envíen los colaboradores espontáneos, pero no mantiene correspondencia particular sobre ellos. La colaboración espontánea la retribuiremos siempre que se publique.

Tarifa de Publicidad

Página entera en cubierta interior.	Ptas. 40
Media página " " " "	" 20
Cuarto " " " "	" 15
Página entera " " exterior	" 85

PAGINAS INTERIORES SIN INTERCALAR EN LOS TEXTOS

Una página	Ptas. 40	Cuarto página	Ptas. 15
Media "	" 30	Octavo "	" 10

*Nuestro próximo número saldrá
el día 30 de diciembre
Constará de cuarenta páginas*

BOLETIN DE SUSCRIPCION

D. domiciliado en
.....
..... provincia de

calle núm. se suscribe por
..... desde el número de⁽¹⁾

enviando su importe por⁽²⁾

..... a 193

(1) Fecha del último número publicado o siguiente.

(2) Giro postal o sellos de correo

Comerciantes e Industriales

Los anuncios en esta revista, que encarna la defensa de los intereses generales, significan una ayuda económica que hallarán recompensada en todo momento, por la campaña que realizamos en favor de vuestros intereses económicos.

SUMARIO

Agradecidos

- América en la época de su descubrimiento *F. Pi y Margall*
¡Dios te guíe, «Artabro»! *Francisco Pérez Otero*
Recepción en la Academia Sevillana de Buenas Letras de don Angel Camacho Baños
¡Alumbra, oh Luz!..... *Julián Martín Moreno*
De difuntos..... *Antonio Portillo*
Una visita al Cementerio..... *Ceferino Quirce Delfa*
Pedro Mártir de Angleria..... *M. Menéndez Pelayo*
El Gremio de los Carpinteros sevillanos
Alrededor del Mundo *Marqués de San José de Serra*
Los dominios del aire
Historia de un mirlo blanco (cuento)... *A. de Musset*
Temas Sociales. *Antonio Piñeroba*
Economía Nacional
Divulgaciones para menores
Cuentos y Chismes..... *Doña Josefa*
Asistencia Social
Libros y Revistas..... *Antonio Suárez*
Celuloide y Ondas..... *Rafael Suárez*
Deportes *«Peñita»*

Dibujos en los interiores por A. MARTINEZ GOMEZ

Anunciantes

Para vender mucho y en condiciones hay que mirar no sólo vuestros presupuestos económicos sino aquellas anomalías de carácter general que únicamente pueden salvarse por una intervención directa cerca de los Gobiernos. Todo esto sin crítica ni censura, en un ambiente de cordialidad y buena disposición.

Compañía Nacional de Seguros

ESPAÑA, S. A.

Domicilio social: AVENIDA DE PI Y MARGALL, 16
MADRID

El progreso del Seguro sobre la Vida en España

La total recaudación de primas obtenidas por todas las Compañías de Seguros sobre la vida que trabajan en España se ha elevado durante el año 1932 a pesetas 87.881.162, cifra superior en 30.038.595 pesetas a la correspondiente al año 1927, lo que denota el considerable progreso experimentado en el quinquenio de 1928 a 1932, durante el cual han aparecido en el mercado varias importantes nuevas Compañías dedicadas al ramo de Seguros sobre la vida, y se han lanzado a operar en dicho ramo algunas antiguas Sociedades que venían practicando solamente otros ramos de Seguros distintos del de vida.

Resulta del mayor interés el conocer la proporción en que han participado en el total aumento de recaudación de primas experimentado en dicho último quinquenio cada una de las Compañías que a tal aumento han contribuido, según los datos oficiales publicados por la Inspección General de Seguros y Ahorro del Ministerio del Trabajo, por lo que insertamos a continuación las cifras correspondientes:

COMPAÑIAS	Su participación en el total aumento de recaudación	Tanto por ciento a que resulta equivalente
Banco Vitalicio de España	5.143.074	17,12 %
ESPAÑA, S. A. Compañía Nacional de Seguros	4.518.351	15,04 »
La Equitativa, F. R. (New-York y Standard, incluidas)	3.532.025	11,76 »
La Unión y El Fénix Español	3.303.539	11,00 »
La Sud América	2.830.174	9,42 »
L'Union	2.113.023	7,03 »
La Victoria de Berlín	1.520.753	5,06 »
Vita	1.252.049	4,17 »
Plus Ultra	1.242.097	4,14 »
Compañía Adriática de Seguros	1.109.815	3,69 »
Caja Mutua Popular	687.328	2,29 »
Aurora	678.242	2,26 »
L'Abeille	541.648	1,80 »
Sociedad General Española de Seguros y Reaseguros	541.308	1,80 »
Le Fénix	499.357	1,66 »
Compagnie d'Assurances Générales sur la Vie	409.466	1,36 »
L'Urbaine	315.993	1,05 »
Unión Española	276.276	0,92 »
Cervantes S. A.	249.945	0,83 »
El Fénix Austríaco	218.724	0,73 »
El Porvenir de los Hijos	122.834	0,61 »
El Faro Español	179.233	0,60 »
La Paternelle	135.207	0,45 »
La Patria Hispana	128.746	0,43 »
La Nationale	119.751	0,40 »

Las restantes once Compañías figuran con recaudaciones en menos por un total de pesetas 1.690.363.

(De la Revista «ECONOMIA», fecha 31 de Octubre de 1933.)

Agradecidos

No podíamos esperar tanto por tan poco.

Nuestro primer número ha sido acogido por todos con simpatía y singular deferencia. La opinión se mostró serena en sus juicios y con tonos de ánimo, para estos redactores cuya única ilusión consiste en agradar. Ese diario tan genuinamente español, que tiene en su redacción los mejores maestros del periodismo y de la literatura, los artífices de BLANCO Y NEGRO, la publicación más fina y selecta que existe, ha tenido la amabilidad de dedicarnos un párrafo elogioso. Nosotros no hemos pensado en otra cosa que en superar la presentación y formato del primer número, porque si los más eruditos nos favorecen en su crítica, no tenemos que esperar otra honra y otro provecho mejor, que satisfaga las amarguras y desvelos que sufrimos gustosos, que esos párrafos de A B C, EL LIBERAL de Sevilla y EL SOL de Madrid.

A la Prensa en general damos las gracias por no haber dicho absolutamente nada. El silencio es prueba evidente de muchas cosas, malas o buenas, pero es silencio, y nos resulta muy práctico para el reposo. Los mejores periodistas han dado su opinión y ya decimos que es suficiente. Cuando la revista supere a los cálculos de muchos, hablar de ella no significará nada. Los esfuerzos primeros tienen su éxito si alguna persona en la cumbre advierte los peligros y aconseja. Cuando se consiguió vencer las dificultades toda alabanza es estéril. Por estas razones poderosísimas siempre conservaremos en nuestros anales el recuerdo cariñoso que A B C y EL LIBERAL de Sevilla, nos dedicaron a la salida de LETRAS.

El público nos ha dispensado su aceptación benévola y correspondemos aumentando el número de páginas e incorporando firmas noveles y trabajos de maestros. Seguimos el mismo camino. Cumplimos lo prometido en el primer número y nos superamos en éste pero sin llegar a conseguir nuestros propósitos, porque aún tenemos defectos que deben estar metidos en lo más lejano del cerebro y las equivocaciones se suceden levantando una polvareda que nos impide ver perfectamente el camino de las composiciones.

No es, amigos nuestros, lo que Vdes. ven tan excelentemente en sus buenas intenciones. Nosotros, aparte de la modestia, reconocemos siempre la verdad. Y la verdad es tan clara que a nadie se oculta la serie de vacilaciones que contienen nuestras páginas. Estamos empeñados en lograr que esta revista sevillana se ponga entre las primeras de España. Pero hoy es la última, porque ha salido la última y porque su valor es relativo.

Las cartas recibidas las agradecemos muchísimo y en la imposibilidad de contestar a todas, como serían nuestros deseos, nos perdonarán los lectores esta falta de atención, sirviendo las líneas presentes para demostrarles nuestra distinción y afecto.

La Dirección

América en la época de su descubrimiento

A fines del siglo XV eran numerosos en América los pueblos salvajes, escasos los cultos. Eran cultos en la del Norte los aztecas, que ocupaban el territorio de México; en la del Centro, los mayas, pobladores de Guatemala y de la península yucateca; y en la del Sur, los chibchas habitantes de la actual Colombia, y los tahuantinsuyus, hoy los peruanos, que se extendían desde las riberas del Angasmayu hasta las de Maule.

Aún estas gentes eran inferiores, en cultura a las de Europa. No habían salido de la edad de cobre. Disponían de corto número de instrumentos para el trabajo. No tenían otra bestia de carga que el carnero llama, y esto sólo los tahuantinsuyus. No conocían el astrolabio, cuanto menos la brújula; no habían llegado a otros medios de navegación que la balsa y la canoa. No necesitaban de la moneda los tahuantinsuyus, regidos por un sistema casi comunista; los mayas y los aztecas empleaban generalmente como signo de cambio almendras de cacao. Pueblo alguno había pasado de la escritura jeroglífica; habíanse acercado a la fonética los mayas y los aztecas, pero sólo acercándose.

Valíanse en las guerras del arco, la pica, el dardo, la clava, la honda y una como espada a que los aztecas dieron por filo agudas hojas de iztli; no de arma alguna de hierro, metal que no conocían. Empleaban a lo sumo el cobre para las puntas de sus saetas y sus lanzas. Usaban ya los aztecas las armas defensivas, pero, salvo los reyes y los nobles, escudos de bambú, petos y cotas de algodón aforrados exteriormente de plumas y cascos, grevas y brazales de madera revestidos de cuero. De las armas de fuego no habían ni remotamente oído.

Esas gentes, con todo, tenían organizados grandes ejércitos, defendidas por altos muros sus ciudades y por imponentes fortalezas las cumbres de sus cerros; leyes y aún ritos para la guerra; y así los tahuantinsuyus como los aztecas, un espíritu invasor que los llevaba a retirar indefinidamente los límites de sus ya vastos imperios. Los tahuantinsuyus, a quienes regían y gobernaban los Incas, proponíanse por la guerra, hasta extender su civilización, ya que no vencían pueblo que no procuraran ganarse por la prohibición de todo sacrificio humano y los beneficios de la agricultura. No los habríamos fácilmente dominado, a no haber sido por la inmensa superioridad de nuestras armas, las discordias que los debilitaban, y la disciplina social a que de antiguo venían sujetos. En las artes de la paz tampoco habían dejado de hacer progresos aquellas gentes.

Sin disponer del arado surcaban ordenadamente sus campos. Los cultivaban con esmero, los vigorizaban por el abono y los humedecían con aguas tal vez traídas de lejanas tierras al través de ya abiertas, ya cerradas cañerías.



Aprovechaban en México hasta la tierra del fondo de los lagos, y en el Perú hasta la de los más abruptos cerros y la que había debajo de los arenales de las costas. En sus cerros los peruanos hacían andenes, y en sus arenales abrían profundas hoyas que calzaban de adobes. En sus lagos los aztecas cubrían de chinampas la superficie. Eran chinampas almadrías de ciento y más pies de longitud, en que sobre una capa de leños y cañas atados por fibras de vegetales acuáticos, se extendían dos o tres pies del barro negro que el fondo del lago ofrecía.

¿Qué no hicieron, además, en la industria todas aquellas naciones, con carecer de herramientas?... La urna de Tlatelolco habla elocuentemente de lo adelantada que estuvo entre los aztecas la cerámica; los vasos que contiene el Museo Arqueológico de Madrid nos dicen las varias e ingeniosas formas que supieron dar a sus artículos de arcilla y barro los tahuantinsuyus. Entre los vasos de los tahuantinsuyus, algunos dobles, triples y aun cuádruples, los hay que por el movimiento del agua y la salida del aire remedan, ya el gorgojear de un pájaro, ya el silbar de la culébra, ya el lamento o el alarido de júbilo del hombre. Los hay también con caras tristes y compungidas, donde por lo adelgazadas que están las paredes de los lagrimales sale el agua a gotas por los poros y se desliza lentamente por las mejillas a manera de lágrimas. Los aztecas sabían vidriar el barro.

Labraban todas aquellas gentes la piedra como las más entendidas de Europa. Admiraron por la sillería de sus monumentos a los españoles. En el Perú no parecía sino que hubiesen buscado dificultades por el gusto de vencerlas. Hicieron paredes con sillares poliédrico-irregulares, perfectamente ajustados los unos a los otros, sin que pudiera meterse en las juntas, la más delgada hoja de acero. Ni se circunscribían a encuadrar la piedra: labrabanla con perfección y la adornaban, ya con altos, ya con bajos relieves, sobre todo

en Yucatán y en México. Ni importaba que la piedra fuese dura: se atrevían con el pórvido. Labraban también las piedras preciosas; las esmeraldas, las amatistas, las turquesas. Son célebres la esmeralda de Achiutla que se adoró bajo el nombre de «Corazón del pueblo», y la de la Isla de la Plata, imagen del dios «UMIÑA».

El oro y la plata trabajábanlo también como nadie así los tahuantinsuyus como los aztecas. Los fundían, los soldaban, los esculpían, los realzaban y los batían con perfección suma; los reducían a delgadas hilos y más delgadas hojas, los casaban entre sí y los unían con otros metales; realizaban por fin, maravillas, cuyo secreto intentaron inútilmente de descubrir sus conquistadores.

De oro hacían los peruanos mariposas tan bien dispuestas y de tan tenues alas, que, desprendidas de cualquier altura, revoloteaban algún tiempo antes de caer al suelo. De oro fabricaban, peruanos y aztecas, toda clase de objetos; vasos, cántaras, platos, engarces para piedras preciosas, marcos de espejos, almetes y otras piezas de armadura, para la gente noble, e imágenes de todos los seres de la Naturaleza. De estas ricas imágenes vieron poblados, Hernán Cortés, los jardines de Moctezuma, y Francisco Pizarro los del palacio de los Incas.

En tejidos. ¿Qué no hicieron aquellos hombres? De algodón labraron todos, ya bastas, ya finísimas telas, a que dieron cuando les plugo, visos y apariencias de sederías mezclándolo con pelo de conejo. Tejían, además, con fibras de magney el «nequen», vestido del pobre. Lana no la podían tejer ni aztecas ni mayas, porque no la tenían. Tejiéronla, en cambio, maravillosamente los tahuantinsuyus, que las extraían de sus cuatro clases de carneros; el llama, el guanaco, la alpaca y la vicuña. Del vellón de la alpaca y la vicuña, sobre todo, fabricaron aquellos industriosos artesanos telas, que los conquistadores creyeron dignas de figurar entre las ropas de sus reyes. Sabían dar a los paños de vicuña la suavidad y el brillo de la sarga, pintarlos con vivos colores y darles orlas, ya de la misma hilaza, ya de finas y delicadas plumas. Habían aprendido a reproducir por la misma trama del tejido, no sólo líneas sino también flores, pájaros y hombres. Aun a presentar en sus telas dos y más planos habían llevado el arte; no permiten ponerlo en duda los descubiertos en la necrópolis de Ancón, que guarda uno de los museos de Berlín, y están fielmente reproducidos en una obra digna de toda alabanza.

Los aztecas con plumas de los más brillantes pájaros de los trópicos, entre los que figuraban el colibrí, el papagayo y el guainambí, reproducían en una especie de cañamazo, con vivos y propios colores, así la Naturaleza viva como la muerta. Trabajos eran estos de no menor paciencia que ingenio. A pesar de tener distribuidas las plumas por colores en diferentes platillos, ponía a veces horas el artífice en buscar las que mejor correspondiesen a la media tinta o al delicado tono de los objetos cuya reproducción se proponía. Los conquistadores, no sin razón, los estimaron y los encarecieron tanto o más que los tejidos de los peruanos.

Buscaron, por fin, todas aquellas gentes, colores en los tres reinos de la Naturaleza, y los hallaron tan bellos y tan varios como los aquí des-

cubiertos. Lo revelan no sólo los jeroglíficos de los códices que se conservan en museos de Europa y América, sino también los pavimentos y las paredes de los edificios del Perú y México. Lo que no parece que supieron hacer es combinarlos como nuestros artistas.

La falta de toda escritura fonética, había de ser, naturalmente, una rémora para el progreso de aquellas naciones.

Aquellas naciones, sin embargo, supliendo en lo posible, por la enseñanza oral la escrita, educaban aquí a la nobleza, allí a la nobleza y al pueblo, dándoles una instrucción, si corta, práctica.

Tenían todas, por otro lado, su historia y su cosmogonía, bien que envueltas en oscuras tradiciones y fábulas. Principalmente los aztecas habían medido con singular precisión el curso aparente del Sol, y habían llegado, cosa por demás notable, a un sistema cronológico que apenas difería del nuestro, pues sólo se diferenciaba en que tenía distribuidos los 365 días del año en 18 meses de 20 días, a los que añadían cinco complementos designados con el nombre de «nenontemi».

Los monumentos de América son poco conocidos. Se ha examinado con alguna detención los del Norte, principalmente los de México; de una manera superficial los del Mediodía. Son todos de especial índole y carácter; tanto, que por este sólo motivo me atrevería a creer que los americanos o fueron autóctonos o emigraron del viejo continente, cuando en él los pueblos no habían salido aún de la barbarie. Abundan allí las pirámides, pero son distintas de las de Egipto, donde no hay una que ni remotamente se parezca a la de Yochimih, ni a la de Papantla. Ni es menos original el ornato. En parte alguna del mundo se ven los mascarones ni las trompas del Yucatán; en parte alguna, serpientes que corran por todo el coronamiento del edificio, o sirvan de pasamano a gigantes escalinatas, como en el mismo Yucatán sucedía. Hay allí grecas, pero como no se las vió jamás en Grecia; grecas colosales; grecas desarrolladas en tres y más planos; grecas unidas por los vértices de sus ángulos, que corren diagonalmente, desde la línea del dintel de la puerta hasta la cornisa.

Revelan tan notables obras, el grado de cultura de aquellas naciones. Admiran unas por su grandiosidad, y otras, sobre todo las de Uxmal, por la abundancia, la variedad y el buen gusto de sus adornos. En ninguna se ve, el arco ni otra bóveda que la formada por la construcción de dos paredes en ángulo agudo; en ninguna de importancia, la superposición de pisos sobre simples techos. Son muchas de ladrillo, y aun las de sillería tienen de piedra sólo los paramentos.

Eran las más de estas fábricas, o templos o palacios. No es de extrañar, sabiendo que todas aquellas naciones vivían bajo el régimen monárquico y eran profundamente religiosas. Fetichistas los peruanos, tomaban por Dios al Sol y le rendían esplendoroso culto. Habían levantado no sólo numerosos templos, sino también numerosos conventos para las vírgenes al Sol consagradas.

Politeístas los mayas y los aztecas, necesitaron naturalmente de muchos templos para muchos dioses. También de conventos, ya que tenían órdenes religiosas, y reunidos en comunidades sus

sacerdotes, que, encargados exclusivamente de la enseñanza, hacían del templo escuela.

Hablaban todas aquellas naciones de un Dios supremo, mas no le dirigían generalmente ni sus miradas ni sus preces. Prosternábanse todos ante sus ídolos y les hacían cruentos holocaustos. Los peruanos les inmolaban carneros; los aztecas hombres e igualmente los mayas. Principalmente en el Anahuac esos sacrificios humanos se convertían con harta frecuencia en terribles hecatombes. Celebraban los aztecas con inaudito aparato gran número de fiestas religiosas: casi ninguna sin que inmolasen, ya prisioneros de guerra, ya mujeres, ya niños.

El régimen monárquico era allí absoluto. El rey estaba casi al nivel de Dios; a inmensa distancia de los súbditos. Nada allí de asambleas elegidas por los pueblos: nada tampoco de derechos ni de libertades garantidas por la Ley. Los Incas del Perú se decían hijos del Sol, y eran aún más absolutos que los monarcas de México. Vivían enfrenados por el sacerdocio y la superior nobleza. Los monarcas de México debían, por otra parte, contar para muchas empresas con sus confederados los reyes de Texeoco y Tacumba.

Aun bajo el punto de vista social eran más absolutos los Incas que los reyes de México. En paz como en guerra disponían a su antojo de sus vasallos; en guerra llamándolos cuando querían al servicio de las armas y en paz llevándolos por millares a las minas y las obras públicas. Así pudieron, a través de los Andes y de las costas, construir calzadas de centenares de leguas, que fueron asombro de los conquistadores, y extraer de las minas de oro con que adornar de anchos frisos los muros de su famoso templo del Cuzco.

Vivían los peruanos durante el imperio de los Incas casi en pleno comunismo. La tierra estaba toda distribuída entre el emperador, el sacerdocio y los municipios. Los municipios repartían anualmente la suya entre los habitantes. Estos debían no sólo labrar su lote sino también cultivar la tierra del sacerdocio y la del Inca, además de la de aquellos que por su vejez o ausencia no lo hicieran, quedando esta parte a beneficio de la República. Vivía cada familia de su lote y en los años de carestía de los productos de las tierras del sacerdocio y el emperador, productos acumulados en graneros y en almacenes después de cubiertas las necesidades de los funcionarios públicos entre los que figuraban, a mi juicio, los industriales.

En México había, con el nombre de «Calpullis», comunidades agrícolas a la manera de las que subsisten en los pueblos eslavos; pero distaba de existir el comunismo de los peruanos. Era allí el régimen social mucho más individualista. El comercio, nulo o casi nulo, en el Perú, constituía en México una verdadera institución, y una especie de nobleza. En sus caravanas sucedía, con no poca frecuencia, que trocase por la espada el báculo de viaje. Abundaban y eran allí abundantes los mercados. En la capital y otros centros de población, había ferias semanales.

Pondría aquí punto, si no me saliera al paso una cuestión importante. ¿No hubo nunca en América otros pueblos cultos que los aztecas, los mayas, los chibchas y los tahuantinsuyus? ¿No hubo otras civilizaciones muertas ya cuando el descubrimiento?.. Es por de pronto hecho inconcuso que antes de los aztecas poblaron el valle de Anahuac otras gentes, entre ellas los nombrados toltecas, maestros de todas las artes. Los toltecas habían desaparecido; ¿no habrían podido desaparecer con ellos razas hoy desconocidas?

Yo no vacilo en afirmarlo. Me lo aseguran, en la cuenca del Missisipi, las obras de los «mound-builders», en Oajaca los restos de Mitla; en Tabasco, los de Palenque; en Honduras los de Copán; en el Perú los de Tiahuanaco y los de Huanuco el Viejo. Estas vastas obras e imponentes ruinas, en la soledad y el silencio, acusan, a no dudarlo, la existencia de pueblos adelantados en cultura de que no queda memoria. Nadie conocía ya en la época del descubrimiento a los autores de esas arruinadas fábricas; nadie decía que las hubieran hecho sus antepasados.

En las ruinas de Palenque, donde hay, ya en estuco, ya en granito, las mejores esculturas de América, se ve, además, reproducida una raza de que no quedan ejemplos; una raza que presenta una no interrumpida civilización y que igualmente está reproducida en los restos de la ciudad que descubrió Charnay en las márgenes del Usumacinta.

Podrían arrojar luz sobre esta cuestión los jeroglíficos de los monumentos de ese mismo Palenque y los de los monolitos de Copán: ¿se han descifrado?

F. Pi y Margall

(Artículos y discursos. 1899. Valencia)

Este segundo número ha sido visado por la censura

¡Dios te guíe, «Artabro»!

Poesía original de Francisco Pérez Otero,
Delegado de las Diputaciones castellano-
leonesas en la Exposición Ibero-Americana
de Sevilla, año 1929-1930.

Leída por su autor, como congresista en la Sección de clausura del XXVI Congreso
Internacional de Americanistas celebrado en la bética ciudad
del 12 al 20 de octubre del año MCMXXXV

En el nombre del Padre,
del Hijo y del Espíritu Santo,
bien venido tú seas, augusto «Artabro».

En Valencia nacistes,
bella ciudad del Turia,
en ella te botaron
y a la mar tú salistes bautizado.

El Ferrol y Sevilla,
—padrinos adoptivos y cristianos—
te confirman el nombre
que en buen hora pusieron en tu casco.

¡Oh, hermoso «Artabro»!
De estirpe española es tu coraza,
hermano menor eres
de la Santa María, Pinta y Niña,
excelsas carabelas
que surcando los mares hace siglos,
pareciendo gemelas,
bajo el impulso noble y generoso
de la sangre gloriosa de la Raza
que llevaron sus velas,
vistiéndose de gala,
asombraron al mundo
brindándole otro nuevo
por designio del Todopoderoso.

Al fijar en su suelo nuestra planta
a sus hijos desnudos
enseñamos a hablar nuestro idioma
de manera sencilla:
con la Cruz del Señor,
la pluma de Cervantes
y la espada del Cid Campeador.

Les llamamos hermanos
sin ser nunca enemigos
de aquesta patria santa
que cobijó materna en su regazo
a tanto ser humano;
agrandándose así ante el Universo
el poder del hispano,
que imponiendo sus leyes
con estricta conciencia de sus actos,
respetaba un mandato
porque Dios lo dispuso de antemano.

¡Oh, pulcro «Artabro»!
A proseguir la historia vas tú ahora
escribiendo la página brillante
de conquistar sin armas,
en nombre de la ciencia,
la selva virgen del gran Amazonas;
¡loor a ti, Iglesias!
Capitán-Almirante
que dominas la tierra, mar y aire,

pensad, buen caballero,
en el Guadalquivir que está anhelante
de saber cómo vais en la aventura,
pues al ser la madrina
Sevilla entera, cariñosa y pura,
le pide a Dios bendito,
que os proteja a vos y a vuestra nave
en aras de que el triunfo sea infinito.

No olvidéis a Rodrigo de Triana
que en este mismo día
ha cuatrocientos cuarenta y tres años,
encaramado al palo de mesana,
fué aquél que dijo: ¡tierra!
—grito que le brotó desde su entraña—
al ver él más allá del Océano,
cómo nacía la aurora
de un nuevo Mundo para Dios y España.
—Hasta el cielo llegó la alegría y el llanto
de aquellos esforzados triunfadores
que en confusa emoción,
Colón y sus valientes navegantes,
postrados de rodillas,
delante de la cruz vertieron lágrimas
dando gracias a Dios Nuestro Señor
por haber permitido tal hazaña
y en tierra americana
en honor de Fernando e Isabel
el pendón de Castilla,
glosado por Teresa de Jesús,
lleno de pundonor
entre raíces silvestres tropicales
orgullosos ondeó
cubriéndose de gloria América y España.

Adiós, «Artabro»,
feliz partida y retorno mejor yo te deseo;
no te amedranes por nadie ni por nada
al igual que lo hizo con Elcano,
marcando irá tu ruta
El que todo lo puede,
y manos femeninas valencianas,
«rapaciñas» de seda
y rubias o morenas sevillanas,
tejiendo una guirnalda
harán para tu gente una corona
con flores ofrendadas
por todas las provincias españolas;
noblemente injertadas
en los lindos jardines
que cultivan naciones de habla hispana;
y con sus pensamientos
adornarán tu cuerpo
que irán iluminando con bengalas

de miles de colores
 los ángeles del cielo
 subidos en el Faro ferrolano,
 el «Micalet» famoso
 y la Sultana del día y de la noche...
 ¡la Giralda!

Adiós, «Artabro»,
 mejor dicho, hasta luego,
 pero óyeme un momento y escucha este consejo:
 al pasar por la Rábida
 saluda con respeto al Monasterio,
 pues en él se conserva
 el venero glorioso de tu sueño;
 lleva en tu proa el recuerdo
 de Cortés y Pizarro,
 y enmedio el de Bolívar,
 símbolos imborrables los primeros
 de nuestro sacrificio y poderío
 que jamás igualado
 sin más radio de acción que su constancia,
 nobles de corazón,
 aportaron lo recio de su temple,
 la Fe por guía y el alma por su Patria.

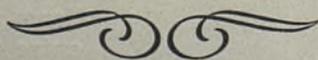
Y nada más por hoy, augusto «Artabro»,
 dentro de ti va España,
 no olvides a Quijote ni a su Sancho
 que son el portavoz para tu barco,
 y al arribar triunfante el mar Atlántico
 iza tu pabellón... ¡alto, muy alto!,
 vibrando a todos vientos
 y abriéndote de brazos
 recibe a los hermanos de la raza
 ibero-americana;
 tomando a sus mujeres,

cual a tu misma madre, hija o hermana,
 o por amante esposa o novia honrada
 como si fuera de tu propia casta.

¡Oh, América española!
 que respirando amores
 te cortejan los pájaros
 al compás de los trinos ruiseñores;
 mirándose en tus ojos
 su amor te brinda el sol,
 y alumbrando tu contento
 besándote en la frente
 cubierto por el claro firmamento.

País de ensueño ideal
 cantado para ejemplo del mañana
 por Alonso de Ercilla,
 soldado valeroso, pleno de sentimientos,
 que luego cultivaron dignamente
 prodigando su ingenio
 el inmortal Rubén y Amado Neruo.

De Castilla ha venido un castellano
 con la modestia de su capa parda
 a despedirte, pues; leva tu ancla,
 que a Dios ruego te guíe
 concediendo a tu arrojo vida grata,
 y con la vista puesta
 en Nuestra Señora de la Antigua
 rezo un Avemaría,
 al mismo tiempo que la beso el manto
 para después decirte:
 yo te bendigo, «Artabro»,
 en el nombre del Padre,
 del Hijo y del Espíritu Santo.



Recepción en la Academia Sevillana de Buenas Letras de D. Angel Camacho Baños

En la Casa Lonja se celebró el solemne acto de tomar posesión de una plaza de número en la Academia Sevillana de Buenas Letras, el señor don Angel Camacho Baños, asistiendo distinguida concurrencia.

El discurso del señor Camacho versó sobre el templo de San Luis, de Sevilla.

He aquí algunos párrafos del mismo:

La primera mitad del siglo XVIII, a pesar de los trastornos producidos en España por el cambio de dinastía y subsiguiente guerra de sucesión, que no dejaron de repercutir en tierras andaluzas, se caracteriza en Sevilla por una intensa fiebre constructiva. Se comienzan y acaban, de 1701 al 1706, el convento e iglesia de Ranta Rosalía, de religiosas capuchinas. Se concluyen, en 1708, la iglesia de San Pablo, de frailes dominicos; en 1712, la Colegiata del Salvador; en 1714, la iglesia de San Laureano; en 1717, el palacio arzobispal, «lo más barroco de la región», según Lampérez, cuya portada, rica en adornos, ejecutó Lorenzo Fernández (1671-1704); en 1715, el colegio de Niñas Nobles, del Espíritu Santo; en 1724, el Palacio de San Telmo, empezado en 1682 por Antonio Rodríguez, y cuya notable portada, de equilibrada animación ornamental, fué ejecutada (1775-96) por Antonio Matías de Figueroa, sobre planos de su abuelo, Leonardo de Figueroa, y de su padre, Matías Figueroa, y en 1730, el Buen Suceso. También se construyen o inician obras civiles de gran importancia, como el mercado de la Feria, la Maestranza de Artillería y la Fábrica de Tabacos.

Entre estas obras descuella el templo de San Luis, del Noviciado de Jesuítas, finalizado, según queda dicho, en 1731. Las características generales del edificio, como todos los de su época, obedecen al gusto barroco, aunque con específicas particularidades, que han de señalarse.

Afirma Llaguno 75 que Miguel de Figueroa, «no habiendo podido satisfacer enteramente su pasión por las extravagancias en esta obra (la de San Pablo), acaso porque se lo impediría el buen lego Barrera, que tenía mejor gusto que él en la arquitectura, logró la suya en otra iglesia, que consiguió trazar y construir en esta ciudad para el Noviciado de Jesuítas. Los jesuítas, aunque enseñasen matemáticas y conociesen las gracias y bellezas de la seria y sencilla arquitectura, se acomodaban con los usos y costumbres de los tiempos, y,

por tanto,—añade—dejaron a Figueroa vagar por los espacios imaginarios de su fantasía y que concluyese a su placer la dicha iglesia.

Hubo, en efecto, en el convento de dominicos de San Pablo un religioso lego llamado fray Juan de la Barrera, «hombre de gran espíritu y disposición para emprender y llevar a cabo obras de consideración, quien trató de reedificar la cuarta iglesia» en el mismo sitio que antes hubo otras tres, buscando para ello los más diestros operarios, y «encargó la traza al dicho Miguel de Figueroa, que pasaba entonces por el arquitecto de más crédito en la ciudad, a quien dejó la dirección de la obra, reservándose para sí la superintendencia de ellas».

En el orden de la arquitectura de San Pablo no se separó Figueroa, al decir de Llaguno, «de las reglas del arte, pero se le fué la mano en el adorno de las pechinas, en unas repisas y nichos que puso a los lados de las ventanas de los testeros del crucero y de la capilla mayor, sobre los que colocó estatuas de los cuatro doctores y de los cuatro evangelistas, trabajadas también por Roldán, y sobre todo, en los grandes florones que están en las bóvedas, amenazando e imponiendo miedo a los que andan por abajo».

Ciertamente que en las obras de San Luis se aprecia una más amplia concepción estética. «En ellas—dice Schubert—trabajó Figueroa en libertad completa, dejando rienda suelta a su sentido ornamental, sin estar sometido a una inspección superior, y así pudo manifestar su originalísima personalidad, su yo completo artístico». No había de escapar este templo a las diatribas que los críticos han fulminado contra todos los de su estilo. Los «adornos caprichosos hacen confusa su arquitectura, manifestando más riqueza que gusto en las bellas artes»—dice el analista Matute.

«Basta sólo citar la fecha de su fábrica—dice Gestoso—para que el lector suponga fundadamente que aquélla tuvo que sentir la influencia de la depravación artística entonces dominante, que si en unos edificios fué menos ostensible, en otros, como sucede en éste, mostróse con toda su impertinente ampulosidad y cargazón».

Contestó al señor Camacho el académico numerario señor Santos Olivera, obispo electo de Málaga.

Ambos trabajos fueron muy aplaudidos.

¡ALUMBRA, OH LUZ!

Ante el recuerdo horrible
de la espantosa guerra mundial

I

¡Fuera, lejos de mí, quimera vana,
tumba de los espíritus cobardes!
¡Lejos, lejos de mí, sombra liviana;
que la razón confunda tus alardes!

Caiga el tapiz que encubre entre bordados
la duda y confusiones en que ardes...
Vea rodar, deshechos y acabados,
los ídolos del necio fanatismo.

Dejen de ir los hombres, maniatados,
sin comprender que marchan al abismo
en pos de mercaderes o de ilusos:
que ambos vienen a ser casi lo mismo.

Yo veo en procesión ir como intrusos
por la habitada tierra, los rebaños
de seres sometidos y confusos.

Y con calma cruel, mil y mil años,
al son de tambores o trompetas,
sigue el mundo nutriéndose de engaños.

Así van, los augures, con sus tretas;
las sibilas, con sus maquinaciones;
los dioses, con sus burdas piruetas,
rodando entre las locas convulsiones
del mundanal y ciego torbellino...
mientras los anhelantes corazones
siguen en pos del lúcido camino,
que se eleva entre mundos invisibles,
con un afán rayano en desatino!

¿Pues con esos afanes increíbles,
el humano temor, pretende acaso
deleites, por ahora indefnibles,
o el cobarde consuelo del fracaso,
y la indulgencia para cien delitos,
y el medrar a seguro y breve paso?

¡Basta ya de monsergas y de ritos!..
¡Lejos, lejos de mí, sombras insanas
que no satisfacéis más que apetitos
de miserias y cóleras humanas...
y con bárbaro afán, que desespera,
pretendéis reducir por artes vanas
al mundo que os padece y que os tolera!

II

Oh Maestro, retorna, que la Tierra
que tus plantas divinas perfumaron
tan triste está que su tristeza aterra,
Regresen los que atentos te escucharon,

y entre los hombres, la sublime esencia
de tu dulce palabra rociaron.

Retornen de este mundo a la presencia,
los que al morir, surgieron del martirio
a la eterna región de la clemencia.

Vérganos aquel sumo excelso Lirio
que al apagarse vidas encendía,
aunque sea en las alas del delirio...

Oh tú, dulce Maestro, ven, rocía
por entre las conciencias atrofiadas
una gota no más de tu ambrosía;
y así, con tus amores perfumadas,
suban tan alto, que hasta el Cielo lleguen:
tomen su luz, y de ella iluminadas,
por la tierra fecunda se desplieguen,
y en raudales clarísimos y puros
de verdad y de amor, al mundo aneguen.

¿Mas, llegarán los corazones duros
de los seres ruines y mortales
que han trocado en odiosos e inseguros
tantos y tan sublimes ideales,
a conseguir la gloria y la grandeza
que hayan de confundir tan torpes males?

Discutirlo no más, fuera vileza:
El hombre ha de llegar al fin sagrado
que se propuso la Naturaleza.

Sólo que el hombre, aún, recién formado
precisa de sostén y de andadores;
y cuando por el mundo, descuidado,
se suelta a dar sus pasos precursores,
a tanto se aventura, que tropieza
y en el suelo se rompe la cabeza.

III

Por ello, oh Luz que alumbras lo futuro,
ven, que de ti han menester las gentes;
mas trae el azote asido bien seguro:
que los buenos, los píos, los creyentes,
los mártires, los doctos, los profanos,
los humildes, los Césares, los entes,
los soberbios, los pobres, los insanos,
los débiles, los fuertes, los vencidos,
todos los que se dicen ser hermanos,
se agitan de furor enardecidos;
y ante el malhecho Pluto arrodillados,
con los ojos en chispas encendidos
se ofenden y maldicen y maltratan
¡y de odiarse jamás se ven cansados!..

Ven, Maestro; que locas se desatan
las pasiones inmundas y más viles,
y la envidia y el odio desbaratan
mármoles, bronces, lienzos y marfiles...

Ven, y verás por todos los lugares
no seres de razón, sino reptiles.

Sólo hallarás al fin, donde repares,
luto, miedo, rencor, miseria y llanto:
Lágrimas y orfandad en los hogares;
en las aguas la furia y el esparto;
en los templos, el frío de la muerte,
y en las tierras el lucro y el quebranto...

Divino Sembrador, ven y convierte
tan estéril recinto en prado ameno.
Acude: Que los hombres puedan verte.
Vuelve a arrojar, con ánimo sereno,
de tu Casa al impuro traficante
que vende lo divino y lo terreno.

Torne tu Gracia a ser edificante,
y confunda tu Verbo a los doctores
de obscura ciencia y ley mortificante,
que con su ineptitud y sus errores
abonaron la duda y la ignorancia,
y a los malos trocaron en peores.

Seca también la estúpida arrogancia
de tantos y tan hueros charlatanes,
vividores sin pizca de importancia.

A la humilde soberbia, en sus afanes
ponla un freno, Maestro, ponla un freno;
porque llegan al colmo sus desmanes.

Y al tirano, de encono y furia lleno,
impídele que arroje en la agonía,
sobre el mundo, su baba de veneno...

Verás cómo la infame cobardía
deja al crimen obrar con saña fiera.
¡Verás hasta en la ley la hipocresía!

Ya la ruín pasión, de sí rastrera,
se arrastra por el fondo y por la altura.
Ya, la ambición, de pública manera,
se huelga con el hombre hasta la hartura.

Ya el ideal, se vende a bajo precio;
y el honor, sin ganar, no se aventura;
y el deber, se le impone sólo al necio;
y la bondad, merece carcajadas,
y la honradez, se mira con desprecio.

¿Adónde camináis, almas heladas?
¿Adónde dirigís el bajo vuelo
mientras de odio y de ambición infladas
vendéis la Tierra por comprar el Cielo?..

.. .. .

¡Aumbra, oh Luz! ¡Ahonda, luce, brilla!
¡Descorre al fin, de la Verdad el velo!

¡Bendita Luz que al mundo maravilla,
enciende en cada uno de nosotros
esa pura ambición, noble y sencilla:
la de amarnos los unos a los otros!

Julián Martín Moreno



DE DIFUNTOS

Tarde amarilla. Camino.
Hormiguelo incomprendible.
Teoría de viandas
inclusive.
Bacos, féminas alegres.
Enigmática inconsciencia.
Llora el Cielo en hojas mustias
su tristeza.
Páramo, páramo idéntico
de senderos adyacentes
al regazo puro, agosto
de la muerte.
Reflujo de los gusanos.
Tierra de la Eternidad.
Redoble por los muertos.
Sonrojo por los vivos.
Susurro de verdad.

Antonio Perillo

Una visita al Cementerio

NOTAS SENTIMENTALES

Días de tristezas y añoranzas son éstos de Noviembre. El recuerdo se vivifica más por los seres queridos que pasaron de esta vida, preñada de sinsabores, al recinto donde reposarán, hasta sabe Dios cuándo.

La caravana, interminable, va dejando una estela de sentimiento al paso por el camino que conduce al cementerio. Todo es mustio, hasta las flores, que son el tributo más selecto del rico y del pobre, en esta época, se desvanecen en colores de exigua valía; parecen hechas propiamente por la Naturaleza para satisfacer un deseo humano, un tributo de ingenua nobleza. Flores de difuntos. Esencia de razones piadosas que renuevan, año tras año, el dolor por el ser perdido.

Una joven acompañada de un niño de cuatro años, aproximadamente, vuelve de la ciudad de los muertos. Su paso es lento; va muy triste. El niño, cogido de la mano, hace preguntas que la mujer contesta con monosílabos. En estos momentos el poder de sus recuerdos es superior a la inocente ingenuidad de la criatura. Al pasar junto a este cuadro de tristeza hemos oído preguntar al pequeño: ¿Tú has visto a papá?... Y contestar la madre, porque ya no cabe duda de que lo era: Yo sí.

Aquella anciana también lleva un ramo de flores; es pequeño, como escasas deben ser sus disponibilidades. Va completamente sola, aislándose del gentío. Poco le debe importar la semblanza de estos caminos que, seguramente, habrá recorrido muchas veces en el año; ya va próxima a formar parte de la Eternidad; pero mientras dura la vida perdueña el corazón, que, como llama mística, alumbra imágenes perdidas al curso de su larga existencia. Y ella, bondadosa, ya no tiene otro rincón más sagrado, ni de más fuerza para su tristeza, que el sitio donde reposan los suyos. ¿Quiénes serán?... Acaso un hijo, el esposo, la madre. No lo sabemos, pero la constancia será tan grande como su vida. Y en ley a la verdad hemos recordado el paso de la viuda enlutada, con su pequeño, para comparar y hacer en nuestra memoria un juicio aventurado: no creemos que aquélla vuelva como ésta todos los años o varias veces al año.

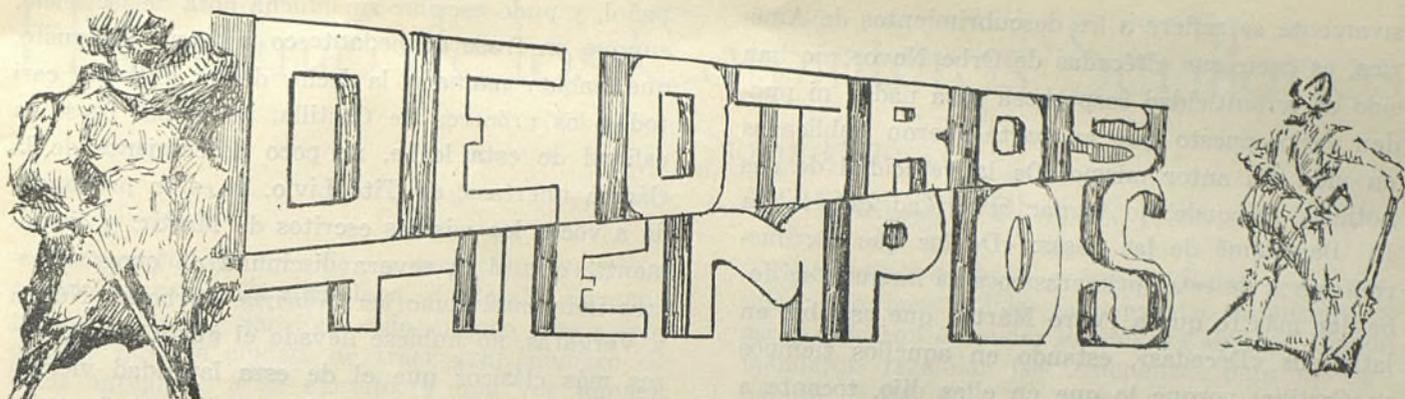
Ya entramos en el lugar. La tarde triste y la melancolía impregnada en el ambiente, nos confunde. Por aquí estará un sitio tenebroso que servirá de cuna a nuestra materia. Aquí terminaré yo y los que me rodean. Y ante semejante realidad de pensamiento, no cabe duda que la tumba coloca al hombre en el fin de sus diferenciaciones. De aquí

a la ciudad hay veinte minutos; pero de la ciudad aquí hay muchas leguas. Muchas leguas en la comprensión, en la apreciación, en el sentido práctico de la humanidad. Allí se vive en una odiosa incompreensión, sin afecto, deseando uno lo que el otro tiene, superándose a costa de la desgracia de los demás. Pero aquí se hermana todo el mundo, se transforma y se convierte en nada, en polvo, que, a través de los siglos, vaya usted a saber dónde estará. Aquí la distinción es superficial a ras de tierra. Un panteón magnífico al lado de una tumba muy pobre. La riqueza dando su último adiós al potentado y la pobreza exponiendo su escasez. A dos metros de profundidad exactamente iguales. No hay poder superior a la gracia y finalidad de lo Supremo. Pero el hombre no piensa así más que al entrar en el cementerio; una vez que sale olvida los epitafios, las cruces, su lugar abierto y en espera de un día que será superior al de hoy y al de mañana, un día en que volverá para quedarse definitivamente. Y este hombre, que es la encarnación de las muchedumbres del Mundo, piensa cuando siente únicamente. Después que pasa el sentimiento, como nube cargada de electricidad, surge la calma y se aprovecha de ella para incorporarse al vaivén de los acontecimientos, sin norma y sin giro, con absoluta despreocupación por el hermano, que nació para vivir y, no obstante, vive con el deseo de morir.

Dobla la campana de la capilla. La tarde va cayendo lentamente, y ya presentan más contraste de luz, las lamparillas y velas colocadas sobre la tierra, que una ráfaga de aire apagará al abandonarlas. Desfile de enlutados y cara de triteza. Realidad... Alguien ha tenido que llamar la atención a uno de esos seres idiotas, que viven en comunidad social con las personas educadas y de finos sentimientos. Uno que ha olvidado sus deberes y profana el respeto, robando flores de las tumbas. Y el caso es que no roba la flor, sino el sentir de quien la depositó, que es más grave. Polémica y demostración en éste y en todos los lugares de las lacras que tiene la Sociedad.

Tomo el camino de la ciudad. Ahí quedan los grandes y los pequeños egoístas, los mayores santos y los más perfectos canallas. Existe un fin para reducir a la igualdad y después dar cuenta exacta del papel representado en esta vida. ¿Pero no habría también en esta vida un medio de conseguir esta fraternidad antes de convertirse en polvo.

CEFERINO QUIRCE DELFA.



PEDRO MARTIR DE ANGLERIA

Primer historiador de Cristóbal Colón

El humanista milanés Pedro Mártir de Angleria o Anghiera, andante en corte de los Reyes Católicos y de sus sucesores desde 1488 a 1526; preceptor de la juventud cortesana en las artes liberales; canónigo de Granada, que él vió conquistar; primer Abad de la Jamaica, donde no residió nunca; embajador al sultán del Cairo; miembro del primitivo Consejo de Indias; corresponsal asiduo de Papas, cardenales, príncipes, magnates y hombres de letras, ofrece en su persona uno de los más antiguos y señalados tipos del periodismo noticioso.

Mientras otros latinistas se esforzaban en renovar las formas clásicas de la historia y el vestir con la toga y el laticlavio a los héroes de su tiempo, él consignaba día por día, en una latinidad moderna muy abigarrada y pintoresca, muy llena de chistosos neologismos, cuanto pasaba a su lado, cuantos chistes y murmuraciones oía, dando con todo ello incesante pasto a su propia curiosidad, siempre despierta, y a la de sus amigos italianos y españoles.

Tenía para su oficio la gran cualidad de interesarse por todo y de no tomar excesivo interés por ninguna cosa, con lo cual podía pasar sin esfuerzo, de un asunto a otro, y dictar dos cartas mientras le preparaban el almuerzo. Acostumbrado a tomar la vida como un espectáculo curioso, gozó ampliamente de cuantos portentos le brindaba aquella edad sin igual en la historia, y estuvo siempre en las mejores condiciones para verlo y comprenderlo todo, desde la conquista de Granada hasta la revuelta de las Comunidades. Su espíritu, generalmente recto, propendía más a la benevolencia que a la censura, sobre todo con aquellos de quienes esperaba honores y mercedes que contentasen su vanidad, muy subida de punto, aunque inofensiva, y su muy positivo amor a las comodidades y a las riquezas, que la fortuna le concedió, ciertamente con larga mano. Hombre de ingenio fino y sutil,

italiano hasta las uñas, quizás presumía demasiado de su capacidad diplomática, pero poseía en alto grado el don de la observación y el conocimiento de los hombres. El mismo, como todos los escritores de su género, rectifica a cada paso y sin violencia alguna, lo que en cartas anteriores había consignado.

El «Opus Epistolarum» es un periódico de noticias en forma epistolar, dividido en muchísimos números, y como tal periódico debe juzgarse. Por desgracia no existe en su forma primitiva. Retocado por el autor, cuando había perdido ya la memoria de muchos incidentes, refundidos después por mano desconocida, que dió a la mayor parte de las cartas una cronología absurda, barajó unas con otras, y quizá se permitió graves interpolaciones, el «Opus Epistolarum» comienza a ser mirado como sospechoso y ha habido críticos extranjeros que han extremado sus sospechas, hasta el punto de ver en casi todo su contexto un nuevo caso de falsificación semejante a la del «Centú Epistolario»; una correspondencia forjada a posteriori sobre los papeles de Pedro Mártir y sobre algunos libros históricos. Tal paradoja no ha prosperado mucho, porque el carácter personalísimo de tal correspondencia y el tono de actualidad que en ella reina parecen alejar la idea de un fraude, cuyo objeto tampoco se comprende; pero siempre quedan en pie graves sospechas de adulteración, y el testimonio de Pedro Mártir, cuando no está confirmado por otras autoridades más seguras, no obtiene ya aquella ilimitada confianza, que le daba Prescott, por ejemplo.

Afortunadamente, para nuestro objeto, estas dudas importan poco, puesto que no son muchas ni muy extensas las cartas del «Opus Epistolarum» que hablan de Colón, si bien todas ellas son curiosísimas, como primeras nuevas y boletines de la victoria lograda sobre el Océano.

La obra de Pedro Mártir, que derecha y exclu-

sivamente se refiere a los descubrimientos de América, es decir sus «*Décadas de Orbe Novo*», no han sido de autenticidad sospechosa para nadie, ni pueden serlo, puesto que en parte fueron publicadas en vida del autor mismo. De la veracidad de sus noticias responde no menor autoridad que la de Fr. Bartolomé de las Casas: «De los que escribieron acerca de estas primeras cosas a ninguno se debe dar más fe que a Pedro Mártir, que escribió en latín sus «*Décadas*», estando en aquellos tiempos en Castilla; porque lo que en ellas dijo, tocante a los principios, fué con diligencia del mismo Almirante descubridor primero, a quien habló muchas veces, y de los que fueron en su compañía inquirido, y de los demás que aquellos viajes a los principios hicieron. En las otras pertenecientes al discurso y progreso de estas Indias, algunas falsedades sus «*Décadas*» contienen.»

Tenemos, pues, en las «*Décadas*» de Pedro Mártir, una versión de origen colombino (a lo menos en su mayor parte) favorable, por consiguiente, al descubridor, menos detallada y menos técnica que la de sus diarios y cartas, más artificiosa que la de Bernáldez; acomodada, en suma, al paladar del público letrado de Italia, que ávidamente devoraba estas «*Décadas*», dando ejemplo de ello el mismo Papa León X, que las leía de sobremesa a su sobrina y a los cardenales. Pedro Mártir debía buscar, por sus instintos de periodista, lo más ameno, lo más exótico, lo más pintoresco y divertido de aquella materia novísima, deteniéndose, sobre todo, en las rarezas de Historia Natural, y en notar maligna y curiosamente los ritos, costumbres y supersticiones de los indígenas en aquello que más contraste presentaba con los hábitos del Viejo Mundo. Abundan en él, por consiguiente, los detalles antropológicos; y esta especie de curiosidad científica realza sobre manera el libro de Pedro Mártir, además del habitual agrado de su estilo, incorrectísimo y nada clásico, pero muy suelto, chispeante e ingenioso.

Tiene Pedro Mártir, como preceptor y gramático, su representación en la historia del humorismo es-

pañol, y pudo escribir sin mucha nota de jactancia, aunque en frase de pedantesco y depravado gusto, que habían mamado la leche de su doctrina casi todos los próceres de Castilla; pero cuál fuese la calidad de esta leche, no poco desemejante de la «láctea ubertas», de Tito Livio, lo están pregonando a voces los mismos escritos de Mártir; y ciertamente, que si la severa disciplina de otros maestros indígenas, como los Nebrijas, Barbosas, Núñez y Vergaras, no hubiese llevado el gusto por senderos más clásicos que el de esta latinidad viciada y barroca, que viene a ser el cauce de una fraseología moderna, no hubiera emulado, ni menos excedido, la España clásica del siglo XVI los esplendores de la Italia del siglo XV.

De todos modos es harto evidente el servicio que Pedro Mártir hizo a la historia de nuestro más glorioso reinado, para que, por defectos de forma, hayamos de regatearle los méritos de observador incansable y curioso, no menos que de abreviador discreto y lúcido. Trabajó, como Bernáldez, sobre papeles del Almirante, y además recogió de la tradición oral muchas noticias, porque «hablaba con todos y todos se holgaban de darle cuenta de lo que veían y hallaban, como a hombre de autoridad que tenía cuidado de preguntarlo», según dice Fr. Bartolomé de las Casas. Estaba en Barcelona en 1493 y presenció el triunfal recibimiento de Colón, sobre el cual, por raro caso, guardan absoluto silencio los documentos de nuestros archivos. El Almirante mismo le escribía de continuo y vivía con él en íntima familiaridad, como quien le había conocido aún antes de la toma de Granada. Tuvo, por consiguiente, las mejores ocasiones de informarse: convidaba a los conquistadores a su mesa, los abrumaba a preguntas como un repórter, y con el buen juicio que tenía, procuraba separar de sus relaciones la parte de hipérbole y de vanagloria. Algunas veces tropezó, no obstante, por la ligereza con que escribía; otras, por falta de conocimientos náuticos y cosmográficos.

M. MENENDEZ PELAYO.



Nuestro próximo número aparecerá el 30 de diciembre y constará de cuarenta páginas

El Gremio de los Carpinteros Sevillanos

Notas Históricas

Por EL MARQUÉS DE SAN JOSÉ DE SERRA

Siempre fué el oficio de los carpinteros muy necesario para la vida ciudadana, y por ello no pudo prescindir el Rey San Fernando, cuando vino a conquistar nuestra ciudad, de traer gran número de éstos agregados a su ejército, y una vez tomada Sevilla, se les dieron casas y calles enteras para su acomodo y lugar para sus talleres.

El repartimiento de Sevilla y su tierra, comenzado por Fernando III y seguido por su hijo Don Alonso el Sabio, hasta darle término en 1. de mayo de 1253, debió precisar cuáles fueron las casas repartidas a los carpinteros, y si desgraciadamente el no haber llegado a nosotros el documento completo, habiéndose perdido la parte correspondiente a los artesanos y menestrales, nos impide estudiar este interesante punto, aunque por otras relaciones que se conservan tenemos noticias complementarias que suplen esta falta.

A los carpinteros de lo blanco se les acomodó en el repartimiento en el trozo de calle que va desde la plaza del Salvador hasta la Alcaicería, la cual se llamó calle de los Carpinteros, después de la Cuna, y actualmente Federico de Castro: a los carpinteros de lo prieto en una de las transversales a la calle de la Feria, quizás la de Heliotropo actual, y los de ribera frente a la Iglesia Mayor, entre la de Placentines y la Alcaicería de la Seda, hoy Hermandad Colón, en la manzana de casas donde más tarde tuvo su palacio don Nuño Colón y Portugal, Conde de Gelves. Prefirieron los calafates fiar sus viviendas en este lugar por habitar allí el Almirante don Ramón Bonifaz, en la primera casa de calle Placentines y estar próximos a la calle y barrio de la mar, hoy calle García de Vinuesa, donde el Santo Conquistador fijó sus residencias a los que vinieron en la armada para la conquista de la ciudad. No muy lejos de aquel sitio levantó su hijo el Rey Sabio, las magníficas Atarazanas Reales, que fueron en aquel tiempo importantes arsenales para la construcción de naves y galeras y de las cuales se conservan algunos restos de su construcción en la actual Aduana y hospital de la Santa Caridad.

La primera obra que se ocupó de la reglamentación de los Gremios fué el «Libro del peso de los alarifes y balanza de los menestrales», en el que su autor, el Rey Sabio, dictó curiosísimas reglas, haciendo la clasificación de maestros, oficiales y aprendices.

Dice nuestro analista Ortiz de Zúñiga, que de igual modo que se distribuyeron en distintos sitios de Sevilla los individuos de diversas naciones que vinieron a la reconquista, de los que fueron las calles de Placentines, Gallegos y Catalanes y las de Génova, Alemanes y Bayona, de idéntica forma tomaron sus calles y barrios los oficios, que divididos en gremios con sus oficiales propios que se llamaron alcaldes, entendiéndose la Ciudad con ellos para la gobernación de la misma y dirimiendo éstos las diferencias que surgían entre los de su agrupación

Esta íntima relación entre la Ciudad y los gremios, fué base sólida para nuestro municipio, y así lo debieron entender los Reyes Católicos, cuando mandaron recopilar las Ordenanzas para el regimiento de Sevilla y su tierra, aunque éstas no se hicieron hasta el año 1519, habiéndose acabado de imprimir por primera vez en 14 de febrero de 1527, por el vecino de esta ciudad Juan Varela de Salamanca. La primera parte se refiere al regimiento y buena gobernación, ocupándose la segunda de los oficios mecánicos. El primer título de esta segunda parte trata de los carpinteros, demostrándose en esta prelación entre los demás gremios citados en las Ordenanzas, el ser considerados los obreros de la madera como la aristocracia de la artesanía.

Comienza por reglamentar la forma de comprar la madera, que se hacía por «cuatro carpinteros elegidos cada un año por los otros». Prohíbe la compra en Sanlúcar de Barrameda y los puertos, incluso el de Sevilla, «de la madera y clavos que vienen sobre el mar» sin la intervención de los cuatro carpinteros compradores «para que con ellos se concierte y sea para todos, por bien de paz y amor»; fija las penas de los contraventores y a los veedores si no tuvieren eficaz diligencia en que se guarde lo ordenado. Clasifica a los del oficio en carpinteros de lo blanco, de lo prieto, violeros y entalladores; no pudiéndose ejercer sin ser previamente examinados y aprobados por un tribunal formado del alcalde y dos maestros del gremio.

Pone trabas a los forasteros, los cuales no podían tener tienda ni trabajar de oficiales, sin antes practicar con un maestro durante seis meses y ser después examinados, por lo que habían de pagar dobles derechos que los vecinos de la ciudad, a más de depositar una fuerte fianza en garantía de la madera que se les repartiera. Obligaba indirectamente a que los carpinteros fueran casados, limitando el reparto de la madera en la mitad a los solteros.

Para aprender el oficio había que entrar de mozo al servicio de un maestro por tiempo de seis años o cuatro, si sólo practicaba dentro de la tienda, exigiéndosele a estos aprendices fuesen cristianos de limpia generación, esto es que no procedieran de moros, judíos o penitenciados. Los negros y esclavos no se les permitía tener tienda en la calle de los carpinteros ni tomar parte en sus juntas y cabildos. Ningún oficial podía labrar donde otro tenía convenida obra o no se le había pagado el trabajo convenido.

Se ocupa de la viuda del oficial, que podía conservar la tienda si hacía vida casta o se casaba con otro del gremio.

Marca las medidas que habían de tener las maderas que se recibían por la colectividad, que tendrían que ajustarse a las usuales, lo cual era comprobado por los alcaldes y veedores.

En el domingo anterior o en los días interme-

dios hasta el día del Corpus, se reunían los carpinteros en el hospital de Santiago para nombrar alcalde, diputados y los cuatro veedores que habían de comprar la madera durante el año.

Hace después un verdadero programa para los exámenes, dividiendo a los de lo blanco en cinco clases, desde aquel que sabría hacer un complicado artesonado y cureñas y piezas para la guerra, hasta el de tienda, cuya obra se reducía a puertas, arcos y mesas. Los de lo prieto construían ruedas de aceñas, vigas de molinos, aperos de labranza y demás artefactos de obra basta. Los violeros eran los encargados de instrumentos musicales, y, por último, los entalladores se dedicaban principalmente a la construcción de retablos, silleras de coro y otros muebles muy ricos; también se les conocía a éstos por los de obra dorada. No incluye aquí los carpinteros de ribera, seguramente por considerarlos como de la jurisdicción de marina.

Todos los artículos de las Ordenanzas terminan fijando las penas que se impondrían por su incumplimiento, las cuales consistían en multas cuyo importe se dividía, dedicando una parte para los gastos del oficio en el día del Corpus y al resto se le daba distintas aplicaciones.

La arraigada fe religiosa de aquella época hizo, como no podía menos de suceder, que el gremio se congregara en hermandad para dar culto a sus santos patronos, estableciera hospital para sus enfermos y lugar donde celebrar sus juntas, asistencias a procesiones y demás ceremonias tan en uso y costumbre de aquellos tiempos. Las primeras manifestaciones del gremio de la carpintería en el orden religioso se remontan al origen de la fiesta del Corpus. El Papa Urbano IV, por su bula «Transiturus de hoc mundo», de 31 de agosto de 1264, instituyó la fiesta, aunque no tuvo carácter de general observancia hasta principios del siglo XIV, bajo el pontificado de Juan XXII, en que fué establecida con general contento de la cristiandad.

La iglesia sevillana, que siempre se distinguió por su amor a la Eucaristía, fué de las primeras del mundo católico que empezó a sacar con gran pompa y solemnidad la procesión del Corpus, pues según aseguran autorizados analistas, desde el reinado de Don Alonso el Sabio venía a celebrarse con carácter popular, interviniendo en ella todos los vecinos de la ciudad y particularmente los gremios, que acudían con sus carros y castillos, donde ostentaban el estandarte de su patrón y los emblemas de su oficio, figurando siempre los carpinteros por contar con más elementos para formar sus invenciones, así como de fondos con que sufragar estos gastos, que como ya hemos dicho, se sacaban en gran parte de las multas que se imponían a los contraventores de las Ordenanzas de la ciudad. En 1501, los carpinteros de ribera y calafates sacaron en la procesión una vistosa nao en forma de galera con sus remos y tripulantes.

El ilustre investigador sevillano, don Simón de la Rosa, de cuya obra «Los Seises de la Catedral de Sevilla» tomamos algunos datos de los aquí consignados, encontró en el Archivo de Protocolos una curiosa escritura otorgada por el gremio de los carpinteros, obligándose a llevar en la procesión del año 1530 un castillo representando el nacimiento de Nuestro Señor y en el que a juzgar por el número de personas que figuraban en él, como actores, músicos y acompañantes, debió ser de

gran importancia y visualidad, y costó muchos miles de maravedíes que se pagaron entre todos los gremios relacionados con la madera.

En la primera mitad del siglo XVI, llega la fiesta del Corpus a su máximo esplendor y quizás por esta causa empezaron los abusos y disgustos por los enormes gastos que ocasionaban a los gremios su concurso a la procesión, y en 1554 se alzaron en queja todos los oficios ante el alcalde de corte, licenciado Villagómez, el cual falló «que si la Ciudad quería hacer juegos y danzas, las pagase de las rentas de propios y no molestase a los vecinos»; acató la sentencia la Ciudad, y desde entonces tomó de su cuenta el pagar la procesión del Corpus, cosa que ha llegado hasta nuestros días.

El fervor religioso de los carpinteros sevillanos no se podía satisfacer con asistir una vez al año a la procesión del Corpus, y por ello fundaron la primitiva cofradía y hospital de San Felipe y Santiago en la collación del Salvador, no sabemos si radicando en la calle de los Carpinteros o en el mismo lugar donde más tarde levantaron su capilla a San José, en la calle de los Manteros. La primitiva capilla se fundó en 1509, no constituyéndose la hermandad en ella hasta el 1561. Esta primitiva ermita, por ser muy pequeña y modesta, acordaron en el cabildo de 10 de agosto de 1687 demolerla, empezando las obras en 10 de junio del mismo año. (1)

La hermandad de San José, patrón de los carpinteros y sólo por ellos integrada, tuvo primero la aprobación del Ordinario, no obteniendo sus reglas este requisito por el Concejo de Castilla, hasta el 21 de enero de 1790.

No debió durar mucho tiempo el hospital, pues al hacer en 1587 el Arzobispo don Rodrigo de Castro, por mandato de Felipe II, la reducción de hospitales, suprimiendo setenta y seis, que fueron refundidos en los del Espíritu Santo, en la calle Monteros, hoy Tetuán, y local del actual teatro de San Fernando, y en el del Amor de Dios en la Pellejería, que ocupaba la manzana de casas donde hoy está el teatro de Cervantes. Al hacer esta reducción, dice nuestro analista Zúñiga, ya no existía el hospital de los carpinteros, pero sí la casa donde celebraban sus reuniones y se custodiaba su archivo, el cual se acabó de destruir en el incendio y luctuosos sucesos de 12 de mayo de 1931.

El incansable investigador don Antonio Muro Orejón, encontró en el Archivo de Protocolos y publicó en el tomo IV de la serie del Laboratorio de Arte de Sevilla, una interesante escritura otorgada en 18 de junio de 1627, por la que el maestro entallador Luis Figueroa, vecino de Sevilla en la collación de la Magdalena, concerta con los representantes de la hermandad de San José, la factura del altar mayor de su capilla, y de ella parece deducirse que ya existía la imagen del Santo Patrón de los carpinteros que se había de poner en la caja principal del retablo.

En las reglas de la hermandad que se salvaron de la dicha catástrofe, se dice, que para ser hermanos y desempeñar cargos en sus juntas, han de ser oficiales carpinteros, cristianos viejos, lim-

(1) Debo estas noticias al P. Fr. Diego de Valencina, actual Superior de la Comunidad Franciscana encargada de la Capilla.

pios de linaje y de buena fama y vida, y si dejaren el oficio quedan excluidos del gobierno de la hermandad.

Fija los cultos que se han de celebrar, entre ellos cuatro días del Jubileo circular, del que da curiosas noticias de su fundación en Sevilla, inaugurado el 8 de diciembre de 1688 bajo el pontificado del Arzobispo don Jaime Palafox y Cardona.

En un relicario de plata guardaban un trozo del manto de San José, «de color leonado obscuro», sacado del que se venera en la basílica de Santa Anastasia de Roma, y el cual fué donación del Prebendado de esta Iglesia Catedral, don Juan Cornejo. Como otras joyas artísticas, desapareció en el asalto a la capilla del año treinta y uno, no pudiéndose asegurar si fundido por las llamas o robado por manos sacrílegas y criminales.

Después de reconquistada la ciudad, quedaron en ella, aceptando el vasallaje del vencedor, gran número de alarifes (1) moros, que continuaron en el ejercicio de sus oficios enseñando después a los obreros cristianos sus habilísimas labores, dando con ellas lugar al estilo mudéjar, del que tan bellísimas muestras quedan aún en los edificios sevillanos de aquella época.

Las importantes obras que se hicieron en el Alcázar para su habilitación en palacio de nuestros Reyes, dió ocupación a muchos de aquéllos que después fueron sustituidos por sus hijos o por obreros cristianos. Este fué el origen de los Francos del Alcázar, que estaban exentos de pagar la moneda forera y cabeza de pecho, según privilegio del Rey Don Juan II, fechado en 24 de marzo de 1427. Dice el Sr. Gestoso (2) que en esta época «había cuatrocientos oficiales exentos por razón de su cargo, de los cuales pertenecían al gremio de la madera ciento cuarenta, entre carpinteros de lo blanco, de ribera, madereros, aserradores, torneros y asteros. La mayoría de éstos vivieron en la calle de Francos, que tomó este nombre por el privilegio de que gozaban sus moradores.

Al frente de los carpinteros había un maestro mayor, aunque de los proyectos y nóminas de las obras realizadas en el Alcázar, se ve no se limitaba su intervención a la carpintería, sino a todo lo referente a las construcciones.

Con el transcurso de los años se fueron perdiendo las reglas y prácticas de construcción que dejaron los árabes y después continuaron los mudéjares, y para perpetuar y que «no se perdiera el arte hispano mahometano», en 1633 publicó un interesante libro el Alcalde Alarife, Diego López de Arena, titulado «Breve compendio de la carpintería de lo blanco y tratado de alarifes». Este famoso carpintero no se contentó con legarnos los primores de su arte en obras de sus manos como el techo existente en el convento de Santa Clara y otros templos sevillanos, y quiso hacer partici-

pantes a las generaciones posteriores de sus profundos conocimientos en la materia, vertiéndolos en lenguaje llano aunque aplicando términos técnicos y nombres de origen arábigo, que si fueron familiares a sus compañeros coetáneos, se hacen hoy de difícil comprensión para los actuales carpinteros y lectores.

Apurada esta edición y para que se pudiera conocer lo que tan difícil se había hecho de adquirir, en 1727, el profesor de matemáticas Santiago Rodríguez de Villafañe, la editó de nuevo con un curioso suplemento sobre los relojes de sol, reparos y aprecios de las casas. En nuestros días, el año 1912, el capitán de ingenieros don Eduardo Mariátegui, la ha vuelto a dar a la estampa con curiosísimas notas y rectificaciones que facilitan y aclaran los conceptos y voces que antes apuntábamos.

Para terminar, diremos algo sobre el importe del jornal y precios de los trabajos de carpintería en el siglo XVII. Por una Real pragmática de 13 de septiembre de 1627, se ordenó se fijaran las tasas, y tan rápidamente se dió cumplimiento a esta soberana disposición, que en 12 de octubre del mismo año, el Asistente de Sevilla, Conde de la Puebla y Marqués de Vacares, publicó un curioso libro en el que consignan las tasas a que se habían de vender las mercaderías en nuestra ciudad y su tierra, así como la cuantía de los jornales y salarios.

La tasa para «jornal de carpintero, que llaman maestro, no puede pasar de ocho reales, y cada aserrador, cinco reales y medio cada día». Es natural que lo reducido del salario estaba en relación al coste de las casas, mantenimientos y ropa; así vemos que una libra de carne de vaca valía cuarenta maravedíes, un pollo, dos reales el mejor; una gallina cuatro reales y la libra de langostinos cuarenta y ocho maravedíes. Calcúlense estos precios a razón de 34 maravedíes que forman un real, y 136 en la peseta y se verá que un oficial con sus ocho reales de jornal podía vivir entonces mejor que hoy con ocho o diez pesetas.

La misma relación existe para apreciar la obra terminada; así una lujosa cama de matrimonio con remates, balaustres y manzanillas, valía ciento dos reales, y un escaparate o aparador, como hoy se llama, de madera de cedro, de dos varas y media de alto por vara y media de ancho, doscientos cincuenta reales, y a este tenor todos los objetos que formaban el menaje doméstico.

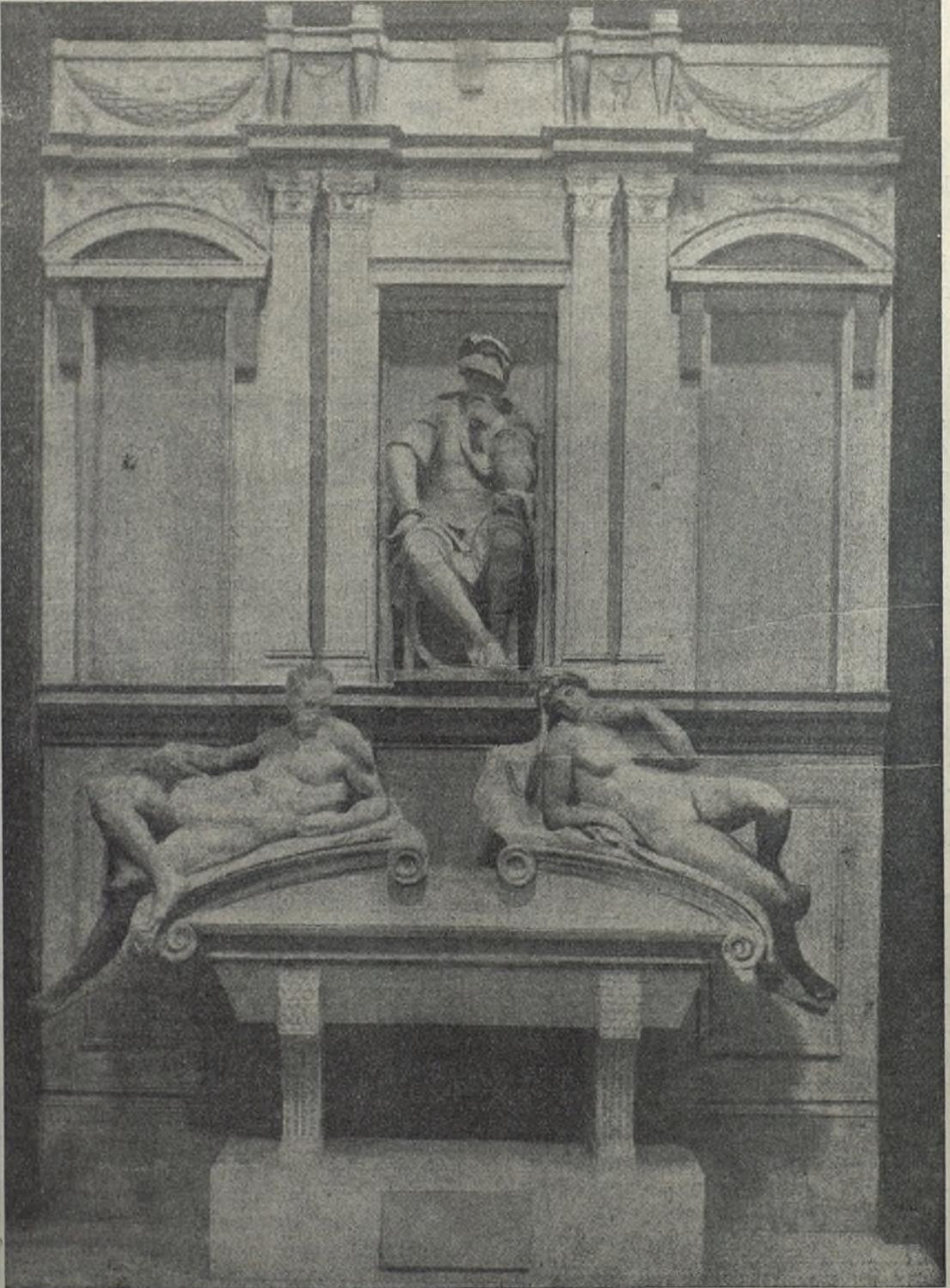
Sin huelgas, luchas entre patronos y obreros, tribunales paritarios ni demás zarandajas que hoy se usan, se hicieron unas verdaderas tarifas y bases de trabajo, que fueron con gran complacencia generalmente aceptadas y fielmente guardadas y respetadas durante mucho tiempo. Esto que en los tiempos actuales parecería irrealizable, se pudo llevar a efecto por la perfecta organización de los gremios que asesoraban e ilustraban a las autoridades para que las disposiciones que de ellas emanaban fuesen justas y equitativas.

Sevilla, 20 de octubre de 1935.

(1) Alarife según la actual acepción es sinónimo de albañil, pero en aquella época se aplicó a todos los menestrales que intervenían en la construcción.

(2) Sevilla Monumental y Artística.-T.º 1.º, pág. 438.

ALREDEDOR DEL MUNDO

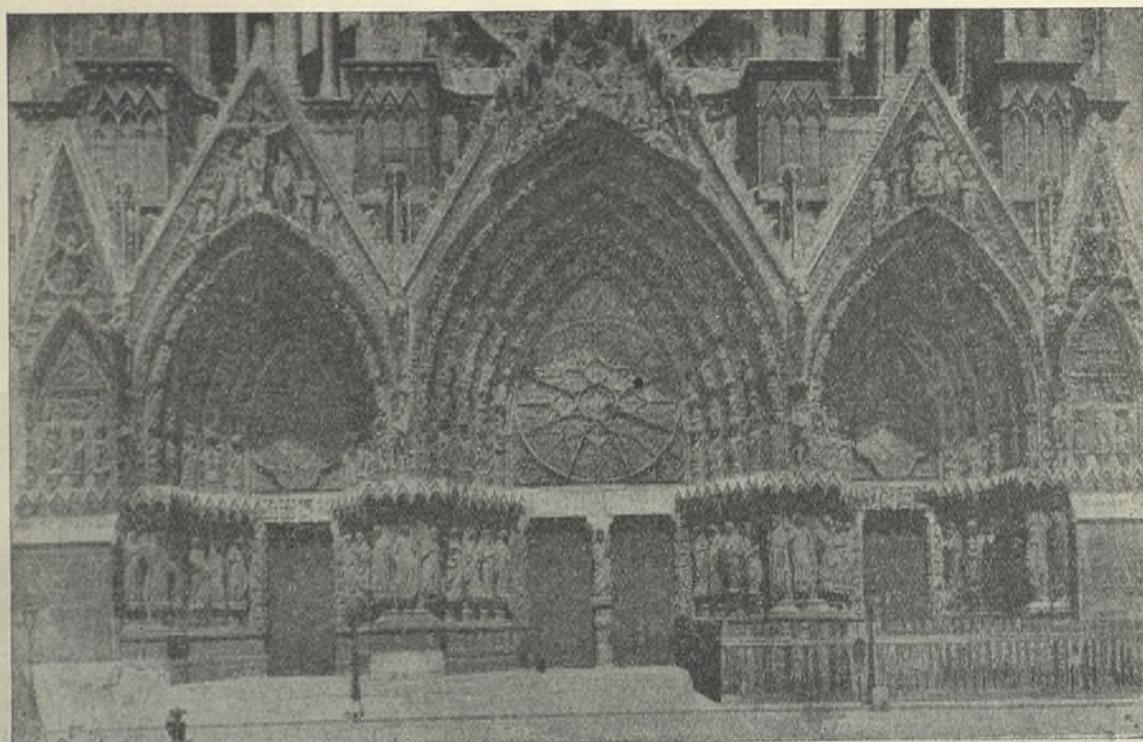


Entre los monumentos notables, debidos a Miguel Angel, el célebre escultor figura en la capilla de Medicce, en Firenze, el del Duque de Urbino, cuya fotografía contemplamos en estas páginas con toda fidelidad de impresión. Miguel Angel ha sabido destacar en sus obras esa pronunciada actitud que acompaña en toda circunstancia, al motivo creativo y las figuras resaltan más por su acentuada composición.

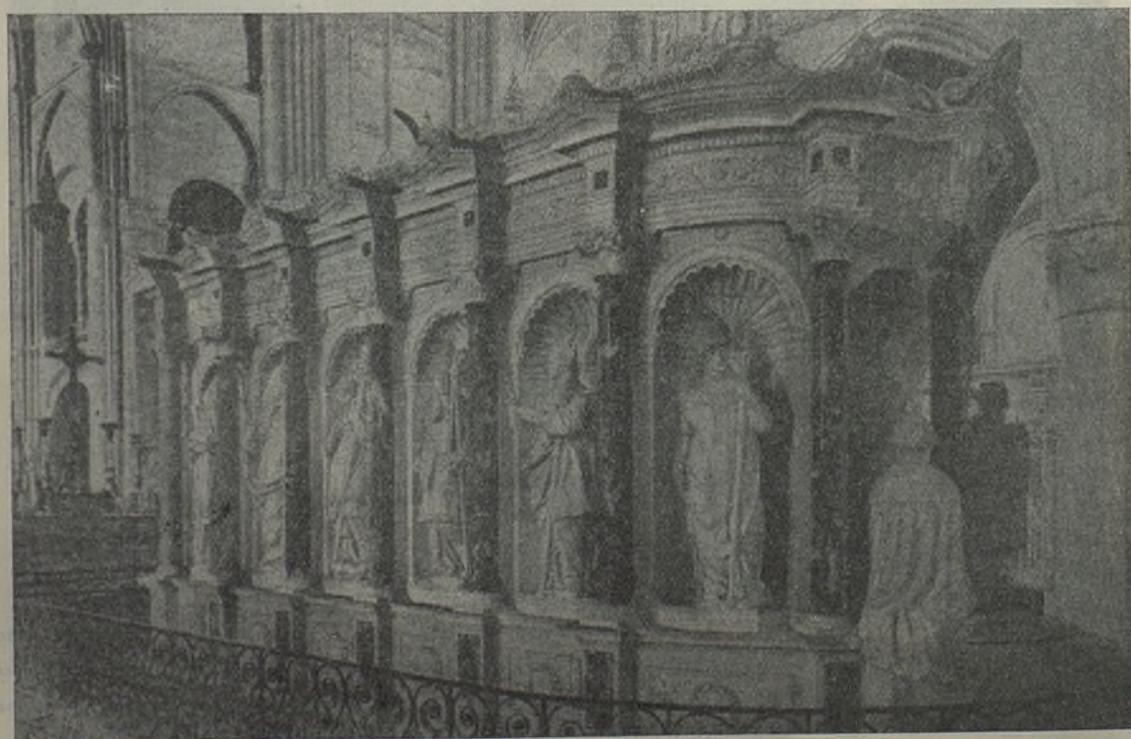
ALREDEDOR DEL MUNDO



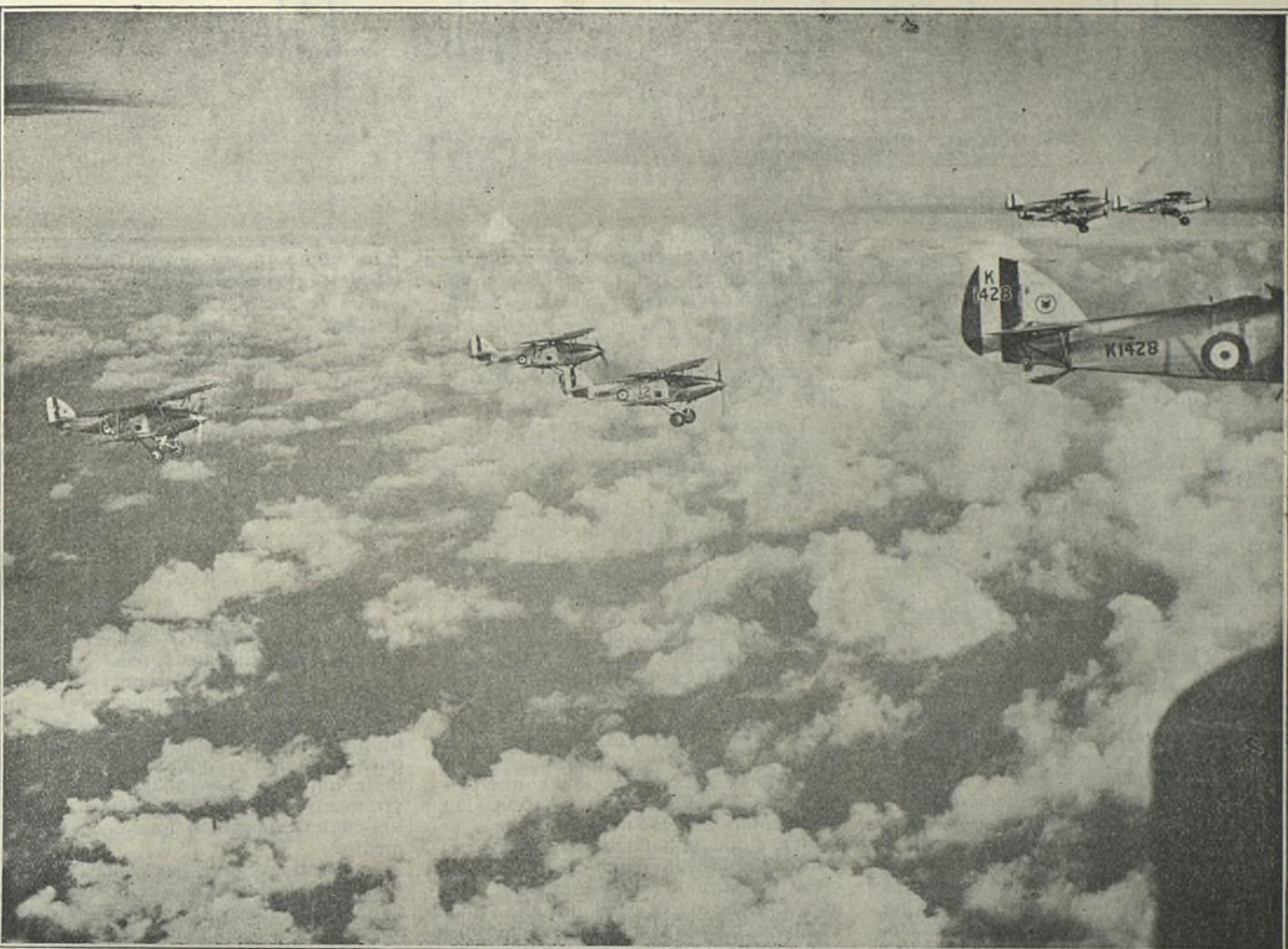
Igualmente en Firenze, Iglesia de San Croce, está el monumento al Dante Alighieri, autor de la Divina Comedia, que es el poema de un soñador como jamás existió otro alguno. La Divina Comedia es obra al alcance de determinadas inteligencias, por la profundidad de su lectura. El monumento dedicado a tan eximio genio es obra de Stéfano Ricci y las tres figuras alegóricas tienen marcadas expresiones emotivas que invitan a detenerse un momento en su contemplación para recordar siempre esculturas tan bonitas e interesantes, de autor que como Miguel Ángel, conservan en su espíritu artísticas concepciones de una escuela propia y única.

ALREDEDOR DEL MUNDO

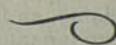
Pórtico de la Catedral de Reims



REIMS.—Tumba de San Remy en la Iglesia del mismo nombre



Los dominios del aire



Ya pasaron los tiempos heroicos de la aviación aunque la aviación siga siendo refugio de héroes. Ayer se construían aparatos que apenas si ofrecían un mínimo de estabilidad. Hoy, los aparatos que cruzan el aire, ofrecen muchas seguridades. No hace muchos años, un vuelo París-Madrid con diversas escalas despertaba más admiración y temores que los que hoy despierta una travesía del Atlántico. Son muchos los hombres de diversos climas que han cruzado ese mar por el norte y por el sur. Otros muchos han perecido en el intento. Con gestas heroicas de renunciamientos y de abnegaciones se escribe la historia. La historia de la aviación es una de las más bellas porque está llena de hechos gloriosos en los que se puso de manifiesto la voluntad, la inteligencia y el valor de unos hombres que no dudaron en sacrificar sus vidas en beneficio de las generaciones futuras. Y sus gestos no han sido olvidados. Se recuerdan con admiración y, lo que es más digno de elogio: se imitan.



Historia de un Mirlo Blanco

(CUENTO)

por A. DE MUSSET

I

¡Oh qué glorioso, pero qué penoso también, ser en el mundo un mirlo excepcional! Sin embargo, no soy un pájaro fabuloso, y M. de Buffón me ha descrito ya. Pero, ¡ay!, soy extraordinariamente raro y difícil de hallar. ¡Plugo al cielo que yo fuese casi un imposible!

Mis padres eran dos excelentes personas, que vivían desde hacía muchos años en el fondo de un viejo jardín apartado del Marais. Era una pareja ejemplar. Mientras que mi madre, acomodada entre el ramaje espeso, empollaba con regularidad tres veces al año, cubriendo los huevos, soñolienta, con una religiosidad patriarcal, mi padre, muy presumido y petulante aun a pesar de su edad, revoloteaba en torno de ella durante todo el día, proporcionándole preciosos insectos, que cogía con delicadeza por la punta del rabo para no disgustar a su mujer, y llegada la noche, si el tiempo era hermoso, jamás dejaba de regalarla con una canción que regocijaba a toda la vecindad. Nunca la menor querrela, nunca la más pequeña nube habían turbado aquella dulce unión.

Apenas llegué al mundo, por primera vez en su vida empezó mi padre a mostrar mal humor. Aunque yo no era todavía más que de un gris dudoso, no reconocía en mí ni el color ni la gallardía de sus numerosos antepasados.

—¡Vaya una cochina criatura!—decía algunas veces mirándome de reojo—. Solamente yendo a revolcarse este píllo entre la basura y el fango se puede estar así de feo y sucio.

—¡Por Dios, amigo mío!—respondía mi madre, acurrucada siempre como una bola en una escudilla vieja, donde había hecho su nido—. ¿No ves que eso es propio de la edad? Tú mismo, en tus primeros años, ¿no fuiste un tunantuelo encantador? Deja que crezca nuestro mirlo, y ya verás qué guapo se pone; es uno de los mejores que yo he empollado.

Mi madre no se engañaba aunque me defendiera así; veía crecer mi fatal plumaje, que le parecía una monstruosidad; pero hacía lo que todas las madres: que, por lo mismo que sus hijos nacen castigados de la Naturaleza, se identifican más con ellos, como si la culpa fuese suya o como si por adelantado reparasen la injusticia del Destino, que tanto les duele.

Cuando llegó el tiempo de primera muda, mi padre empezó de pronto a estar pensativo y me observó atentamente. Mientras se me cayó la pluma aun me trató con bastante bondad, y hasta me dió de comer al verme firitar casi desnudo en mi rincón; pero desde que mis pobres alones ateridos comenzaron a cubrirse de plumón, a cada pluma blanca que veía aparecer le acometía una cólera tal, que temí me desplumase para el resto de mis días. ¡Ay! ¡Yo no tenía un espejo, ignoraba la causa de aquel furor y me preguntaba por qué el mejor de los padres se comportaba tan bárbaramente conmigo!

Un día en que un rayo de Sol y mi

naciente envoltura me habían, a pesar mío, alegrado el corazón, como me hallase revoloteando por un paseo, me puse, por mi desgracia, a cantar. A la primera nota que oyó, mi padre saltó por los aires como un cohete.

—¿Qué es lo que oigo?—exclamó—. ¿Es así como silban los mirlos? ¿Es así como silbo yo? ¿Es eso silbar?

Y cayendo abatido junto a mi madre, añadió con la más terrible serenidad:

—¡Desgraciada! ¿Quién ha venido a poner en tu nido?

Ante aquellas palabras, mi madre, indignada, se arrojó de la escudilla, no sin hacerse daño en una pata. Quería hablar, pero la ahogaban los sollozos, y cayó en tierra, medio desmayada. Yo la vi próxima a expirar. Espantado y temblando de miedo, me arrodillé a los pies de mi padre.

—¡Oh, padre mío!—le dije—, si yo silbo atravesadamente y si fui mal vestido por la Naturaleza, que mi madre no sufra el castigo! ¿Es culpa suya que el Destino me haya negado una voz como la vuestra? ¿Es culpa suya que yo no tenga el pico amarillo como vos, ni luzca como vos esa negra casaca a la francesa que os hace parecer un mayordomo engulléndose una tortilla? Si el cielo ha hecho de mí un monstruo, y si alguien debe sufrir pena por ello, ¡que sea yo al menos el único desventurado!

—No se trata de eso—dijo mi padre—; pero ¿qué significa esa manera absurda con que te permites silbar? ¿Quién te ha enseñado a silbar así, contra todos los usos y reglas?

—¡Ah, señor! respondí humildemente—. ¡He silbado como he podido, porque estaba alegre en día tan hermoso y porque acaso he comido demasiadas moscas!

—En mi familia no se silba de ese modo—replicó mi padre fuera de sí—. Hace siglos que silbamos de padres a hijos, y debes saber que cuando yo deje oír mi voz en la noche, hay cerca de aquí un señor viejo en el principal y una joven griseta en el sotabanco que abren las ventanas para oírme. ¿No es suficiente aún que haya de soportar ante mi vista el horrible color de tus estúpidas plumas, que te dan el aspecto enharinado de un payaso de feria? Si yo no fuera el más pacífico de los mirlos, ya te habría desnudado cien veces, ni más ni menos que a un pollo de corral pronto a dar en el asador.

—¡Pues bien—exclamé yo, volviéndome contra la injusticia de mi padre—; si así es, señor, que no suceda más! ¡Me quitaré de vuestra presencia; libraré a vuestro ojos de esta desdichada cola blanca, de la que me estáis tirando todo el día! ¡Partiré, señor; huiré! Otros muchos hijos consolarán vuestra vejez, puesto que mi madre empolla tres veces al año. Iré lejos de vos a esconder mi miseria, y acaso encuentre—añadí sollozando—, acaso encuentre en la huerta o en los canalones de la casa vecina algunas lombrices de tierra o algunas arañas de tejado para sostener mi triste existencia.

—Como quieras—repuso mi padre,

lejos de enternecerse con mi discurso— ¡Que yo no vuelva a verte! Tú no eres mi hijo; tú no eres un mirlo.

—Entonces, ¿qué soy, señor si os parece?

—No lo sé, pero no eres un mirlo.

Después de tan fulminantes palabras mi padre se alejó a paso lento. Mi madre se levantó tristemente, y fue, cojeando, a acabar de llorar en su escudilla. En cuanto a mí, confuso y desolado, empecé el vuelo lo mejor que pude y fui, como había anunciado, a posarme en el canalón de una casa vecina.

II

Mi padre tuvo la «inhumanidad» de dejarme durante varios días en aquella situación mortificante. A pesar de su carácter violento tenía buen corazón, y por las miradas que me echaba de reojo yo comprendía muy bien que hubiera querido perdonarme y llamarme con un pequeño y lastimero quejido; pero mi plumaje horrible inspirábale, a pesar suyo, una repugnancia y un terror para los cuales comprendí que no había remedio.

«¡Yo no soy un mirlo!», me repetía. Y en efecto, al espulgarme por las manías y al contemplarme en el agua del canalón, reconocía con toda claridad lo poco que me parecía a mi familia. «¡Oh cielos—volvía a repetir—, dime qué soy entonces!»

Cierta noche que llovía a raudales iba ya a dormirme, extenuado de hambre y de dolor, cuando vi posarse junto a mí un pájaro más empapado, más pálido y más flaco de lo que yo podía imaginar. Por lo que pude juzgar a través de la lluvia que nos inundaba, era casi de mi mismo color; apenas si su cuerpo tenía plumas para vestir a un gorrión, y era mucho mayor que yo. Al primer pronto me pareció un pájaro pobre y necesitado en absoluto; pero a pesar de la tormenta, que azotaba su frente pelona, conservaba un aire de arrogancia que me sedujo. Le hice modestamente una profunda reverencia, a la que respondió con un picotazo que estuvo a punto de hacerme caer del canalón; y al ver que yo me rascaba la oreja y que me retiraba compungido sin intentar siquiera responderle en igual forma, me preguntó con voz tan bronca como pelada estaba su cabeza:

—¿Quién eres tú?

—¡Ay, señor!—respondí, temiendo una segunda estocada—. No lo sé. Creí ser un mirlo, pero me han convencido de que no lo soy.

La singularidad de mi respuesta y mi tono sincero le interesaron. Se acercó a mí y me obligó a contarle mi historia, de la que me lamenté con toda la tristeza y humildad que convenían a mi situación y al tiempo detestable que hacía.

—Si fueras un palomo mensajero como yo—me dijo después de oírme—, esas nonadas que tanto te afligen no te inquietarían un momento. Nuestra vida es viajar, y también tenemos nuestros amores, aunque no sé quién es mi pa-

dre. Vender el aire, cruzar el espacio, ver a nuestros pies llanos y montañas, respirar el azul mismo de los cielos y no las emanaciones de la tierra, correr como una flecha hacia un punto determinado que jamás se nos escapa: he aquí nuestro placer y nuestra vida. Yo recorro durante un día más distancia que un hombre recorre en diez.

—Por mi palabra, señor—le dije más animado—, que sois un pájaro bohemio.

—Eso es cosa que apenas me preocupa—repuso—. No tengo patria; no conozco mas que tres cosas: los viajes, mi mujer y mis pequeños. Donde esté mi mujer, allí está mi patria.

—Pero ¿qué es eso que os cuelga del cuello?

—Documentos de gran importancia—respondió engreído—; voy a Bruselas, y llevo al célebre banquero *** una noticia que hará bajar la renta en un franco setenta y ocho céntimos.

—¡Dios justiciero!—exclamé—. ¡Hermosa existencia la vuestra, y Bruselas, seguramente, ciudad digna de verse! ¿No podríais llevarme con voz? Puesto que no soy un mirlo, quién sabe si seré un palomo mensajero.

—Si lo fueras—me replicó—, me habríais respondido inmediatamente con el mismo picotazo que te he dado yo.

—¡Pues bien, señor, os lo devolveré! No disputemos por tan poca cosa. Ya apunta el día y la tormenta se calma. ¡Por favor, dejadme seguirus! Estoy perdido y nada me queda ya en el mundo. Si os negáis a ello no me resta otro recurso que morir ahogado en el canalón.

—¡Pues bien, en marcha! Sígueme si puedes.

Eché una última mirada al jardín donde mi madre dormía. Una lágrima brotó de mis ojos; el viento y la lluvia la arrastraron. Abrí las alas y partimos.

111

Ya he dicho que mis alas no eran muy robustas. Mientras mi gafa iba como el viento, yo me ahogaba junto a él. Durante algún tiempo pude sostenerme; pero pronto sentí un desvanecimiento tan fuerte que estuve a punto de desfallecer.

—¿Queda mucho todavía?—pregunté débilmente.

—No—me respondió—; ya estamos en Bourget; no nos quedan que hacer mas que sesenta leguas.

Intenté recuperar fuerzas para no quedar como una madama, y aún volé durante un cuarto de hora; pero pronto me rendí.

—Señor—balbucí de nuevo—, ¿no se podría parar un instante? Tengo una horrible sed que me atormenta, y si nos posáramos en un árbol...

—¡Vete al diablo! ¡No eres más que un mirlo!—me respondió encolerizado el mensajero.

Y sin volver siquiera la cabeza siguió indignado su camino. En cuanto a mí, aturdido y sin volver a verle, caí en un campo de trigo.

Ignoro cuánto tiempo permanecí desvanecido. Pero al volver en mí, lo único que acudí en seguida a mi memoria fueron las últimas palabras del mensajero: «No eres más que un mirlo», me había dicho.

—¡Oh, mis queridos padres!—pensé— ¡Os habéis engañado entonces! Volveré a vuestro lado; me reconoceréis como a vuestro hijo verdadero y legítimo, y me devolveréis mi puesto en ese agradable montoncillo de hojas que contiene la escudilla de mi madre.»

Hice un esfuerzo para levantarme; pero la fatiga del viaje y el daño que me produce al caer paralizaban mis miembros. Apenas me erguí sobre mis patas, volví a desfallecer y caí de costado.

La horrible idea de la muerte se presentaba ya a mis ojos, cuando entre las espigas y amapolas vi venir hacia mí, de puntillas, dos encantadoras criaturas. Era la primera una pequeña urraca, toda moteada y extraordinariamente coqueta, y era la otra una sonrosada tórtola. La tórtola se deuvo a algunos pasos, con gran pudor y muy compadecida de mi infortunio; pero la urraca se me acercó brincando de la manera más seductora del mundo.

—¡Oh, Dios mío! ¿Qué hacéis aquí, pobre niño?—me preguntó con voz argentina y graciosa.

—¡Ay, señora marquesa!—respondí, pues tal me pareció al menos—. Soy un pobre viajero infeliz, al que un postillón ha abandonado en el camino, y estoy a punto de morir de hambre.

—¡Virgen Santa! ¿Qué me decís?—respondió.

Y en seguida empezó a revolotear de acá para allá por unos matorrales cercanos, a ir y venir de un sitio para otro y a traerme multitud de tallos y simientes, con los que hizo un montón junto a mí, sin dejar de preguntarme:

—Pero ¿quién sois? ¿De dónde venís? ¡Parece increíble vuestra aventura! ¿Y adónde ibais? ¡Viajar solo! ¡Y tan niño! ¡Porque acabaréis de pasar la vida! ¿Qué es de vuestros padres? ¿Dónde están? ¿Cómo os dejan ir en estado semejante?

Mientras ella hablaba, yo me había incorporado un poco de costado y comía con gran apetito. La tórtola, en tanto, permanecía inmóvil, mirándome siempre con ojos de lástima. Observé, sin embargo, que yo volvía la cabeza con gran desfallecimiento y comprendí que tenía sed. Sobre una brizna de pampolina quedaba una gota de agua de la que llovió durante la noche; la tórtola la recogió tímidamente en su pico y me ofreció su frescura. Seguramente, de no haberme encontrado tan enfermo, una persona tan prudente como ella jamás se habría permitido libertad semejante.

Yo no sabía aún lo que era el amor; pero mi corazón latía vivamente. Suspenso entre dos emociones diversas, me sentía penetrado de un encanto inexplicable. Mi panadera era tan graciosa, mi escanciadora tan expansiva y tan dulce, que hubiera querido prolongar aquella comida por toda la eternidad. Desgraciadamente, todo tiene un término: hasta el apetito de un convaleciente. Acabada la colación y recobradas las fuerzas, satisface la curiosidad de la urraquita y le referí mis males con tanta sinceridad como el día anterior se lo había referido al palomo mensajero. La urraca me escuchó con mayor atención de la que debía parecer prestarme, y la tórtola me dió deliciosas pruebas de su profunda sensibilidad. Pero cuando yo llegaba al punto capital origen de mis penas, es decir, en que yo estaba dudoso de mí mismo, la urraca exclamó:

—¿Y os quejáis? ¡Vos un mirlo! ¡Vos un palomo! ¡No tal! Sois una urraca, querido niño; una urraca muy gentil—añadió, echándose una miradita como si me diera con el zbanico.

—Pero, señora marquesa—respondí—, me parece que para una urraca no es su color el mío. ¿No os parece?

—¡Una urraca rusa, querido; sois una marica rusa! ¿No sabéis que son

blancas? ¡Pobre mozalbeta, que inocencia!

—Pero, señora—repliqué—, ¿cómo voy a ser una urraca rusa habiendo nacido en el fondo del Marais, en una vieja escudilla desportillaga?

—¡Ah, tierna criatura! Procedéis de la invasión, querido. ¿Creéis que no hay nadie como vos? Voy a conducirlos ahora mismo conmigo y a mostraros las más bellas cosas de la tierra.

—¿Adónde señora, si os place?

—A mi palacio verde, precioso mío; ya veréis cómo se vive allí. Apenas llevaréis un cuarto de hora siendo urraca, y ya no querréis oír hablar de otra cosa. Allí no somos más de un centenar; no como esas urracas enormes del populacho que piden limosnas en los grandes caminos, sino todas nobles y de buen trato, esbeltas, ligeras y no mayores que el puño. Ninguna de nosotras tiene más ni menos de siete manchas negras y cinco manchas blancas; esto es invariable, y despreciamos al resto del mundo. Las manchas negras os denuncian, es verdad; pero vuestra cualidad de ruso bastara para que os admitan. Nuestra vida se reduce a dos cosas: colorrear y emperifollarnos. De la mañana al mediodía nos recomponemos, y desde el mediodía hasta la noche colorreamos. Cada cual se sube a un árbol, el más alto y viejo posible. En medio del bosque se eleva una inmensa encina—¡ay, deshabitada!—, que es la mansión del insensato rey Pío X, y a la que solemos ir en peregrinación exhalando grandes suspiros; pero aparte de esta pena pasajera, pasamos el tiempo a maravilla. Las mujeres no somos más mojigatas que celosos nuestros maridos; pero nuestros placeres son puros y honestos, porque tenemos un corazón tan noble como libre y divertido es nuestro lenguaje. Nuestro orgullo no tiene límites, y si un grajo o cualquier otro canalla semejante viene, por casualidad, a introducirse entre nosotras, le desplumamos sin piedad. Mas no por eso dejamos de ser la gente mejor del mundo; y los gorriones, pinzones y jilguerillos que se acogen a nuestros dominios nos hallan siempre dispuestas a ayudarlos, a alimentarlos y a defenderlos. En parte alguna se da mayor parloteo que entre nosotras, y en parte alguna menor maledicencia. No carecemos de viejas lechuzas devotas que se pasan rezando el día entero; pero la más vanidosa de nuestras damiselas puede pasar, sin miedo a un picotazo, junto a la más severa y linajuda dama. En una palabra, vivimos alegres, honradas, habladoras, recompuestas y satisfechas.

—Todo eso es muy hermoso, señora—repliqué—, y ciertamente pecaría yo de descortés si no obedeciese los mandatos de una persona como vos. Pero antes de tener el honor de seguirus, permítme decir unas palabras a esta discreta damisela que está presente. Señorita—proseguí, dirigiéndome a la tortolilla—, habládmelo francamente, os lo suplico: ¿creéis que verdaderamente soy una urraca?

Ante aquella pregunta, la tortolilla bajó la cabeza y se tiñó de rojo pálido como las cintas de Lolotte.

—Pero, señor—me dijo—, no sé si debo...

—¡En el nombre del cielo, hablad, señorita! Mi pretensión en nada puede ofenderos, sino todo lo contrario. Me pareceréis las dos tan encantadoras, que juro ofrecer mi corazón y mi pata a aquella de vos que así lo quiera, desde el instante mismo en que sepa si soy una urraca u otra cosa; pues cuando os miro—añadió, hablando en tono más bajo a la joven—

no sé qué siento en mí de atortolado que me atormenta extrañamente.

—Pues, en efecto—dijo la tortolilla, enrojando aún más—: no sé si es el reflejo del sol que os da a través de estas amapolas, pero me parece que vuestro plumaje tiene un ligero tinte...

No se atrevió a ir más allá.

—¡Oh, perplejidad!—exclamé para mí—. ¿Cómo saber a qué atenerme? ¿Cómo entregar mi corazón a una de las dos, cuando tan cruelmente lo desgarráis? ¡Oh, Sócrates! ¡Qué admirable precepto, pero cuán difícil de seguir, el que no diste diciendo: «¡Conócete a ti mismo!»

Desde aquel día en que una malhadada canción contrarió tan vivamente a mi padre, yo no había vuelto a hacer uso de mi voz. En aquel momento se me ocurrió valerme de ella como de un medio para discernir la verdad, «¡Diablo—pensé—, puesto que mi señor padre me planteó en la puerta la primera vez que canté, la segunda ha de producir necesariamente algún efecto en estas damas!» Y habiendo empezado por inclinarme profundamente, como pidiendo indulgencia, a causa de la lluvia que había caído sobre mí, me decidí a silbar primero, a gorjear después, triné más tarde y acabé, en fin, cantando a voz en grito como un arriero español al aire libre.

A medida que yo cantaba, la pequeña urraca se alejaba de mí con un aire de sorpresa que pronto se convirtió en estupefacción y que luego pasó a ser un sentimiento de espanto acompañado de la más profunda desilusión. Describía círculos alrededor mío como el gato escaldado en torno al tocino ardiendo con que acaba de abrasarse, pero del que, a pesar de todo, querría volver a probar. Viendo el efecto de mi experiencia, y queriendo llevarla hasta el fin, cuanto mayor impaciencia demostraba la pobre marquesa, más me desgañaba yo cantando. Veinticinco minutos resistí mis melódicos esfuerzos; pero al fin, no pudiendo sufrirlo más, eché a volar ruidosamente y regresé a su palacio de follaje. En cuanto a la tortolilla, se había quedado, casi desde que empecé, profundamente dormida.

—¡Admirable efecto de la melodía!—pensé—. ¡Oh, Marais! ¡Oh maternal escudilla! ¡Hoy más que nunca me acuerdo de vosotros!

En el momento en que me disponía a partir, la tortolilla abrió los ojos.

—¡Adiós—me dijo—, extranjero gentil y aburrido! Me llamo Gourouli. ¡Acuérdate de mí!

—¡Oh, bella Gourouli!—le respondí—. ¡Eres buena, dulce y encantadora! ¡Querría vivir y morir para ti! ¡Pero eres color de rosa, y tanta felicidad no se ha hecho para mí!

IV

El triste efecto producido por mi canto no había dejado de entristecerme, «¡Oh música! ¡Oh, música y poesía!—me repetía regresando a París—. ¡Qué pocos corazones hay capaces de comprenderlos!»

Haciéndome estas reflexiones, chocó mi cabeza con la de otro pájaro que volaba en sentido opuesto al mío. El choque fué tan inesperado y rudo, que los dos, vinimos a caer sobre la copa de un árbol que por suerte había debajo de nosotros. Así que nos repusimos un poco, me encaré con el recién llegado, esperando una disputa. Con la mayor sorpresa vi que era blanco también. A decir verdad, tenía la cabeza un poco mayor que yo, y sobre la frente una especie de penacho que le daba un aspecto cómico-

heroico; llevaba también una cola muy levantada, como con soberana magnanimidad; por lo demás no me pareció nada dispuesto a la batalla. Nos saludamos con extrema cortesía, y nos rendimos mutuas excusas, después de lo cual entramos en conversación. Yo me tomé la libertad de preguntarle su nombre y su país.

—Me extraña mucho—dijo—que no me conozcáis. ¿No sois, acaso de los nuestros?

—En verdad, señor—respondí—, no sé de quiénes soy. Todo el mundo me pregunta y me dice lo mismo; es preciso que todos se hayan puesto de acuerdo para ello.

—Os reís de mí—replicó—; os sienta demasiado bien vuestro plumaje para que yo desconozca a un cofrade mío. Perteneceís infaliblemente a esta ilustre y venerable raza llamada en latín de las *cacuatias*, de las *kakatoas* en lenguaje científico y *cacatúas* en jerga vulgar.

—A fe mía, señor, que ello es posible y que constituiría una gran honra para mí. Pero haced como si no lo fuera y dignaos decirme con quién tengo el honor de hablar.

—Soy—respondió el desconocido—el gran poeta Kacatogan. He realizado, señor mío, viajes extraordinarios y he pasado por áridas y crueles peregrinaciones. Mis rimas no son cosas de ayer, y mi musa ha sufrido muchas adversidades. Yo, señor, he trinado bajo el reinado de Luis XVI, he clamado por la República, he cantado el Imperio noblemente, he ensalzado discretamente la Restauración, y en fin, haciendo un gran esfuerzo en los últimos tiempos, he logrado someterme, no sin gran trabajo, a las exigencias de este siglo de mal gusto. He lanzado al mundo dísticos satíricos, himnos sublimes, hermosos ditirambos, elegías piadosas, dramas melencólicos, enredadas novelas, comedias empolvadas y tragedias calvas. En una palabra, puedo envanecerme de haber añadido al templo de las Musas algunos festones galantes, ciertos dentellados de claroscuros y no pocos ingeniosos arabescos. ¡Qué queréis! Ya soy viejo, pero todavía compongo con fragancia juvenil; y tal como me véis, señor, meditaba un poema en un canto, que no tendrá menos de seiscientas páginas, cuando me habéis hecho este chichón en la frente. Por lo demás, si en algo puedo seros útil, me tenéis a vuestra disposición.

—Ciertamente, señor, que podéis servirme—repliqué—, pues me habéis sorprendido en un momento de perplejidad poética. No me atrevo a decir que soy poeta, ni mucho menos un poeta tan grande como vos—añadí saludándole profundamente—; pero la naturaleza me ha dado una garganta que me empieza a picar en cuanto me siento satisfecho o tengo algún pesar. Y a decirlo verdad, ignoro por completo las reglas para su uso.

—No os inquietéis por eso—dijo Kacatogan—; yo ya las he olvidado.

—Pero me sucede—repuse yo—una cosa terrible: que mi voz produce en quienes la oyen un efecto parecido a la de un tal Juan de Nivelles (1) sobre... ¿Sabéis lo que quiero decir?

(1) Nota del traductor.—«Jean de Nivelles». En el siglo XV, Jean de Nivelles, hijo de una noble familia, a pesar de las repetidas órdenes de su padre hizo defección en un combate contra ciertas facciones adversas a su familia. De este hecho surgió la canción, aún hoy popularísima en Francia, en que se dice: «*C'est le chien de Jean Nivelles—qui s'en va lors qu'on l'appelle.*» (Es el perro de Juan Nivelles—que se va cuando le llaman), dicho popular con que se indica en Francia que alguien huye precisamente cuando

—Sí lo sé—dijo Kacatogan—. Conozco por mí mismo ese extraño efecto. La causa no me ha sido revelada; pero el efecto es indiscutible.

—¡Pues bien, señor! Vos, que me parecéis ser el Néstor (1) de la poesía, ¿conocéis, os lo ruego, algún remedio para este penoso inconveniente?

—No—dijo Kacatogan—; por mi parte jamás he podido hallarlo. Sufrí mucho de joven, porque en todas partes me silbaban; pero al presente ya no pienso en ello.

—Pero convendréis, señor, que es duro, para una criatura bien intencionada, poner a las gentes en fuga en cuanto siente un buen deseo. ¿Queríais hacer el favor de escucharme y decirme sinceramente vuestra opinión?

—Con mucho gusto—dijo Kacatogan—. Soy todo oídos.

Me puse a cantar inmediatamente, y tuve la satisfacción de ver que Kacatogan ni huía ni se dormía. Me miraba fijamente, y de vez en cuando inclinaba la cabeza en señal de aprobación, con una especie de murmullo lisonjero. Pero pronto advertí que no me escuchaba y que pensaba en su poema. Y aprovechando una pausa mía para tomar aliento, me interrumpió de pronto:

—¡Ya he dado con mi poesía!—dijo sonriendo e irguiendo la cabeza—. ¡Es la sesenta mil setecientas catorce que sale de mi mente! ¡Y aun se atreven a decir que envejeces! Corro a leérsela a mis buenos amigos; quiero que la oigan, y veremos lo que dicen.

Y hablando así, echó el vuelo y desapareció, como si no pareciese recordar siquiera nuestro encuentro.

V

Solo y descorazonado, no podía hacer nada mejor que aprovechar el resto de la jornada para volar de un tirón hasta París. Desgraciadamente, yo no conocía el camino. Mi viaje con el palomo mensajero había sido muy poco agradable para dejarme un recuerdo exacto; de manera que, en vez de volar todo derecho, torcí a la izquierda en Bourget, y, sorprendido por la noche, me vi obligado a buscar refugio en las selvas de Mortefontaine.

Cuando llegué, todo el mundo se disponía a descansar. Las lechuzas y los grajos, que, como se sabe, son la peor compañía durante la noche, disputaban por todas partes. Alborotaban los gorriónes entre la espesura, inquietándose unos a otros. Al borde del agua se paseaban gravemente dos garzas, balanceándose sobre sus altas patas zancudas, en actitud meditabunda; Georges Dandín de aquel lugar en espera paciente de sus damas. Dos cuervos enormes medio adormilados se posaban pesadamente en las últimas ramas de los árboles más altos, murmurando, gangosos, sus oraciones nocturnas. Más abajo, los enamorados mensajeros se perseguían y arrullaban todavía entre las ramas, mientras un espantoso picoverde empujaba su nido para meterle en la cavidad de un tronco. Bandadas de vencejos llegaban de los campos, moviéndose en el aire como bocanadas de humo, y se precipitaban so-

(1) Nota del traductor.—Néstor: gran narrador. El más anciano de los griegos que sitiaron a Troya. Símbolo de la experiencia y la sabiduría.

debe permanecer. Con la particularidad de que ha desaparecido en el pueblo la idea de una defección y ha quedado la imagen ridícula de un perro sustituyendo a la de Jean de Nivelles. Verlainne lo toma en este último sentido cuando en la poesía VI de sus «*Comanzas sin palabras*» dice:

«*C'est le chien de Jean Nivelles...*»

bre un arbolillo que cubrían por entero. Pinzones, currucas y petirrojos se agrupaban rápidamente en las ramas vacías, como los cristales de una girándula. Por todas partes resonaban mil voces, que decían muy distintamente: «¡Vamos, mujer!», «¡Vamos, hija mía!», «¡Venid, preciosas!», «¡Por aquí, amiga mía!», «¡Aquí estoy, querido!», «¡Buenas noches, dueña mía!», «¡Adiós, mis amigos!», «¡Que descanséis, hijitos!»

¡Qué situación para un celibulario verse precisado a dormir en lugar semejante! Sentí tentaciones de acercarme a algunos pájaros de mi estatura y pedirles hospitalidad. «De noche—pensé—todos los gatos son pardos; y además, ¿hay algún daño en que duerma correctamente junto a ellos?»

Por lo pronto me dirigí hacia una zanja donde se reunían los estorninos. Se hacían la toaleta de noche con especial cuidado, y observé que la mayor parte de ellos tenían las alas de oro y las patas charoladas: eran los *dandies* de la foresta. Parecían buenos muchachos y no me prestaron la menor atención. Pero su conversación era tan atrevida, se referían con tal fatuidad sus intrigas y conquistas amorosas, se frotaban uno con otro tan pegajosamente, que me fué imposible seguir allí.

En seguida fuí a posarme en una rama donde se alineaban una media docena de pájaros de especies diversas. Ocupé modestamente el último lugar, al extremo de la rama, creyendo que me permitirían quedarme allí. Pero, por desgracia, mi vecina era una paloma vieja, más reseca que una veleta enmohecida. En el momento de acercarme a ella, las pocas plumas que encubrían sus huesos eran objeto de toda su solicitud; parecía espulgarse, pero tenía mucho miedo de arrancarse alguna; en realidad, no hacía mas que pasarles revista para saber si las tenía todas. Apenas la tropecé con la punta de un ala se volvió majestuosamente.

—¿Qué hacéis, señor?—me dijo, frunciendo el pico con un pudor británico.

Y dándome un gran codazo me arrojó al suelo, con un vigor digno de un cargador.

Caí en un matorral donde dormía una gran pava. Mi misma madre, en su escudilla, no tenía un aire tal de beatitud. Estaba tan rolliza, tan hinchada, tan muellamente sentada en su triple vientre, que se la hubiera tomado por un pan sin corteza. Me deslicé tras ella furtivamente.

—No se despertará—me dije—, y en todo caso una mamá tan pacífica y embarazada no puede por menos de ser bondadosa.

Pero, en efecto, no lo fué. Abrió a medias los ojos y me dijo, exhalando un ligero suspiro:

—Me estás molestando, pequeño; vete de aquí.

Al mismo tiempo oí que me llamaban: eran unas zorzales que en lo alto de un serbal me hacían señas de que me uniese a ellas.

«Al fin doy con unas buenas almas», pensé. Me hicieron sitio riendo como locas, y me introduje en su grupo con la misma ligereza que una carta en un manguito. Pero no tardé en comprender que aquellas damas habían comido más cantidad de uvas de lo razonable; apenas podían sostenerse en las ramas, y sus gracias, del peor género, sus carcajadas y sus cancones picarescos me forzaron a alejarme.

Ya empezaba a desesperar y me disponía a dormir en un rincón solitario, cuando un ruiseñor se puso a cantar.

Inmediatamente guardó silencio todo el mundo. ¡Oh, cuán pura era su voz! ¡Hasta su melancolía, cuán dulce pareció! Lejos de turbar el sueño ajeno, sus acordes parecían arrullarlo. Nadie pensaba en hacerle callar; nadie encontraba inoportuno que cantase en hora semejante; su padre no le pegaba; sus amigos no hufan de él.

«¿A nadie más que a mí—exclamé— está prohibido ser dichoso? ¡Partamos! ¡Huyamos de este mundo cruel! ¡Más vale hacer el camino en las tinieblas, aun a riesgo de ser engullido por algún buho, que sentir así mi corazón desgarrado por el espectáculo de la ajena dicha!»

Con esta idea emprendí la marcha y vagué largo rato al azar. A la primera claridad del día distinguí las torres de Nuestra Señora. Abarqué hasta allí de una sola ojeada, y no tardaron mis ojos en reconocer nuestro jardín. Volé hacia él más rápido que el rayo... Pero, ¡ay!, estaba vacío... En vano llamé a mis padres: nadie me respondió. El árbol donde solía estar mi padre, el matorral de mi madre, la queridísima escudilla, todo había desaparecido. El hacha lo había destruído, y en vez del largo paseo en que yo nací, no había sino un centenar de haces de leña.

VI

Busqué, sin embargo, a mis padres en todos los jardines de alrededor, pero fué trabajo perdido; indudablemente se habían refugiado en algún barrio lejano y jamás me fué posible volver a saber nada de ellos.

Penetrado de una horrible tristeza, me acogí al canalón de donde me arrojara la cólera paterna. Paséme en él días y noches deplorando mi triste existencia. No volví a conciliar el sueño y apenas comía; me hallaba próximo a morir de dolor.

Un día que me lamentaba como de ordinario, me decía a mi mismo en alta voz:

«Así, pues, no soy un mirlo, puesto que mi padre me desplumó; ni un palomo, puesto que caí rendido en el camino cuando quise ir a Bélgica; ni una coitorra rusa, puesto que la marquesita se tapó los oídos en cuanto abrí el pico; ni un íorriolo, puesto que Gourouf, la buena Gourouf en persona, roncaba como un fraile cuando yo cantaba; ni una cacalúa, puesto que Kacatogan no se ha dignado escucharme; ni, en fin, un pájaro cualquiera, puesto que en Mortefontaine me dejaron que durmiera solo. Y, sin embargo, tengo plumas en mi cuerpo; he aquí mis patas y mis alas. No soy un monstro, como lo atestigua Gourouf, y hasta la misma diminuta marquesa que tanto se alegró de encontrarme. ¿Por qué inexplicable misterio estas plumas, estas alas y estas patas no son capaces de formar un conjunto al que se pueda llamar de algún modo? ¿No seré por casualidad...?»

Iba a proseguir mis quejas, cuando fui interrumpido por dos porteras que disputaban en la calle.

—¡Si no vuelves más aquí—decía una de ellas—, te compraré un mirlo blanco!

«¡Dios justiciero!—exclamé—. ¡Esta es la mía! ¡Oh, Providencia! Soy hijo de un mirlo y soy blanco: ¡soy un mirlo blanco!»

Aquel descubrimiento modificó mucho mis ideas, hay que confesarlo. En vez de seguir lamentándome, empecé a envanecerme y a pasear orgullosamen-

te a lo largo del canalón, mirando al espacio con aire victorioso.

«Ya es ser algo—me dije—ser un mirlo blanco; no se encuentra una cosa así al paso de un borrico. En vano me afligía por no encontrar mi semejante: ¡esta es la suerte del genio; esta es la mía! ¡Quería huir del mundo y ahora espero asombrarle! Puesto que yo soy ese pájaro sin semejante cuya existencia niega el vulgo, debo y quiero comportarme como tal, ni más ni menos que el fénix, y despreciar al resto de los volátiles. Es necesario que compre las Memorias de Alfieri y los poemas de lord Byron; esta sustanciosa nutrición me inspirará un noble orgullo, sin contar con el que Dios me ha dado. Sí, quiero sobrepasar, si es posible, al prestigio de mi nacimiento. La Naturaleza me ha hecho raro; yo me haré misterioso. Con seguir verme será un favor enorme, será una gloria inmensa. ¿Y si, después de todo—añadí en voz baja—, me deja-se ver, sencillamente por dinero? ¡Oh, no basta! ¡Qué indigno pensamiento! Quiero escribir un poema como Kacatogan, no en un canto, sino en veinticuatro, como todos los grandes hombres; pero no es suficiente: ¡tendrá cuarenta y ocho, y además, notas y un apéndice! Es necesario que el Universo sepa que yo existo. No dejaré en mis versos de deplorar mi soledad; mas lo haré de tal modo, que me envidiarán los más dichosos. Puesto que el cielo me ha negado una hembra, hablaré terriblemente de las ajenas. Los ruiseñores no tienen mas que hacerse valer. Pues bien, yo demostraré, como dos y dos son cuatro, que sus lamentos son perjudiciales al corazón y que su venia nada produce. Es preciso que vaya en busca de Charpentier (1). Deseo crearme rápidamente una gran posición literaria. Espero verme rodeado por un coro compuesto no sólo de periodistas, sino de verdaderos autores y hasta de mujeres de letras. Escribiré un gran papel para Mlle. Rachel (2), y si se niega a representarlo, publicaré, a son de trompetas, que su talento es muy inferior al de cualquier anticuada cómica de provincias. Iré a Venecia, y allí, sobre el gran canal, en medio de la quimérica ciudad, cantaré al bello palacio de Mocenigo; me inspiraré en cuantos recuerdos ha debido de dejar el autor de *Lara*. Desde mi profunda soledad inundaré el mundo con un diluvio de rimas calcadas a la manera de Spencer, en que desahogaré mi alma ilimitada; haré suspirar a todas las palomas mensajeras, arrullar a todas las tórtolas, fundirse en lágrimas a todas las chochas y graznar a todas las viejas lechuzas. Mas por lo que a mi persona se refiere, me mostraré inexorable e inaccesible al amor. En vano me pedirán y suplicarán piedad para las infortunadas a quienes hayan seducido mis sublimes cantos; a todo esto yo sólo he de responder: «¡Apartaos!»

«¡Oh, excesos de la gloria! Mis manuscritos se venderán a peso de oro; mis libros cruzarán los mares; la fama y la fortuna me seguirán por todas partes; sólo yo pareceré indiferente a los murmullos de la multitud que me rodee. En una palabra: yo seré un verdadero mirlo blanco; un verdadero escritor excéntrico, festejado, mimado, admirado y envidiado, pero absolutamente gruñón e insoportable.»

(1) Famoso editor de la época.

(2) Celebradísima actriz de su tiempo.

VII

No necesité más de seis semanas para dejar al día mi primera obra. La cual, como yo me había prometido, era un poema en cuarenta y ocho cantos. Había en él ciertos descuidos, debidos a la prodigiosa fecundidad con que lo escribí; pero pensé que el público, acostumbrado a la bella literatura que se le ofrece en los periódicos, no había de ponerme el menor reparo.

Obtuve un éxito digno de mí, es decir, sin semejante. El asunto de mi obra no era otro que yo mismo; en esto me ajustaba a la moda imperante en nuestros días. Con una fatuidad encanadora contaba en ella mis pasados sufrimientos; ponía al lector al corriente de los mil detalles domésticos del más picante interés; la descripción de la escudilla de mi madre no llenaba menos de catorce cantos: en ella consignaba las ranuras, las abolladuras y agujeros, los brillos y desconchados, los clavos, las manchas, los tonos diversos, los reflejos; describía su interior, su exterior, sus bordes, su fondo, sus costados, sus planos inclinados, sus planos verticales; pasando al contenido, estudiaba las briznas de hierba, las pajas, las hojas secas, los pedacitos de tronco, las cinzas y arenillas, las gotas de agua, los restos de mosquitos y las patas rotas de saltamontes que allí había; era una descripción maravillosa. Pero no penséis que lo consigné todo de un tirón, existen lectores impertinentes que lo habrían saltado. Con el fin de que nada se desperdiciase, lo corté en pedazos y lo fui entremezclando con el texto, de modo que en el momento más interesante y dramático del poema aparecían de pronto quince páginas de escudilla. He aquí, creo yo, uno de los más grandes secretos del arte, y como no soy avaricioso, que se aproveche de él quien quiera.

Europa entera se conmovió a la aparición de mi libro; devoró las revelaciones íntimas que me dignaba comunicarle. ¿Cómo hubiera podido suceder de otro modo? No solamente enumeraba todos los hechos relativos a mi persona, sino que además ofrecía al público un completo cuadro de todos los sueños y desvaríos que cruzaron por mi mente desde la edad de diez meses; hasta intercalé, en el pasaje más hermoso, una oda que compuse cuando aun estaba dentro del huevo. Bien entendido, desde luego, que no me olvidaba de tratar al paso los grandes problemas que en la actualidad preocupan al mundo, a saber: el porvenir de la humanidad. Este problema me había parecido interesante, y en un momento de descanso bosquejé una solución para el que, en general, satisfizo a todo el mundo.

Todos los días recibía versos laudatorios, cartas de felicitación y anónimas declaraciones de amor. En cuanto a las visitas, seguía rigurosamente el plan que me había trazado: mi puerta estaba cerrada a todo el mundo. No pude, sin embargo, evadirme de recibir a dos extranjeros que se hicieron anunciar parientes míos. Uno era un mirlo del Senegal, y otro era un mirlo de la China.

—¡Ah, señor!—me dijeron, abrazándome hasta ahogarme—. ¡Qué mirlo tan grande sois! ¡Cómo habéis pintado en vuestro inmortal poema el profundo dolor del genio desconocido! ¡Cómo simpatizamos con vuestras penas, con vuestro sublime desprecio del vulgo! ¡También nosotros, señor, conocemos personalmente las secretas penas que habéis cantado! He aquí dos sonetos

que hemos compuesto y que os rogamos aceptéis.

—Y aceptad también—añadió el chino—la música que mi esposa ha compuesto sobre un pasaje de vuestro prefacio, y que expresa maravillosamente la intención del autor.

—Señores míos—les dije—, hasta donde puedo juzgar, me parecéis dotados de un gran corazón y de un espíritu luminoso. Pero perdonadme que os haga una pregunta: ¿a qué se debe vuestra melancolía?

—¡Ah, señor!—respondió el del Senegal—. Mirad cómo me han concebido. Mi pluma, ciertamente, es agradable a la vista, y estoy engalanado con este brillante color verde que se suele dar en los canarios; pero tengo el pico muy corto y las patas muy grandes, ¡y ved qué cola tan exagerada! La longitud de mi cuerpo no llega a dos tercios de ella. ¿No es motivo suficiente para darse a los diablos?

—En cuanto a mí, señor—dijo el chino—, mi infortunio es mayor todavía; porque si mi camarada barre las calles con su cola, en cambio los polizontes me señalan con el dedo porque carezco absolutamente de ella (1).

—Señores—repliqué—, os compadezco con toda mi alma; siempre es fastidioso tener demasiado o demasiado poco no importa de qué. Pero permitidme os diga que en el Jardín de las Plantas hay multitud de individuos que se os parecen y que permanecen allí desde hace mucho cebándose pacíficamente. De igual modo que a una mujer de letras no le basta ser desvergozada para escribir un gran libro, tampoco basta ser un mirlo descontento para que tenga genio. Yo soy único en mi especie, y no me aflijo por ello; acaso me equivoco; pero estoy en mi derecho. Yo soy blanco, señores; volveos como yo, y ya veremos entonces lo que os digo.

VIII

Pese a la resolución adoptada por mí y a la tranquilidad que aparentaba, yo no era feliz. Mi aislamiento, aunque glorioso, no dejaba de parecerme triste, y no podía pensar, sin espanto, en la necesidad en que me encontraba de pasar célibe toda mi vida. La llegada de la primavera especialmente me causaba una crisis mortal, y ya tornaba a caer en una nueva tristeza, cuando una circunstancia imprevista decidió mi existencia para siempre.

No hay que decir que mis escritos habían atravesado el Canal de la Mancha y que los ingleses se los disputaban. Los ingleses se lo disputan todo, hasta lo que no son capaces de entender. Cierta día recibí una carta de Londres, firmada por una joven mirlita.

«He leído vuestro poema—me decía—, y la admiración que he sentido hacia vos me ha hecho resolverme a ofreceros mi mano y mi fortuna. ¡Dios nos ha creado el uno para el otro! Yo soy parecida a vos: yo soy una mirlita blanca!...»

Fácilmente se comprenderá mi sorpresa y mi alegría. «¡Una mirlita blanca!—me dije—. ¿Será posible? ¡Entonces no soy único en el mundo!» Me apresuré a contestar a la bella desconocida, y lo hice de manera que atestigüase sobradamente cuánto me agradaba su proposición. La instaba a venir a París o a que me permitiese volar junto

a ella. Me respondió que prefería venir porque la enojaban sus parientes, que estaba poniendo en orden sus asuntos y que pronto la concería.

En efecto: pocos días después llegó. ¡Oh ventura! Era la mirlita más preciosa del mundo, y aun mucho más blanca que yo.

—¡Ah, señorita—exclamé—, o, mejor, señora, pues desde ahora os considero como esposa legítima; es increíble que una tan seductora criatura existiese en el mundo sin que su fama me haya hecho saber su existencia! ¡Benditos sean los sinsabores que he sufrido y los picotazos que me dió mi padre, ya que el cielo me reservaba un tan inesperado consuelo! Hasta hoy me creía condenado a eterna soledad, y si os he de hablar francamente, esto me parecía una carga difícil de sobrellevar. Mas al veros me reconozco con todas las cualidades de un padre de familia. Aceptad mi mano sin demora; casémonos a la inglesa, sin ceremonia alguna y partamos juntos a Suiza.

—Yo no lo entiendo así—me respondió la joven mirlita—; quiero que nuestras bodas sean magníficas; que cuanto mirios bien nacidos haya en Francia se reúnan en ellas con la mayor solemnidad. Las gentes como nosotros por su propia gloria deben casarse, no como gatos de buhardilla. Vengo bien provista de *bank-notes* (1). Extended las invitaciones, compraos cuanto necesitéis y no escatiméis las provisiones.

Yo me conformé ciegamente con las órdenes de la mirlita blanca. Nuestras bodas fueron de un lujo aplastante: se comieron en ellas más de diez mil moscas. Recibimos la bendición nupcial de un reverendo padre Cormorán (2), que era arzobispo *in partibus*. Un soberbio baile remató la jornada, y, en fin, nada faltó a mi felicidad.

Cuanto más profundizaba el carácter de mi encantadora mujercita, más aumentaba mi cariño. Reunía en su personita todas las excelencias del alma y del cuerpo. Tan sólo era un poquito gazmoña; pero yo atribuía esto a la influencia de las nieblas inglesas en que había vivido hasta entonces, y no dudaba que en cuanto se aclimatase a Francia se disiparía aquella ligera nube.

Otra cosa me inquietaba más seriamente: cierta especie de misterio de que se rodeaba, a veces con singular rigor, encerrándose bajo llave con sus camareras y pasándose así horas enteras, para hacer su toaleta, según decía. Los maridos no gustan mucho de estas originalidades en su hogar. Veinte veces me había sucedido llamar a la habitación de mi mujer sin conseguir que me abrieran la puerta. Aquello me impacientaba cruelmente. Un día insistí con tan mal humor, que se vió precisada a ceder y entreabrirme apresuradamente la puerta, no sin lamentar en voz alta mi inoportunidad. Entré y sorprendí una enorme botella llena de una especie de pasta de harina y blanco de España. Pregunté a mi mujer para qué tenía aquello, y me respondió que era un opiáceo para los sabañones, de que padecía.

Aquel opiáceo me pareció un poco dudoso; pero ¿qué desconfianza podía inspirarme una criatura tan dulce, tan discreta, que se había entregado a mí con tanto entusiasmo y tan perfecta sinceridad? Yo ignoraba al principio que mi mujer era una mujer de letras; pero

(1) Billetes de Banco.

(1) Estas descripciones del mirlo del Senegal y del mirlo de la China son exactas.

(2) Cormorán o cuervo marino. Género de aves palmípedas.

al cabo de algún tiempo me lo confesó ella misma, y llegó hasta a enseñarme el manuscrito de una novela en que imitaba a un tiempo a Walter Scott y a Scarrón. A vuestro juicio dejó el placer que me causó tan amable sorpresa. No sólo me veía poseedor de una incomparable belleza, sino que adquiría entonces la certidumbre de que la inteligencia de mi compañera era de todo punto digna de mi genio. Desde aquel momento trabajábamos juntos.

Mientras yo componía mis poemas, ella emborrionaba resmas de papel. Yo le recitaba mis versos en voz alta, sin que esto la estorbase lo más mínimo para seguir escribiendo mientras tanto. Empollaba sus novelas con una facilidad semejante a la mía; escogía siempre los asuntos más dramáticos: parricidios, raptos, muertes y hasta violaciones; cuidando siempre de atacar, al paso, a los gobiernos y predicar la emancipación de las mirlitas. En una palabra, ni su espíritu realizaba el menor esfuerzo, ni su pudor tenía que volver a lentarse; jamás tachaba una línea ni trazaba el menor plan antes de empezar a escribir. Era el prototipo de la mirlita literaria.

Un día que se entregaba al trabajo con un ardor desacostumbrado noté que se derretía en sudor, y vi, asombrado, que al mismo tiempo una gran mancha negra aparecía en su espalda.

—¡Ay Dios mío!—le dije—. ¿Qué te sucede? ¿Te pones mala?

Al pronto pareció un poco sorprendida y confusa; pero su gran costumbre del mundo la ayudó en seguida a recordar el admirable imperio que sobre sí misma tuvo siempre. Me dijo que era una mancha de tinta, y que solía mancharse en los grandes momentos de inspiración.

—«¿Será que destiñe mi mujer?»—me dije en voz baja.

Aquella idea me quitó el sueño. La botella de unto se aparecía a mi imaginación.

«¡Oh, cielos, qué sospecha!—exclamé—. ¿Si esta criatura celestial no será mas que una pintura, un frágil estuco? ¿Si se habrá barnizado para abusar de mí?... ¿Si cuando yo creía estrechar contra mi corazón el alma gemela de la mía, el ser privilegiado para mí únicamente creado, no estrecharía mas que un bote de harina?»

Perseguido por aquella horrible duda formé el propósito de asegurarme cuanto antes. Adquirí un barómetro, y esperé ávidamente que anunciase día de lluvia. Quería llevar a mi mujer al campo, eligiendo para ello un domingo dudoso, y someterla a la prueba de un chaparrón. Pero estábamos en pleno julio y hacía un tiempo hermoso y deses-

perante. Mi felicidad aparente y la costumbre de escribir habían excitado mi sensibilidad. Dada mi candidez, me sucedía a veces que durante el trabajo el sentimiento podía más que la razón, y en espera de una rima que no encontraba, rompía a llorar amargamente. Mi mujer gozaba mucho con aquellas raras crisis: toda debilidad masculina satisfacía al orgullo femenino. Cierta noche, raspando un tachón, conforme al precepto de Boileau, mi corazón quiso desahogarse.

—¡Oh, tú—dije a mi querida mirlita—; tú, la única y la más idolatrada! ¡Tú, sin la que mi vida no es vida! ¡Tú, que con una sola mirada, con una sonrisa transformas para mí el universo! ¡Vida de mi corazón! ¿Sabes cuánto te amo? Para poner en verso la más banal idea, manoseada por otros poetas, me basta un poco de atención y de estudio, y surgen fácilmente las palabras; pero ¿dónde encontraré nunca la expresión de lo que me inspira tu hermosura? El mismo recuerdo de mis penas pasadas, ¿podría sugerirme la manera de pintarte mi felicidad presente? Antes de tenerte junto a mí, mi aislamiento era el de un huérfano desterrado; hoy es el de un rey. En esta pobre envoltura carnal, en cuya apariencia existo hasta que la muerte la derrumbe; en esta reducida mente febril, donde fermenta el pensamiento inútil: ¿sabes, ángel mío; comprendes, preciosa mía, que nada puede existir no siendo tú? ¡Escucha hasta dónde mi pensamiento puede expresarse, y considera cuánto más grande es mi cariño! ¡Oh, si mi genio fuese una perla y tú fueses Cleopatra!

Disparatando así, lloraba sobre mi mujer, que se desteñía visiblemente. A cada lágrima que mis ojos vertían, aparecía una pluma suya, no negra, sino del rojo más anticuado—pero que ya debía de haberse desteñido otras veces—. Al cabo de unos minutos enternecedores, me vi frente a frente de un pájaro deslucido y sin harina, idénticamente igual a los mirlos más vulgares y ordinarios.

¿Qué hacer? ¿Qué decir? ¿Qué partido adoptar? Era inútil todo reproche. Hubiera podido, en verdad, considerar el caso como redhibitorio y hacer anular mi matrimonio; pero ¿cómo atreverme a publicar mi vergüenza? ¿No era demasiada desgracia la mía? Saqué fuerzas de floqueza y resolví abandonar el mundo, dejar la carrera de las letras, huir a un desierto si era posible, evitar para siempre la presencia de un ser vivo y buscar, como Alceste,

...Un lugar apartado,
donde libre pudlera un mirlo blanco ser!

IX

Llorando siempre, volé, muy lejos, y el viento, que es el azar de los pájaros, me condujo hasta una rama de Mortefontaine. Todo dormía aquella vez. «¡Qué casamiento!—me decía yo—. ¡Qué desastre! Seguramente la pobre niña se tiñó de blanco con la mejor intención; pero no por eso yo he de lamentarlo menos, ni ella deja de ser quien es.»

El ruiseñor seguía cantando. Solo en medio de la noche loaba a sus anchas la bondad de Dios, que le hizo muy superior a los poetas, y extendía libremente su pensamiento sobre el silencio que le rodeaba. No pude resistir la tentación de llegar hasta él y hablarle.

—¡Qué feliz sois!—le dije—. No solamente cantáis cuanto queréis prodigiosamente y todo el mundo os escucha, sino que tenéis mujer e hijos, vuestro nido, vuestras amistades, un buen almohadón de musgo, gozáis de la luna llena y no tenéis periódicos que os critiquen. Rubini y Rossini nada son al lado vuestro: valéis lo que el uno y os adelantáis al otro. También yo he cantado, señor, pero lastimosamente. He dispuesto palabras en línea de batalla, como los soldados prusianos. Y he acordado simplezas, mientras vos estábais en el bosque. ¿Es posible aprender vuestro secreto?

—Sí—me respondió el ruiseñor—; pero no todo es como creéis. Mi mujer me aburre y yo no la quiero; estoy enamorado de una rosa: Sadi, el persa, lo ha dicho. Toda la noche me desgañito por ella, pero ella duerme y no me escucha. A esta hora su cáliz, está cerrado y en él se mece un viejo escarabajo; y mañana, al alba, cuando yo me retire a descansar, extenuado de dolor y de cansancio, será cuando ella desplegará sus pétalos para que una abeja le devore el corazón.

No hay una sola página de este cuento que no encierre, bajo la forma de una intencionada alegoría, alguna pintura de costumbres verdaderamente asombrosa, o algún párrafo de crítica literaria lleno de razón y de elocuencia gala. Los sufrimientos, las decepciones, las penalidades de los poetas en general, y los del autor en particular, están presentados como en broma en estas páginas, bajo alusiones de tal transparencia, que no hemos de hacer al lector la ofensa de explicárselo.

Temas Sociales

La semana de las cuarenta horas y el «Sábado fascista»

En la XVI Conferencia Internacional del Trabajo, a la que asistieron 148 delegados, se adoptó por 48 votos contra 37, y a propuesta del delegado francés, Jouhaux, una resolución por la que «se invitaba al Consejo de Administración de la Oficina Internacional del Trabajo, a que estudiase la forma de adoptar una reglamentación internacional relativa a la introducción legal de la semana de cuarenta horas en todos los países industriales». Antes de que el Consejo estudiase el curso que habría de darse a esta resolución, el Sr. De Michelis, representante del Gobierno italiano en el Consejo de Administración, solicitó por carta fechada en 25 de julio de 1932, que se adoptase un procedimiento de urgencia que permitiese investigar la posibilidad de llegar a proposiciones de inmediata realización en cuanto a la reducción de las horas de trabajo, considerándola sobre un plan internacional, como medio de defensa contra el paro.

En la reunión de 1934, la proposición estuvo a punto de ser desechada, pero la intervención del delegado italiano hizo que se acordara estudiar un convenio, en virtud del cual la reducción se aplicaría a aquellas industrias que presentasen aspectos más parecidos entre los diversos países. El convenio debería ser aplicado, en primer lugar, a las obras públicas costeadas o subvencionadas por el Estado, a las industrias del hierro, del acero, del vidrio y de la construcción, y a las minas de carbón.

En la reunión del presente año, el Organismo Internacional del Trabajo, tomó en consideración la propuesta. Es indudable que la postura adoptada por Norteamérica, donde la reducción de la jornada es un hecho, pues hay industrias donde no se trabajan más de treinta horas semanales, influyó grandemente en la adopción de tal acuerdo. Pero es indudable también la influencia de Italia, Estado donde también se había reducido la jornada de trabajo.

Pero, Italia no deja libre la tarde del sábado a sus obreros. Ellos no irán a la fábrica o al taller, porque durante esas horas están obligados a realizar otros actos determinados por el Gobierno.

Efectivamente; por Decreto de 20 de junio último, se ha instituido el «Sábado fascista». En él se

establece que el trabajo, los sábados, deberá terminar, como máximo, a la una de la tarde. Las tardes de los sábados estarán destinadas a actividades de carácter premilitar y post-militar, así como a otras de carácter político, profesional, cultural y deportivo. Los domingos podrán organizarse manifestaciones culturales, deportivas y recreativas, a no ser que los acontecimientos aconsejasen celebrar también actos de carácter militar, tales como períodos de instrucción para hacer armas, maniobras y otras actividades de naturaleza parecida. Un domingo cada mes, se dejará en libertad a los obreros. Se determina también en la disposición que comentamos que los patronos que contravengan las disposiciones referentes a la hora de terminar el trabajo en sus fábricas o talleres los sábados, incurrirán en falta, que será castigada con multas de diversa cuantía.

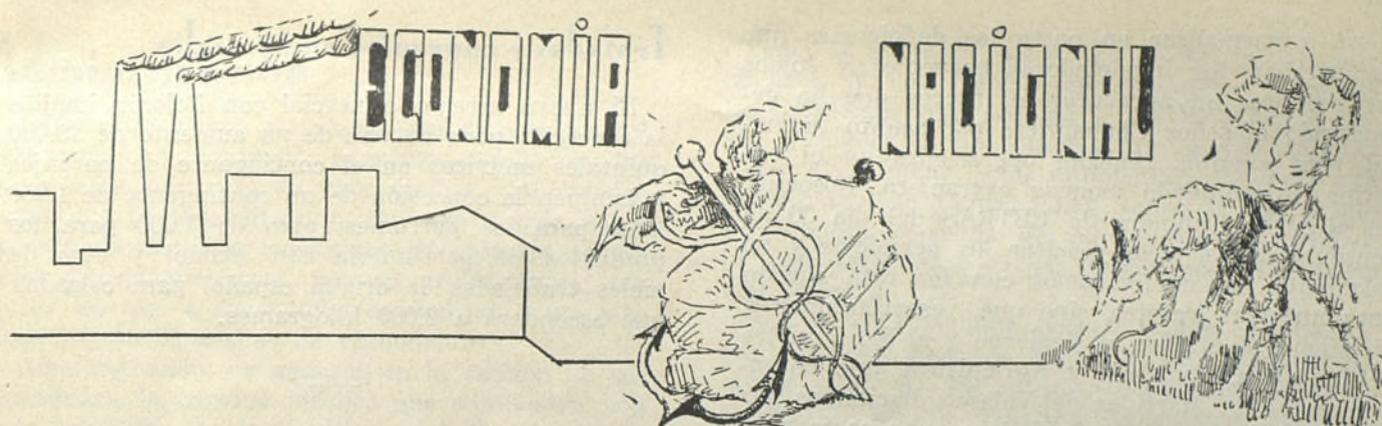
Como puede verse, Italia, en lo que a la reducción de la jornada de trabajo se refiere, ha procedido de manera que el acuerdo rinda beneficios a su política social y a su política militar. Así, como vulgarmente se dice, ha matado dos pájaros de un tiro.

Con la reducción de la jornada de trabajo, trata de remediar en lo posible la crisis existente como consecuencia del empleo de maquinaria, que hizo precisa la Gran Guerra, ante la falta de brazos, y al mismo tiempo adiestra a los obreros en el manejo de las armas militares.

La extensión que hemos de dar a este trabajo, nos impide entrar en el estudio de los resultados obtenidos en Italia con la reducción de la jornada. Lo dejaremos para otra ocasión. Sólo tratamos de destacar que las razones que impulsaron a Italia a apoyar ante la Conferencia Internacional del Trabajo, la proposición referente a la implantación de la semana de cuarenta horas, no fueron razones, única y exclusivamente, de índole social y económica. Existían otras razones que bien claro se manifiestan en el Decreto, que implanta el «Sábado fascista».

El procedimiento le ha sido útil en extremo. Gracias a él, cuando el Jefe del Gobierno ha creído necesario invadir Abisinia, muchos miles de hombres han salido para el Africa oriental, magníficamente preparados para la guerra, y muchos miles más quedan en Italia en iguales condiciones para intervenir en caso necesario.

Antonio Piñeroba



Una sucursal urbana del Banco Central

El Banco Central ha ensanchado la esfera de acción en sus operaciones, al establecer en el barrio de Triana una sucursal, que además de constituir una orientación favorable a los intereses del Banco, llena por entero la necesidad de comerciantes e industriales que venían obligados a perder mucho tiempo trasladándose desde dicha barriada al centro de la capital, para efectuar cuantas operaciones precisaban.

Estamos completamente convencidos que la Dirección del Banco ha tenido una idea feliz, a la cual no tardará mucho tiempo en coronar con el éxito, porque clientes le sobrarán, y disposición orgánica en el trabajo no le falta. Estos elementos, unidos al deseo de agradar y dar al público las máximas facilidades sin pérdida de tiempo, harán de la sucursal urbana factor indicado e imprescindible para el desenvolvimiento administrativo del comercio de Triana.

Dirige la citada sucursal don Santos García del Riego, persona que reúne capacidad e inteligencia suficiente para tal cargo. La organización general, en cuanto se refiere al pago de letras, aceptaciones, disposiciones de efectivo, etc., es amplia y evita dificultades, como lo son el reunir excesiva cantidad de dinero en las casas comerciales con evidente riesgo; el tiempo invertido y la exposición en traer del centro sumas destinadas a pagos para el día o fechas sucesivas, y, sobre todo, el contacto que se establece para toda información y detalles entre el comerciante y el Banquero.

La instalación es magnífica, dando la sensación, no de una sucursal, sino de un establecimiento independiente por sus disposiciones de seguridad, buen gusto, agradable impresión y excelente acmodo.

Nuestra felicitación, y que este rasgo tan elocuente en favor de Sevilla, tenga para don Domingo Carrasco, don Santos García, altos jefes y personal del Banco, el premio de gratitud que merece.

Y, como final, y criterio particularísimo de esta revista, podemos asegurar que hoy día están a la cabeza de la Banca sevillana el Banco Español de Crédito y el Central, establecimientos que trabajan con rapidez y todo género de atenciones, que en esta época de crisis y paralización debemos tener muy presente, por las facilidades que en todo momento han dispensado.

El Crédito

El crédito es una base primordial en orden al sistema económico y al desenvolvimiento industrial y comercial de España. Esta aseveración, en otros tiempos, hubiera constituido materia suficiente de controversia, pero hoy es una realidad que no admite comentarios. La evolución progresiva de los negocios dió origen en tiempos pasados a que las pequeñas organizaciones industriales de España tomaran ascendiente superior en línea directa a su capacidad. Al surgir la época de paralización, estos establecimientos se encontraron con un problema de administración cuyas consecuencias determinaban rápidamente el cierre o la liquidación.

Este problema, era un balance donde las existencias almacenadas eran superiores al poder de las reservas en efectivo para hacer frente a una amortización indefinida. El recurso inmediato consistía en aumentar la cifra de negociaciones bancarias, por medio del crédito. Y lo que antes de la Guerra constituía un factor de ayuda se convirtió, desde 1925 a 1935, en medio indispensable de sostenimiento.

El crédito tomó un giro de vitalidad desconocido que aumentaba conforme las estadísticas del paro obrero experimentaban un alza. Así, al finalizar el actual ejercicio, en que parece ser denotan mejores disposiciones los valores industriales, las cuentas de los bancos de letras comerciales en cartera son de una cuantía crecidísima. Esto supone lo que representó la crisis y lo que supone no poner remedio a un mal cuando las fuentes de riquezas de España se pierden por falta de aprovechamiento. Las industrias han estado orientadas a su conservación sin más tendencias, porque con ésta solamente ya era sobrado motivo de preocupación para sus órganos directores y, cuando las industrias no pueden prosperar, escasa resulta la organización económica de un país en relación con su grado de prosperidad.

Al Excelentísimo Sr. Presidente del Consejo de Ministros

Han producido agradable impresión las manifestaciones hechas el día 9 del mes actual sobre la regularización del servicio de divisas.

Nosotros apreciamos mucho esta disposición que

viene a normalizar en parte las deficiencias que encontraban los importadores españoles y somos los primeros en agradecer el interés que ha demostrado el señor Chapaprieta por asunto tan vital para cuantos realizan operaciones en el exterior interviniendo moneda extranjera. Nosotros, en el primer número de LETRAS del día 30 de septiembre, hacíamos resaltar los perjuicios y no solamente nos conformamos con ser esta alusión para nuestros lectores, sino que, respetuosamente, dirigíamos la súplica al Gobierno y al Sr. Ministro de Industria, Comercio y Agricultura, que entonces era el Sr. Martínez de Velasco. Recibimos por parte del Sr. Martínez de Velasco una carta muy atenta tomándose el interés que el problema requería, y más adelante, persistiendo en nuestra idea, enviamos ejemplares al Gobierno para que esto no quedase por más tiempo sin resolución.

El Gobierno ha contestado en tonos favorables. El Gobierno merece de todos los importadores españoles el agradecimiento sincero por haber realizado lo que tanto interesaba. Si a esto unimos una segunda parte aun por resolver, que es la correspondiente a la adquisición de moneda a un tipo de cambio regularizado que pueda proporcionar el valor al costo de los artículos importados, sin tener que esperar a que el turno establecido por el Centro de Contratación de Moneda sea motivo de las fluctuaciones de los cambios, tendremos la obra completa y a la satisfacción de los importadores españoles se unirá la tranquilidad de conocer perfectamente las orientaciones administrativas en orden absoluto al desenvolvimiento comercial de las operaciones en España. Ya entonces no haría falta estar pendiente de los cambios y se aguardaría el turno con tranquilidad.

Por ahora se ha conseguido que mediante un documento expedido por el Centro de Contratación se demuestre en todo momento a los proveedores extranjeros la fecha del pago de las mercancías adquiridas y con esto los intereses de demora no deben pagarse. El Estado proporciona esta satisfacción y es bastante.

El Jefe del Gobierno dijo: «Con carácter transitorio y mientras se regulariza el servicio de divisas, el Centro de Contratación de Moneda expedirá a los importadores que lo soliciten y tengan pendiente de entrega por dicho Centro la moneda correspondiente al precio de las mercancías importadas, un certificado con todas las garantías formales convenientes para su autenticidad, expresivo de la suma de moneda extranjera de que se trate que el interesado ha de recibir en su día del expresado Centro de Contratación de Moneda, como saldo de la suma de pesetas entregada con tal fin a dicho Centro para pago de mercancías importadas a fin de que los interesados puedan utilizar estos certificados en España o en el extranjero en la forma que a sus intereses convenga. Los dichos certificados habrán de ser devueltos al Centro oficial al servir éste las divisas objeto del expresado documento.

El Ministro de Hacienda y el Centro de Contratación dictarán las disposiciones e instrucciones para la aplicación de este Decreto».

Tratados y convenios comerciales

El nuevo arreglo comercial con Polonia implica la concesión para España de un aumento de 25.000 quintales métricos en el contingente de naranjas y también la concesión de un contingente de 1.250 kilos para los perfumes; otro de 1.000 para los productos de perfumería con alcohol y otro de pieles trabajadas de origen español para calzados, que ascenderá a 2.000 kilogramos.

Además de lo acordado en el artículo primero, apartado primero del protocolo sobre el tráfico de mercancías hispanoalemán de 21 de diciembre de 1934, el Gobierno alemán ha acordado conceder certificados suplementarios de divisas para la importación de las mercancías de origen español, en la forma y hasta el valor indicado a continuación:

Uvas: agosto-septiembre 1-15 octubre, 488.670 R.M.
 Avellanas: julio-agosto-septiembre, 16.666 R.M.
 Madera de corcho: julio a diciembre, 400.000 R.M.
 Corcho en polvo: julio a diciembre, 40.000 R.M.
 Planchas de corcho: julio a diciembre, 40.000 R.M.
 Planchas de corcho cortadas: julio a diciembre, 80.000 R.M.
 Tapones de corcho de una longitud de más de 34 milímetros y tapones para vinos espumosos: julio a diciembre, 200.000 R.M.

La Legación de Letonia, según nota transmitida por conducto del Ministerio de Estado, manifiesta que ha sido autorizada a emitir certificados de origen en aquel país la Cámara de Comercio e Industria de Letonia.

Como consecuencia de dicha autorización, este Ministerio ha acordado disponer:

Que, a partir del día siguiente de la publicación de la presente Orden en la «Gaceta de Madrid», se considere incorporada a las notas que corresponden al asterisco que figura en el párrafo tercero de la regla segunda del apartado B) de la disposición décima de los vigentes Aranceles de Aduanas y como autoridad aceptada para expedir certificados de origen la Cámara de Comercio e Industria de Letonia.

El Vice-Consulado de Suecia en Sevilla comunica a esta Cámara de Comercio que, según el acuerdo comercial firmado el 23 de agosto entre España y Suecia, las importaciones recíprocas no serán contingentadas.

Llamamos la atención a nuestros lectores sobre el Decreto dictando reglas relativas al transporte de mercancías, propias o extrañas, por tracción mecánica por carretera. Es interesante. Gaceta del 31 de agosto de 1935.

Administración

Bajo este título genérico, por parecernos el más amplio y adecuado, pensamos hablar en las acogedoras columnas de esta revista, que ha entrado en la vida literaria con tanto brío como acierto, de aquellas cuestiones de carácter económico y financiero que, por su aridez quizá, son pocos los que a su estudio se dedican y no muchos los que la acaban de entender.

Administración, en general, es la «acción de administrar», la persona jurídica que administra, con más precisión, o el organismo del Estado encargado de administrar, es decir, el Poder Ejecutivo, cuando de la Administración pública se trata, que es a la que nos hemos de referir.

Pues bien; si a un particular, a una persona natural, siempre que administre bienes ajenos, se le exige un conjunto de cualidades nada corrientes (cuando al administrado le preocupan sus intereses), como son moralidad, capacidad y laboriosidad, sobre todo las dos primeras, que no se pueden improvisar, estas exigencias deben aumentar considerablemente si la administración se refiere a los bienes de un país, a los intereses todos de los ciudadanos de un Estado,

Bien es verdad que se suele dar patente de hacendista a todo el que expresa con cierta soltura términos financieros y maneja, sin error al parecer, cifras de alguna importancia.

No hay que olvidar, por otra parte, que el acierto en la Administración, en su aspecto económico solamente, que es el único que interesa a nuestro objeto, no debe ser sólo el fruto de la competencia y actividad del encargado de la Hacienda pública, no: debe ser la resultante de la capacidad y actividad de las personas que regentan la mayoría de los departamentos de la Administración pública.

Si la previsión es una de las cualidades que ha de poseer en grado superlativo el administrador del patrimonio público, es evidente que los gastos y los ingresos del Estado han de ser amplia y juiciosamente meditados. Es decir, que los presupuestos han de ser el fruto, bien maduro, de un estudio imparcial y profundo.

De acuerdo con lo que dice el profesor Grizoti, de la Universidad de Pavía, llamamos «presupuesto» al documento jurídico y contable que fija los gastos y los ingresos que debe realizar el Estado durante un año, para el cumplimiento de sus fines, adquiriendo fuerza de ley mediante su aprobación en el Parlamento.

No entraremos a explicar muchos términos que emplearemos de carácter financiero, que tienen una significación precisa y en muchos casos distinta de la que a veces se les asigna, por no pecar de prolijos; pero no podemos omitir brevísimas explicaciones sobre ciertas palabras cuya significación y alcance es necesario concretar, pues generalmente se usan con lamentable inexactitud.

Decimos que presupuesto es el documento jurídico y «contable». Contable (sin entrar en la pureza del vocablo), es todo lo que hace referencia a la Contabilidad; pero ¿qué es Contabilidad? Es quizá la ciencia peor definida en la mayoría de las obras que de ella tratan. Contabilidad es, a nuestro juicio, la parte de las matemáticas aplicadas que

estudia la expresión numérica de los hechos económicos. Y como son esencialmente económicos los problemas que agobian a los Estados, es obvio encarecer la importancia que la Contabilidad tiene al estudiar estos problemas. No hay que olvidar que la Contabilidad, tanto la de simple movimiento como la de movimiento y utilidad, es una estadística de los fenómenos económicos que registra.

Son muchos los que poseen vastos conocimientos jurídicos, pero de éstos no son todos igualmente aptos en los estudios económicos y financieros, porque no resultan capacitados para resolver los problemas a que antes nos referíamos.

Es facilísimo al más profano en ciencias financieras, redactar un presupuesto numéricamente nivelado, pues el procedimiento seguido hasta ahora está al alcance de cualquiera. Se ve la cifra lograda en los ingresos del ejercicio anterior y sumados los presupuestos de gastos de los distintos departamentos, se advierte el exceso de éstos sobre los hipotéticos ingresos, o sea el déficit y, entonces, se procede a la tarea de enjugar éste; pero ¿cómo?, pues como podría hacerlo cualquier modesto comerciante (sin que le faltasen profundas razones en que apoyarse), sin gran ingenio ni conocimiento de su negocio: se mutila este servicio, se cercena tal dotación... y ya está nivelado el presupuesto. No es necesario resaltar que no siempre preside en esas restricciones el acierto y la equidad, pues hay casos, y no pocos por desgracia, que la falta de previsión, quizá el nepotismo y probablemente el capricho, son los factores más destacados que se tienen en cuenta para la nivelación presupuestaria.

Es un craso error económico el considerar como base para lograr un presupuesto no ya con superávit inicial, sino nivelado, la restricción en los gastos (que es distinta de la austeridad que debe existir en todo acto de la Administración pública), pues lo que ha de procurarse es fomentar la riqueza de la nación, que es inagotable. ¿Cómo lograr esto? Mucho tendríamos que hablar para demostrar lo que a nuestro juicio es evidente, por lo que desistimos del propósito y de ello nos ocuparemos en otra ocasión para hacerlo con el detenimiento que el asunto merece.

Felipe de Lama-Noriega

Mina de Almadén

La mina.—Su situación en 1918—Obras realizadas para su mejoramiento y conservación.—Nuevas instalaciones y mejoramiento de todos los servicios.

Al folio 74 del libro séptimo del Registro de la Propiedad del distrito de Almadén, provincia de Ciudad Real, aparece inscrita esta mina a favor del Estado con el siguiente pormenor: «Mina de azogue llamada «Mina de Almadén», situada en término de la expresada villa, cuya demarcación es un círculo que tiene su centro en el pozo maestro «San Teodoro», siendo su radio de 25 kilómetros. Comprende una superficie de 83.252 hectáreas, 13 áreas y 50 metros cuadrados; linda: por

Levante, con término de Fontanosas; por Poniente, con término de Peñalsordo; por Mediodía, con término de Santa Eufemia, y por Norte, con término de Valdemanco. En la referida extensión, además de varios pueblos y otras fincas nacionales y particulares, contiene la dehesa llamada de «Castilseras»; dos cercos de S. Teodoro y Destilación o Buitrones; los del Pozo y Castillo para dar entrada en la mina, un hospital, cárcel y capilla; la Casa Superintendencia, y la de la Academia; las capillas de San Juan, Cristo de la Caridad, Cristo de Fuensanta y San Sebastián; con otros varios edificios y jardines en la dicha villa, y en Almadenejos, la única iglesia que hay en la población, además de las dependencias anejas a la mina: Nueva Concepción, Valdeazogues, Entredicho y otros edificios propios del Estado.

No obstante los reconocimientos hechos en la región, sólo tres criaderos forman la explotación actual de estas minas, cuya dirección es de Noroeste a Sudeste, casi paralelos, y la inclinación más general de 75 a 80 grados, denominándose cada uno de estos criaderos con los nombres de «San Pedro y San Diego», «San Francisco» y «San Nicolás». El primero, o sea el «San Pedro y San Diego», con que se denomina el primer criadero o masa, tiene en el piso 12 una longitud de 172 metros y una potencia que oscila entre 8 y 12. Este filón ocupa la parte más meridional de las tres y la casi totalidad de su masa, y se compone de una arenisca blanca, impregnada de sulfuro de mercurio, muy duro, que de antiguo llaman «metal» por su gran riqueza de azogue.

A los 26 metros de «San Pedro y San Diego», en dirección Noreste, se halla el criadero o filón de «San Francisco», con una longitud de 208 metros y una potencia de cuatro a seis, y separado por un intermedio de seis a ocho metros de fajas de cuarcita, que alternan con la pizarra. El llamado «San Nicolás» es de la misma longitud que el anterior y una potencia de tres a cinco metros.

De antecedentes antiguos se deduce que en el séptimo piso apareció el criadero de «Santa Clara», considerado como un ensanche de «San Diego». En el segundo piso de «San Nicolás» se le denominaba «San Rafael». Hacia Levante de «San Diego», en el piso cuarto, se llamaba este criadero «San Carlos y San Pablo», y en el piso tercero, «La Concepción».

En el piso tercero hubo otro criadero conocido con el nombre de «San Julián», pudiendo todavía reconocerse sus trabajos.

Los tres criaderos enumerados se comunican con el exterior por medio de tres pozos que se distinguen con los nombres de «San Miguel», situado en la extremidad Este de los mismos; «San Aquilino», llamado antiguamente de la «Grúa», en el lado opuesto, y «San Teodoro», como intermedio.

Las labores subterráneas para la explotación de los filones actuales comprenden trece pisos, distando unos de otros 30 metros próximamente, alcanzando, por consiguiente, estas labores una profundidad de 368 metros.

Los tres pozos citados se comunican entre sí, y con los criaderos, por medio de galerías en estéril y de dirección en el mineral. La galería transversal y general de transportes tiene mayores dimensiones que las de dirección. En las primeras hay doble vía y en las segundas sencilla.

Las minas actualmente en explotación empezaron a trabajarse a fines del siglo XVII, y fueron conocidas con los nombres de «Mina del Pozo» y «del Castillo», a cuyas labores se entraba por un socavón en comunicación con los trabajos de la llamada «Contramina».

En una Memoria del Ingeniero D. Eusebio Oyarzábal, se manifiesta que en 1697 se descubrieron muestras de cinabrio en el corral de una casa en que vivía un tal D. Alfonso Godoy, cerca del Castillo del Retamar, y sobre ellas se abrió un pozo, con el nombre de «San Antonio», en el que siguieron cada vez más ricas las indicaciones de cinabrio.

En 1703 se emprendió el socavón del Castillo, que a las 247 varas de su corrida cortó en 1706 el filón descubierto en el corral de Godoy.

Siguese en la actualidad, en Almadén, el método de explotación implantado en 1802 por el Ingeniero D. Diego de Larrañaga, y consiste en el empleo de la mampostería como fortificación permanente para impedir los movimientos de los respaldos de los criaderos.

A más de los trabajos de fortificación, se realizan otros de preparación entre dos pisos, y comprenden tres épocas, a saber:

En la primera, a partir de los bordes inferiores de los pozos o calderillas que hay abiertos en el mineral, se excavan reales o testeros que avanzan de derecha a izquierda con el ancho de dos metros, en las profundidades y galerías, e igual en alto. A medida que los testeros primeros se alejan, se ponen otros nuevos detrás, continuando así en el sentido de su longitud y de su altura.

En la segunda época se arrancan las zonas laterales de mineral que quedan de la primera, por medio de labores a través alternadas. Para ello, a unos dos o tres metros sobre el nivel del plano inferior, y a partir de las profundidades que sirvieron para empezar los testeros, procurando que se correspondan en vertical con las columnas de mampostería de arriba, se abren galerías en sentido transversal a la dirección del criadero, hasta llegar a los respaldos. Una vez llegado a la terminación del mineral, se labran en lo estéril los arranques para un arco de ladrillo cuya cuerda sea perpendicular a la estratificación de los respaldos. Cuando estos arcos tienen alguna inclinación, se les llama «de rafa» al más bajo y «cabeceadero» al más alto.

Sobre estos arcos fundamentales se sigue excavando el mineral con talones de testero hasta llegar a los respaldos estériles, procediéndose entonces a rellenar con mampostería los muros resultantes, construyéndose macizos de fábrica.

En la tercera época se procede al arranque de las reservas, nombre que se da a las columnas de mineral que han quedado entre cada dos obras, sostenidas por los estemples que se colocaron al excavar los bancos.

Fortificación con madera.—Aparte de estos trabajos de fortificación y conservación con mampostería, se realiza otro llamado de «entibación», y consiste en la colocación de los estemples fuertes de encina o roble con tablados y recuñado o su equivalencia en rollizones, abriendo previamente en la roca profundas cajas o mechinales, en que los palos quedan bien colocados y protegen las

encamaciones donde trabajan los barreneros al ejecutar los trabajos a testero, quedando luego para la conservación de las reservas.

Los pozos.—En el cerco de San Teodoro se hallan instalados el pozo de su nombre y el llamado «San Aquilino». Por estos pozos se hacía todo el servicio de la mina, por medio de jaulas accionadas por máquinas de vapor, en la época anterior a la actuación del Consejo.

Las máquinas instaladas en los pozos, según la descripción que de las minas hace D. Eusebio Oyarzábal en su Memoria de 1892, eran: En San Teodoro, una de dos cilindros verticales, de conexión directa con el árbol de las bobinas, de fuerza nominal de 40 caballos de vapor, de expansión Aude-mar, variable entre los límites de $\frac{1}{8}$ v $\frac{6}{8}$, recibiendo la fuerza de dos calderas o generadores de vapor, capaz cada una de producir 30 caballos de fuerza a cuatro atmósferas de presión. La máquina instalada en el pozo «San Miguel» era un cilindro horizontal, de fuerza nominal de 20 caballos de vapor, de condensación y expansión Mayer, variable a voluntad. La palanca de cambio de marcha era de verdadera corredera Stephenson. La de «San Aquilino», también horizontal, de dos cilindros gemelos, con expansión variable por conexión y cambio de marcha por servomotor, siendo su potencia de 200 caballos de vapor a alta presión; pero trabajando normalmente a cuatro o cinco atmósferas, desarrolla solamente 50 caballos. Dotada de frenos de pie, mano y vapor, indicador de profundidades, dos bobinas para cables de abacá y dos jaulas de un piso.

Beneficio de los minerales. Destilación.—El tratamiento metalúrgico de los minerales de mercurio se reduce a calcinarlos para separar el cinabrio, o sea el sulfuro de mercurio de la ganga, el azufre del cinabrio, convirtiéndose en anhídrido sulfuroso, y a condensar los vapores del metal ya libre en aparatos refrigerantes, convenientemente dispuestos, por lo que, semejándose por los efectos la operación de obtener el mercurio a la destilación de los líquidos, se le da ordinariamente este nombre.

La destilación o beneficio del mercurio se efectúa en dos aparatos, a saber: «horno y vaso». En el primero se hace la descomposición del mineral y la separación del cinabrio de la cuarcita en unión de la cual viene impregnado. En el segundo se realiza la condensación del mercurio convertido en vapor.

Según opinión del Ingeniero Sr. Escosura, los primeros hornos que se instalaron en Almadén para extraer azogue fueron denominados con el nombre de «Xabeca» utilizados por los árabes desde el siglo VIII hasta el XII, en que los cristianos reconquistaron el territorio para agregarlo al de la Orden de Calatrava, empleados también por éstos hasta que los arrendatarios alemanes reemplazaron los «Xabecas» por otros que llamaron «de Reverberación».

Este sistema subsistió hasta la primera mitad del siglo XVII.

Entonces ocurrió un hecho que influyó poderosamente en la variación del procedimiento metalúrgico del cinabrio, que fué la venida a España, en 1642, de Juan Alonso Bustamante y su consocio Diego de Sotomayor, mayordomos que habían sido, en Guancavélica de varios mineros del

Perú, y su ofrecimiento al Rey de mejorar las obras de Almadén y sacar más azogue y a menos costo, cosa que no permitía el beneficio en retortas.

Tal ofrecimiento infundió sospechas al Consejo de Hacienda de entregar la mina a manos de arrendatarios, pues el recuerdo, dice el informe de aquel organismo, aun palpitante del asiento verificado a los «Fúcares», deplorables consecuencias se habían tocado al abandonar estos asentistas aquellos subterráneos explotados sin «arte» y «especulación», aconsejaba desestimar el ofrecimiento.

No obstante lo cual, por Real orden de 15 de septiembre de 1646 se dispuso que Bustamante y Sotomayor, prácticos de Guancavélica, pasasen a Almadén para hacer experimentos bajo la vigilancia del Conde de Molina, Delegado del Consejo de Hacienda.

Llegados los comisionados a Almadén en 25 de septiembre, se comenzó la fabricación y pruebas del primer horno de «aludeles» o «arcaduces» copiados de los que en la mina de Guancavélica había instalado en 1633 D. Lope Saavedra Barba (1), construyéndose varios en dicho año de 1646 y en el siguiente de 1647.

Como resultado de los beneficios conseguidos en estos hornos, por Real orden de 9 de noviembre de 1647 se nombró a Bustamante primer Superintendente de Almadén y Caballero de la Orden de Santiago. En dicha Real orden se le prevenía que, mediante la forma de fundición que había dado, y para conseguir mayor aumento en la saca, concluyese los hornos del nuevo sistema que faltaban para la fundición de los terreros.

En febrero de 1648 se le confirmó en su destino de Superintendente, con la dotación de 1,500 ducados al año, que disfrutó hasta principios del año 1649.

El nombre de Bustamante pasó a la posteridad, siendo apenas conocido el del inventor de los hornos que él había copiado.

En estos hornos de aludeles cada vaso consta de tres compartimientos: el primero se llama «laboratorio», y es donde se contiene el mineral; el segundo, «hogar», separado del primero por tres arcos paralelos que sostienen una red formada por ladrillos verticalmente colocados, es donde se coloca el mineral; y el tercero, «cenicero», que se halla separado del anterior por una parrilla y da acceso al ire que, pasando a través del «hogar», llega al mineral, y reaccionando el oxígeno con el azufre del sulfuro de mercurio, forma el anhídrido sulfuroso y mercurio libre, que en estado de vapor pasa, por unos ventanillos que están colocados al nivel del arranque de la cúpula, termina-

(1) Lope Saavedra Barba ejerció la medicina en la mina de Guancavélica (Perú) en 1632, dedicándose además a la investigación de criaderos. Y al observar la imperfecta manera en que se hacía la destilación de minerales en la mina y en los hornos *jovecas*, discursó un ingenioso aparato para la metalurgia del azogue. En 1633 dedicó al Rey su invento, estableciéndolo en aquellas minas con el nombre de *busconiles*, en razón a llamar *buscones* a los investigadores de minas a que su inventor se dedicaba.

El Rey concedió a Saavedra en premio a su invento, por tres vidas, el 2 por 100 de todo el azogue que se sacase por estos hornos; merced incorporada a la Hacienda por muerte de Saavedra y sus hijos, ocurrida en la travesía que hicieron a España con objeto de reclamar ese derecho por los hornos que Bustamante había instalado en Almadén y que hoy se usan todavía, sin que los modernos adelantos de la química metalúrgica tengan mucho que corregir y menos que censurar en aquellos aparatos de un sabio e ignorado metalurgo del siglo XVII.

ción del vaso, a una cámara dividida por un tabique. Desde éstas salen los humos, gases y vapor de azogue, por otros ventanillos, llamados muelas, al condensador, formado por filas de aludeles o caños de arcilla, enchufados unos con otros, y de éstos van a desembocar a dos cámaras llamadas «camaretas», coronadas por dos chimeneas.

Las treinta y dos filas de aludeles de los vasos unidos, llamado plan, descansan en dos planos inclinados convergentes, unidos: uno, al vaso llamado plan de cabecera, y el otro, a las camaretas, y se le da el nombre de plan de rabera. Los aludeles del plan de cabeza tienen un orificio de unos cinco milímetros de diámetro que sirve para dar salida al mercurio líquido, yendo éste a parar a un canal que está en la unión de los dos planos inclinados, depositándose en una arqueta colocada a continuación.

El segundo tipo de horno que se usó en Almadén era de sistema «Livermors», llamado allí de «Canales», implantado en el año 1887 por el Ingeniero D. José de Madariaga. Esos hornos, de marcha continua, se destinaban a minerales menudos y se componían de dos planos inclinados en distinto sentido formando casi ángulo recto. En el más elevado está colocado el mineral en contacto con el hogar: en su parte superior, la torva de carga, y en plano inferior, la escoria resultante de la calcinación. Los gases procedentes de la cal-

cinación pasan a las cámaras de condensación por un tragante de hierro que los recoge de la parte superior de los canales, y éstos recorren aquéllas, formando un zig-zag cuyo trayecto es de 100 metros.

El tercer tipo de horno es el Cermak Spirek, construídos sobre los cimientos de los de Idria, de marcha continua, compuesto de diferentes secciones horizontales, estando construído el hogar en su punto medio.

Se efectúa la carga por la parte superior mediante una plancha perforada que sirve para que pase al horno el mineral del mismo tamaño. Los gases y vapores del mercurio salen por la sección superior al condensador por unos tubos de hierro, yendo a otros de igual tamaño y forma, pero de arcilla, colocados verticalmente, formando la corriente zig-zag, y sobre éstos cae continuamente una corriente de agua fría para activar la condensación. Un ventilador, colocado en la galería de conducción, activa la corriente.

Aunque a grandes rasgos, tal y como se deja descrito era el establecimiento minero de Almadén cuando en el año 1916 se reconoció por el Poder legislativo que no se hallaba en las condiciones que su importancia requería, y que era de todo punto necesario transformarlo en forma industrial y mercantil.

P A R A M E N O R E S

Divulgaciones de productos del suelo originarios de muchas industrias

LA PLATA

La plata es más dura que el oro y menos que el cobre; se utiliza para acuñar monedas, sirviendo de mezcla el cobre. El peso de la plata es superior al de otros metales, exceptuando el plomo; lo es diez veces más que el agua. Reúne excelentes condiciones de maleabilidad porque es blanda y puede reducirse a hojas finísimas. Con diez mil hojas de papel de plata superpuestas no alcanzan el grueso de tres centímetros. No obstante este detalle curioso, las hojas de papel de plata no llegan a poder adelgazarse tanto como las del oro.

Un grano o sean 0'0648 gramos de plata pueden convertirse en un alambre que alcance 375 pies de longitud y acaso más (100 metros) y una libra de plata puede convertirse en un alambre delgadísimo de setecientos kilómetros de longitud. La resistencia de este metal es poderosa y mayor que la del oro. Posee condiciones inoxidables, ya que el oxígeno no la ataca, como al hierro. Por esta razón se llama metal precioso. Cuando hay emanaciones de azufre, en lugares donde existen objetos de plata, este metal se oscurece. El azufre que contienen las yemas de huevo empaña y ennegrece las cucharas o tenedores de plata.

La aleación de nuestras monedas de plata es la siguiente: en las de cinco pesetas la ley es de 900 partes de plata por 100 de cobre; en las restantes de 835 partes de plata por 165 de cobre.

La plata nativa es la que se encuentra casi pura y sólida. La mayoría de las veces se encuentra mezclada con minerales diversos, no con tierra ni piedras, sino con cobre, plomo, etc. El país que actualmente produce más plata es México. España tiene minas de plomo argentífero cerca de Cartagena y de plata en Hiendelaencina (Gudalajara).

La obtención de la plata se hace mediante la pulverización del mineral de plata que se pasa por un fino tamiz. Después se mezcla con sal común y se tuesta al rojo en un horno, durante varias horas, atizando con frecuencia el fuego. El calor extremado evapora algunos metales que se hallan mezclados con la plata. Este polvo se mete en un barril con agua y se remueve de un lado a otro hasta que el agua y el mineral queden bien mezclados. Se introduce entonces en la pasta cierta cantidad de mercurio, y se vuelve a trajar el barril durante muchas horas. En este tiempo el mercurio obra de disolvente sobre otros metales e impurezas. Una vez conseguido esto hay

necesidad de que el mercurio desaparezca, y como ya hemos indicado en el número anterior sus cualidades, sometido a temperaturas, no hay nada más sencillo que calentar la mezcla y entonces el mercurio escapa vaporizado, dejando libre la plata. Esta operación se llama de refinado.

EL COBRE

El cobre es más pesado que el hierro y más ligero que la plata. Pulido, ofrece una superficie brillante. Es de sabor repugnante y la humedad le proporciona un color verdoso que se llama cardenillo y es venenoso, por cuya razón todos los útiles de cobre como cacerolas, cucharones, etc., deben secarse perfectamente después de usados.

Se utiliza para la fabricación de planchas, placas, alambres e hilos, que en la industria eléctrica y derivados tiene aceptación y servicio para el desarrollo de muchos elementos de conducción. La maleabilidad del cobre es grande y puede ser laminado mejor que otros metales.

Para fabricar un alambre de cobre se necesita ablandarlo. Esta operación, denominada «recocer», consiste en calentar el cobre y sumergirlo en agua fría. El hierro se endurece con semejante acción, pero el cobre se ablanda. Una vez ablandado, se obtiene el alambre, al hacerlo pasar por unos agujeritos de una placa de acero.

El cobre es muy dúctil, por cuyo motivo pueden hacerse hilos delgados de gran flexibilidad y resistencia.

Mezclado con el estaño forma un metal que se utiliza para fabricar campanas.

Se extrae de las minas terrestres no siempre puro sino mezclado con azufre, hierro y tierra. Hay minas en Suecia, Inglaterra y América. En España son importantes las minas de cobre de la provincia de Huelva y los yacimientos de la provincia de Lérida.

Para obtener el cobre se precisan operaciones semejantes a las del hierro, ya que hay necesidad de lavar el mineral con objeto de separar la tierra que contiene. Después se tuesta al rojo en un

horno, para quemar el azufre. Esta operación es malsana, ya que el humo del azufre es venenoso y muy seicante.

Este metal sirve de aleación con la plata y el oro para hacer monedas; también se utiliza para recubrir los cascos de los barcos de madera, por ser resistente y duradero, pero su principal inversión en el Mundo es para las líneas telefónicas y de energía eléctrica.

El bronce es una aleación de cobre, estaño y zinc. Se usa para fundir estatuas.

Antes del descubrimiento del hierro, las espadas y lanzas eran de bronce.

El latón se hace con cobre y zinc, dos partes de cobre por una de zinc.

El latón tiene un color muy amarillento. Se pule bien y se utiliza de varias formas y maneras. El cobre convertido en polvo fino (purpurina) se emplea para dorar. La plata alemana y la alpaca, etc. se obtienen a base del cobre.

ADVERTENCIA IMPORTANTE

En nuestro número anterior manifestábamos el deseo de que nos proporcionasen elementos de juicio superiores a nuestros conocimientos, el Consejo de Administración de Minas de Almadén (las más ricas del Mundo) para dar una orientación cultural amplia a quienes sigan la lectura de estas lecciones. Con la deferencia que caracteriza a este organismo, hemos recibido una extensa memoria, técnica y administrativa, excelentemente presentada, hasta con la historia de las minas de Almadén y Arrayanes, de la cual extraemos lo más conveniente de insertar en este número, que, por su extensión, no admite más originales. Ahora bien; prometemos seguir publicando las notas más interesantes, pero en las secciones correspondientes, que son las de Economía Nacional y Asistencia Social, ya que también poseemos datos elocuentes sobre accidentes del trabajo por intoxicación de mercurio.



OCURRENCIAS

Un lector se extraña de que nuestra Revista no tenga carácter político y manifiesta sus dudas respecto a la continuidad de vida y relaciones de nuestra publicación.

Indudablemente, para defender los intereses económicos, creemos que acogerse a un programa político resulta inútil. Todos los políticos tienen exposiciones e ideas en este sentido y con sólo in-

corporar lo que significa protección a la riqueza nacional, ya tienen materia suficiente en el Comercio, Industria y Agricultura de España, para resolver deficiencias y males que a nosotros nos sobra con dar a conocer.

Vea nuestro comunicante el camino que seguimos, donde no hallará semilla de odios ni discrepancias. Si fracasamos, no será por falta de voluntad y consideración.

Nuestro primer número ha sido repartido gratuitamente a los centros culturales de Madrid y Sevilla. También hemos solicitado una suscripción como ayuda para nuestro desenvolvimiento administrativo.

Unos han contestado aceptando, otros han correspondido con el silencio a nuestra súplica, cosa que agradecemos mucho.

Pero la nota pintoresca la ha dado el Sr. Secretario de un acreditado Centro de Sevilla, el cual nos envía un B. L. M. comunicándonos que no existe presupuestación, en el año corriente, para suscribirse. No extraña semejante carencia económica, aun suponiendo que esto no sea un formulismo, porque conocemos la crisis del dinero y cinco pesetas al año no se pueden gastar así como así. Lo que enmudece al más polemista y dicharachero es que se rechace una publicación netamente sevillana, apolítica y defensora, precisamente, de los intereses de los asociados, en toda la extensión de la palabra. Porque si en tal lugar el interés no existe, estamos viendo que las porteras, los cocheros y los vagabundos van a ser los más directamente afectados y favorecidos por nuestros artículos. Omitimos el nombre del Centro porque la consideración y el respeto a los socios nos veda una censura acentuada, que sólo dirigimos al Secretario, porque en esta vida hay momentos en que silenciando se obtiene más que respondiendo.

Como carecemos de firmas literarias que presen-ten a nuestra revista ese valor que la colocaría en situación preponderante, un amigo nos ha hecho ver este defecto, que, según su criterio, puede retraer la venta.

Estamos de acuerdo en reconocer la observación como prudente y bien determinada, pero todos los escritores no piensan igual y su profesionalismo les impide escribir por sport. Trabajar por gusto y complacencia es tarea difícil, lo conocemos como hombres experimentados. Ahora bien, a falta de estos elementos echamos mano a nuestra biblioteca bien surtida, y procuramos distraer a los lectores hasta que llegue el día, no muy lejano, de que se incorporen a la redacción esos valiosos escritores que ahora bastante favor nos prestan con no criticar duramente los muchos errores que padecemos en orden al buen gusto lite-

Un periódico local no ha dicho nada de la aparición de la revista y estamos esperando que de un momento a otro nos haga una reseña de «padre y muy ser mío». Hasta el gato de la redacción está nervioso.

Un viajante amigo nuestro nos indica que si existiera siquiera un hueco en estas páginas para defender tantas calamidades como padecen y sobre todo en estas épocas de paralización, sobraría motivo para amargar la vida a quienes envidian esta profesión.

Ya sabe el señor viajante, el empleado y el obrero y todo trabajador manual o intelectual que estamos al servicio de una causa noble y justa, pero si los textos van a encerrar amarguras y lamentos que nadie puede evitar, como son las incomodidades en fondas, las aguas, las malas comidas y las peores digestiones con clientes «huesos», se transformará nuestra humilde revista en algo parecido al «K. D. T.» o al «T. B. O.» y asustaremos a los fondistas desarrapados y malditos, como los llama nuestro amable viajante.

No hay derecho, amigo.

Hay comerciantes que necesitan tiempo y lugar para pensar. No siempre piensan en sus negocios sino que dejan que transcurran, con una modalidad característica en los españoles, las desgracias, los buenos tiempos, etc., sin estudiar la manera adecuada de prever una catástrofe. Si no venden enseguida, es culpa de la crisis; si venden mucho, los tiempos están regulares y siempre encontraréis una salida de apocamiento pero nunca una respuesta firme de convencidos.

A estos individuos, que son pocos afortunadamente, les hace usted una campaña y no se enteran, aunque se benefician. Han nacido con esta clase de «pasta». Pues bien, uno de estos señores nos decía, con su gesto indiferente: «Si ustedes consiguen algo, que lo veo difícil, entonces les prestaré la protección que necesitan, o sea el anuncio».

Es decir, que nosotros trabajemos activamente mientras él espera los frutos, y de ellos nos hará partícipes, para continuar en su defensa, de una parte insignificante que va con destino a la Revista, no para comprarnos caramelos o cigarrillos.

Amigo egoísta, si los comerciantes en general pensasen así, sería cuestión de suspender todo órgano de defensa y que ellos hicieran colectas para de vez en cuando zanjar sus pleitos en los Ministerios, pero directamente, sin que nadie les prepare el camino.

Prometemos que, de conseguir algo, su nombre figurará en nuestras páginas como excepción.

Y hasta el próximo número.

Doña Josefa

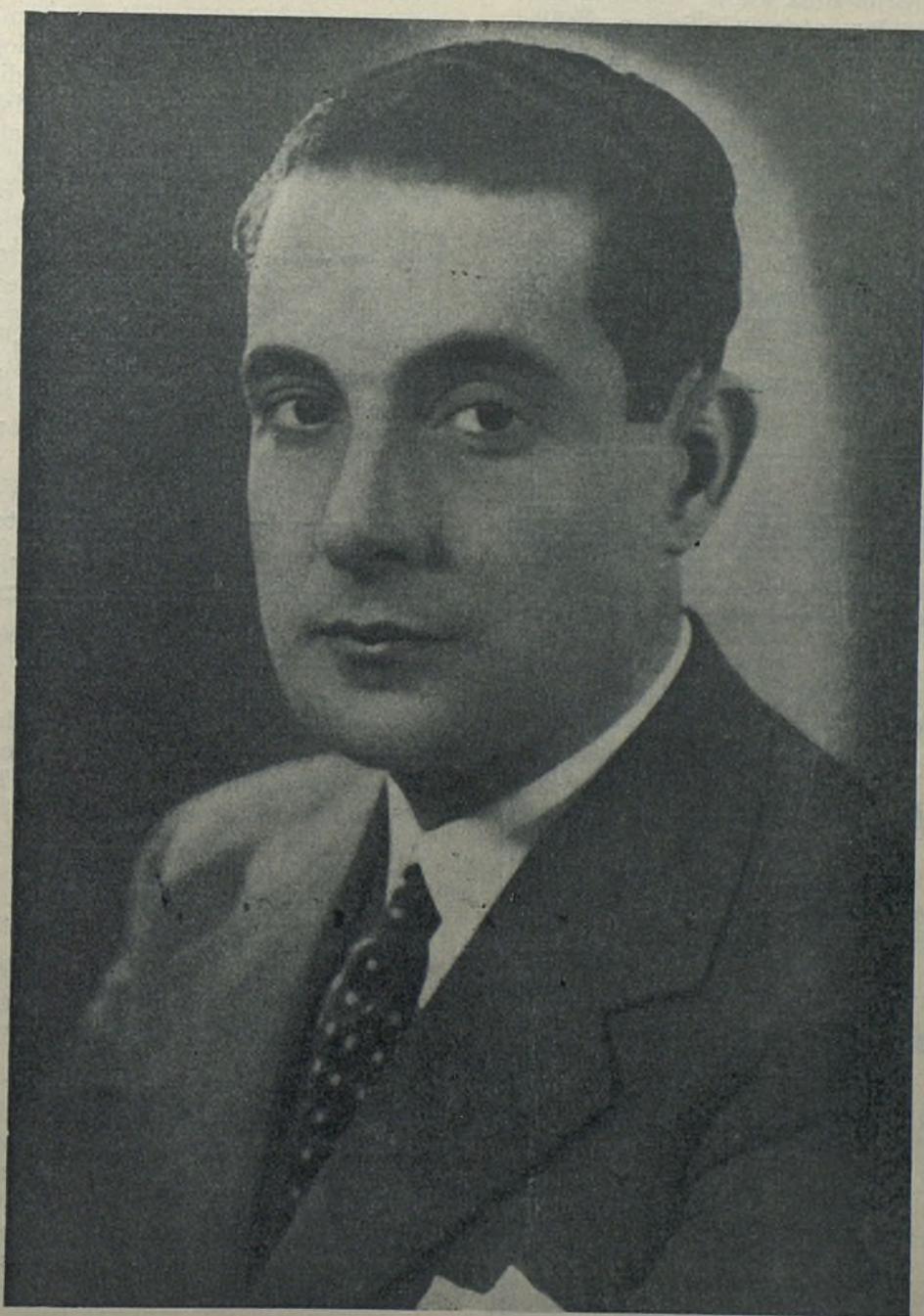
El mejor TALLER DE CARPINTERIA de Jerez de la Frontera
CRISTÓBAL GUTIÉRREZ SANCHEZ
CALLE MURO, 6



Higiene y MEDICINA



HOMBRES DE CIENCIA



D. JOSE DEL POBIL

Eminente cirujano y notabilísimo Urólogo, que viene realizando en Sevilla labor constante y feliz por sus acertadas intervenciones quirúrgicas.

CRUZ ROJA ESPAÑOLA

Con motivo del conflicto entre Italia y Abisinia, el mismo día de romperse las hostilidades entre dichos países (día 4 del pasado mes), el Comité Internacional de la Cruz Roja en Ginebra, cumpliendo acuerdos internacionales, se dirigió telegráficamente a las Cruces Rojas italiana y etíope ofreciéndoles su concurso y colaboración y los de las Sociedades nacionales de la Cruz Roja para las necesidades de la campaña.

A este ofrecimiento, la Cruz Roja italiana contestó que, agradeciéndolo mucho, no necesitaba auxilio alguno, por disponer de elementos suficientes para hacer frente a todas las eventualidades de la campaña en Africa Oriental.

Por su parte, la Cruz Roja etíope contestó que, por carecer de los elementos más indispensables para la campaña, en personal y material, aceptaba los ofrecimientos que se le hacían, solicitando al efecto aviones sanitarios, ambulancias móviles, personal, material sanitario y medicamentos, y, principalmente, dinero (10.000 libras esterlinas mensuales) para el sostenimiento de los hospitales.

En su consecuencia, el Comité Central de la Cruz Roja Española, siguiendo el ejemplo de gran número de Sociedades nacionales de Cruz Roja (británica, norteamericana, sueca, noruega, danesa, belga, suiza, hasta ahora), que equipan ambulancias

sanitarias, próximas a salir para Abisinia con abundante material y medicamentos, acordó enviar un donativo inicial a la Cruz Roja etíope de 500 libras esterlinas y hacer, mediante la Prensa diaria, un llamamiento al pueblo español para que contribuya a la obra humanitaria y fraternal de ayudar a la Cruz Roja de Abisinia. A este respecto, en las oficinas centrales de la Cruz Roja Española, Cisne número 18, en Madrid, y en los domicilios oficiales de los Comités locales de la institución en las distintas poblaciones, se admiten donativos, en metálico y en especie. (medicamentos, inyectables y material de curación, etc.), con destino a la Cruz Roja etíope.

Asimismo se admiten inscripciones de personal sanitario, «exclusivamente masculino, por expresa solicitud de la Cruz Roja etíope, con destino a las formaciones sanitarias de dicho país y conforme a las instrucciones dictadas al efecto por el Comité Internacional, que se hallan a disposición de los que deseen inscribirse en las oficinas centrales y locales de la institución, en Madrid y provincias, respectivamente. En este personal sanitario va incluido el de Aviación sanitaria.

Dadas las especiales condiciones geográficas de Etiopía, la Aviación sanitaria, más que al transporte de heridos y enfermos, se ha de dedicar, preferentemente, al de personal y material sanitarios y medicamentos.

Ultimamente se ha recibido el siguiente telegrama:

«La Cruz Roja etíope, a causa de las excepcionales necesidades, solicita urgentemente la ayuda de las Cruces Rojas del mundo».



Juan Aparicio

PINTOR



Trabajos de todas clases

PERSONAL ASEGURADO

DE ACCIDENTES



Facilidad en el Pago

NUESTROS REGALOS

Corte usted este cupón y, unido a la factura de compras que haga en cualquier casa anunciada en esta revista, envíelo a nuestra Redacción, Porvenir, 14, Sevilla.



En toda compra que exceda de veinte pesetas, LETRAS le obsequiará a usted con una participación de Lotería para el sorteo de Navidad, por valor de una peseta.

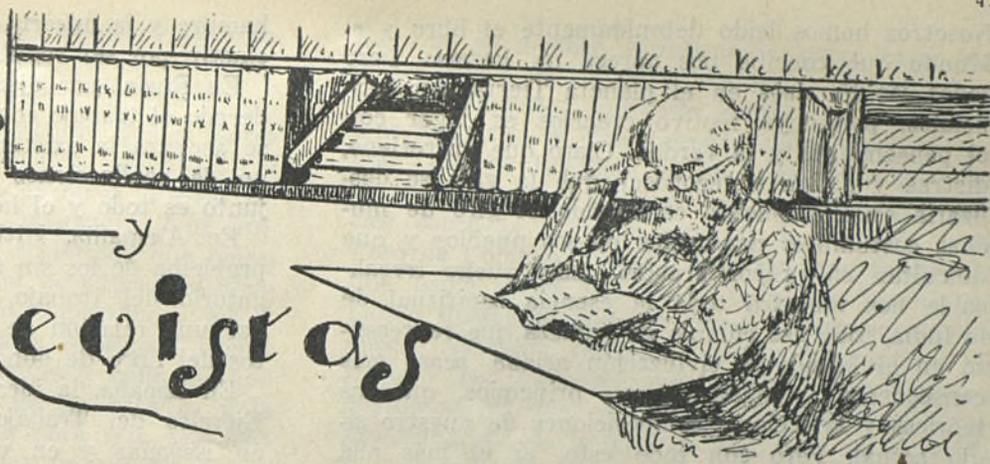
Rogamos indiquen al hacer las compras que en las facturas ponga el dependiente «PARA LA REVISTA «LETRAS» y la fecha correspondiente, posterior al 15 de noviembre.

Cuando el importe de la factura sea superior a cien pesetas, la participación será de cinco pesetas.

De no desear participación alguna, regalaremos entradas para el Coliseo España o Frontón Sierpes.

Libros

y Revistas



La Nao «Capitana», por Ricardo Baroja. Editada por Espasa-Calpe. 1935.

Ricardo Baroja, el ilustre artista y escritor, hermano del célebre novelista don Pío, representa en las letras españolas un caso notable de sincera expresión y realismo, producto de su arte personal libre de influencias y sugerencias. Espíritu rebelde, principalmente en sus comienzos, al igual que el creador de «Aviraneta», quien, como él, formóse en el autodidactismo, ha cultivado felizmente la narración, el periodismo y la crítica, que durante muchos años vino adunando con su dedicación a la pintura y otras modalidades plásticas en las que obtuvo merecidos triunfos.

Ahora, en la plenitud de su talento, con el dominio de facultades cultivadas en una vida intensa y poseedor del dominio ideológico, de la serenidad y la comprensión, traza nuevas creaciones en las que se refleja la riqueza de la fantasía y la soltura de plan y estilo. Sobra con leer la obra e inmediatamente comprobar esta moderna desviación que imprime carácter de maestro en las concepciones imaginativas de puro realismo.

«La nao «Capitana» tiene trazos severos y agudezas de la vida marinera del siglo XVII, época de poderío español. Las páginas de esta narración, recias como el aguafuerte, justas en sus elementos descriptivos, todas ellas impregnadas del alma de la época, unen a la reconstrucción fidedigna del costumbrismo mariner, que el lector advierte por su exposición natural, el proceso accional desarrollado por numerosa serie de tipos integrantes, cual protagonistas, del que es verdadero drama o conjunto de cosas que «parecen inverosímiles» por ser «semejantes a las de los cuentos y, como ellas, arbitrarias».

El lector, que prende su atención en el interés y amenidad crecientes de la fábula, que ofrécesele patentes ya en las primeras páginas, admira la que sin duda ha sido en el autor minuciosa y disertada labor precedente para lograr con tanto tino y ponderación el cuadro de época que en su libro ofrece.

«Clara-Rosa Masón y Vizcaíno», por don José María Azcona, de la Academia de la Historia. Editado por Espasa-Calpe. Madrid 1935. Vidas Españolas e Hispanoamericanas del siglo XIX. Precio de la obra, 5 pesetas.

Este libro reúne dos cualidades que acaso sean las más preciadas: avalora la colección de estas publicaciones de Espasa-Calpe con firma tan se-

lecta entre los eruditos y da a conocer a Clara-Rosa, personaje aventurero más que otra cosa, de las lides del vivir. La descripción que hace de este fraile está certificada por los conocimientos del autor y garantizada por documentos de interés que ratifican, ciertamente, toda la existencia de Juan Antonio de Olabarrieta.

El autor no ha omitido ningún dato, por sencillo que sea, pare facilitarnos orientaciones que al curso de la narración resultan interesantísimas, apreciando en ellas el estilo depurado de la redacción y el buen gusto.

«Krishnamurti en Nueva York, 1935». Disertaciones y respuestas por J. Krishnamurti. Traducción del texto taquigráfico inglés. Primera edición 1935. Publicaciones Sapientia.

Muy pocos conocen a Krishnamurti, y casi nadie los temas teosóficos y filosóficos que este disertador, considerado como un profeta, va desarrollando en sus charlas por el Mundo. La teosofía, cuya cuna estuvo en Madrás y sus mejores escuelas dieron luz al Universo de orientaciones y aspectos espirituales cuya comprensión no era factible de acogimiento en muchos cerebros, tiene un continuador en este pensador que, además de sus exquisitas cualidades intelectuales, posee el don de cautivar al auditorio por la facilidad de expresión y el conjunto singular de las ideas que va derramando al curso de sus conferencias como un bálsamo reparador en estas contiendas que a diario surgen en el seno de la Sociedad y que unas veces son de origen político y otras económico. Y dice: «La inteligencia es la única solución que pondrá armonía en este Mundo de conflictos». Pero la inteligencia es patrimonio y potestad de Estados bien organizados, porque sin escuelas y sin medios apropiados para que el hombre adquiera los conocimientos precisos, la armonía no existe, ya que cualquier dificultad supone para el individuo y para el grupo motivo de desavenencia por la desviación del pensamiento hacia el confusionismo.

En la sala Municipal de «Town Hall» han tenido lugar varias charlas con éxito indiscutible. Personalidades del Arte y de la Ciencia acudieron a oír a Krishnamurti, saliendo perfectamente impresionados del sentido filosófico más que teosófico de este pensador. La cultura ha llegado al límite de sus más preciadas galas para Krishnamurti, que conoce y desarrolla temas complicados sobre el sentimiento, la idea, la razón y la inteligencia.

Nosotros hemos leído detenidamente el libro y el Mundo que concibe nos parece un Paraíso. Pero todos los Paraísos en el planeta Tierra son artificiales, por cuyo motivo crearlos es jugar con el pensamiento y la verdad. Claro que entretiene, distrae y obliga a reconocer que la vida se deslizaría excelentemente cambiando el giro de muchas costumbres arraigadas en los pueblos y que dificultan su preponderancia. Este sueño irrealizable nos muestra toda la esenria espiritual de la India, todo ese cúmulo de riqueza que representó en el Mundo la civilización ariana, acaso más consecuente y sólida en sus principios, que las teóricas y artificiosas composiciones de nuestro siglo actual. Pero con todo esto, ni el más allá podremos desentrañarlo, ni los principios fundamentales del Espacio y del Tiempo nos dan materia suficiente para intentarlo. Ignoramos más que conocemos y pensar y sentir no es resolver un problema tan vedado para la inteligencia humana como es el del más allá. Donde el hombre no llega está Dios que es fuerza superior a la Humanidad. ¿Para qué intentar lo imposible?..

Por lo que se refiere al texto de este libro, agotado, resulta interesante. Habla de la abnegación, de la inteligencia y de la felicidad y en muchos párrafos estamos de acuerdo con el autor.

No es libro que todo el Mundo puede leer por la impresión que causa en las ideas generales y esenciales de los espíritus religiosos, bien católicos o protestantes.

«El Ejército del Trabajo y la Ecuación del hambre en España». (Nota para su estudio). Autor: D. Ricardo Campos Turmo. Primera edición 1935. Sevilla. Precio, 4 pesetas.

Todos los libros no tienen el valor potestativo de orientar a los lectores en materia de economía nacional, razonando los problemas y dándoles solución factible que a la vez determine disminución en el número de parados. Se editan muchos y se leen pocos, porque la base cultural no es tan eficiente y las lecturas interesan a reducido número. Pero «El Ejército del Trabajo y la Ecuación del hambre en España» se sale de las líneas generales de esta clase de publicaciones, para presentar con sencillez de redacción y con esquemáticas demostraciones algo que significa en el nervio Patrio, motivo interesante y justificado, que todo lector tiene que estudiar con agrado.

La obra de don Ricardo Turmo, más que ensayo, por su nivel cultural, es conjunto de ideas que al desarrollarlas prácticamente no hallarían obstáculos para su ejecución. El estudio efectuado no es somero ni superficial, sino extenso y a la vez comprensible, factores que contribuyen a ensalzar el mérito del trabajo.

En la actualidad «El Ejército del Trabajo», organismo creador sujeto a una disciplina, sin fueros militaristas; con principios moderados, donde la libertad, sin perderse, para bien de los derechos individuales encuentre un estímulo de expansión que solo puede hallarse en países donde el hombre viva por el desarrollo de sus facultades manuales e intelectuales, sin temor a una paralización involuntaria cuyas consecuencias son el

hambre y la miseria, no existe en España y debía existir, por ser república de trabajadores.

En Rusia, por ejemplo, el comunismo ha considerado el trabajo como valor único, y por lo tanto se asegura la existencia y convivencia en un plano de realizaciones donde la actividad del conjunto es todo y el hombre un simple elemento.

En Alemania, Hitler, para reducir el pavoroso problema de los sin trabajo, forma el servicio obligatorio del trabajo, institución que puede guardar una relación de parecido con algunos proyectos del libro de don Ricardo Turmo.

En España, la idea corresponde al autor de «El Ejército del Trabajo y la Ecuación del hambre en España» y en verdad que podemos asegurar que siendo la primera exposición intelectual en esta materia, está perfectamente bien discurrecida y mejor orientada. Presenta el problema de las marismas de Huelva con elementos de juicio para convertir zonas improductivas en económicas y saneadas; desarrolla las dificultades de origen de la carretera Sevilla-Ayamonte y da pauta sobre el trazado único y conveniente, y en Política Hidráulica y Economía eléctrica, concreta necesidades que han sido también motivo de estudio por parte de algunas intelectualidades españolas y que parecen relegadas a segundo término en los momentos actuales. Los restantes capítulos, son a tenor de lo citado, muy interesantes, y del conjunto de la obra podemos decir que es fruto preciado de un hombre inteligente y muy español.

«Los Esclavos felices». Opera de D. Juan Crisóstomo de Arriaga. Libro de D. Francisco Luciano Comella. Notas Bio-Bibliográficas y Noticias por don Juan de Eresalde. Precio, 5 pesetas. Editado en Bilbao.

Hay hombres que dedican su tiempo a estudiar detenidamente y con curiosidad la vida de los que fueron: toda su inteligencia se halla al servicio de este importante trabajo y son recuerdo vivo e imborrable de ese abandono de los demás hacia personajes creativos de ciencia o arte. La muerte puede destruir fácilmente una personalidad y poner con el transcurso de los años un velo tupido a toda la obra realizada, por grande que sea, para imposibilitar toda acción que determine las genialidades del que fué; el tiempo es su aliado más potente y el hombre su enemigo fiel. De vez en cuando este velo se rasga, una inteligencia viva ha examinado la vida, ha resumido las más enérgicas actitudes y ha descubierto el espíritu selecto de un autor célebre a quien nadie recordaba. Triunfo y satisfacción, el hombre no muere, vive entre nosotros porque tenemos el secreto de sus perfecciones y vamos a conservarlo siempre como tributo más hermoso que los monumentos y las semblanzas, ya que es imagen de un valor netamente intelectual que no obstante los años perdurará, como perduran Mozart, Wágnner, Listz, Beethoven, Saint-Saens, en la música; Víctor Hugo, Dumas, Cervantes, Santa Teresa de Jesús, Moratín, Fray Ceferino González, Tirso de Molina, Quevedo, Lope de Vega, en la literatura y en la poesía, como tantos otros que no enumeramos por no cansar con nuestro relato la atención que debemos prestar a esta obra cuyos tra-

zos son muy superiores, técnica y documentalmente, a las características de nuestra escasa inteligencia para resumir su contenido en esta sección.

D. Juan de Eresalde es el hombre que a fuerza de mucho trabajo ha conseguido presentar al autor de la música de «Los Esclavos felices» en todo su aspecto romántico y sentimental muy propio del siglo XIX y con toda la claridad que merece, para conocimiento de sus partituras musicales inspiradas en su juventud, sin grandes nociones pero con suficientes aptitudes de escuela propia, natural y hermosa por la sencillez y bella, porque la belleza radica en el alma de los artistas y la juventud le presta arrogancia para que sea más altiva y admirable. En un alma de artista, donde las durezas y desengaños no han prendido aún la percepción será más inocente, adolecerá de pequeños defectos, pero producirá una sensación más intensa en el espíritu. Los genios más grandes de la Humanidad han muerto en su juventud. El Tiempo es corto para los privilegiados. Juan Crisóstomo de Arriaga y Balzola nació en Bilbao el 27 de enero de 1806 y murió el 17 de enero de 1826 en París, número 314 de la rue Saint Honoré. Todavía no contaba veinte años y ya había dado copiosos frutos como son los ensayos de composición «Nada y Mucho», una obertura escrita a los trece años dedicada a la Academia Filarmónica de Bilbao y la música de la ópera en dos actos «Los Esclavos felices». En los años 1824 y 1825 compuso sus célebres «tres cuartetos», varias escenas lírico-dramáticas, romanzas, cantatas, obras religiosas y una sinfonía. Esto lo más selecto que conocemos, ya que su disposición para el trabajo era tan grande, que en su escasa vida hizo mucho más de lo que pudiera realizar cualquier humano. El genio musical, y si se quiere algunas partituras suyas, guardan relación de inventiva científico musical con las de Mozart. Hasta en el orden de acontecimientos tienen un símil destacado, que recoge D. Juan Eresalde con exactitud de datos.

Bilbao, su tierra natal, ha glorificado el nombre de Arriaga, pero todos los españoles tenemos el deber inexcusable de conocer las obras del compositor más joven y prodigioso, al Mozart español, según le llama don Emilio Arrieta, director de la Escuela de Música y Declamación de Madrid, en «La España del siglo XIX», (Colección de conferencias históricas dadas en el Ateneo Científico, Literario y Artístico de Madrid, años 1885 al 1886) y sería muy conveniente que las Sociedades Culturales y Artísticas de España tomasen a su cargo esta labor de divulgación, no sólo en conferencias sino también en recitales, para conocer los cuartetos y lo más escogido de la música de «Los Esclavos felices», que en el libro editado por don Juan Eresalde, a todo lujo, con grabados de la época y exposiciones biográficas, aparece desde la vida del compositor hasta sus conocimientos, pasando por los intérpretes de la ópera hasta el himno a Arriaga y el monumento levantado en el Parque de Bilbao como tributo al eximio artista, que es obra de don Francisco Durrio y Garnié, bilbaíno ilustre y de excelente sensibilidad, ya que la obra no puede ser más perfecta y de mejores trazos, sobre todo la posición de la musa, bien acertada en sus perfiles para el conjunto to-

tal, que se destaca visiblemente entre otras alegorías que hemos visto en Madrid y Barcelona.

Y, finalmente, sintiendo mucho no poder dar más amplitud a esta breve reseña, diremos que don Juan de Eresalde no ha escrito un libro; ha hecho algo más: compuso un notable juicio crítico sobre la obra en general de Arriaga, y el libro de Comella; recopiló detalles importantísimos que nadie podrá superar y todas las páginas se hallan ilustradas con retratos y vistas de aquella época. Nosotros vamos a oír cuanto contiene el libro y con nosotros muchísimas personalidades sevillanas, ya que esta revista ha tomado con extraordinario celo la obra de don Juan de Eresalde y en cualquier centro cultural de Sevilla organizaremos una velada. Ponemos este detalle en conocimiento de nuestros lectores, como final a esta crítica, por si desean recibir alguna invitación.

CABALLO VERDE PARA LA POESIA

Dirige esta publicación madrileña don Pablo Neruda y colaboran don Vicente Aleixandre, Robert Desnos y García Lorca, etc.

Su primer número ha decepcionado completamente en todos los círculos literarios y entre el público aficionado a las tonalidades poéticas.

Puede ser que la exposición sea nueva en nuestro siglo y los intelectuales superiores en un todo a los de actualidad, porque nosotros no entendemos en puro español lo que estos señores presentan. Vean nuestros lectores un párrafo:

«Es muy conveniente en ciertas horas del día o de la noche observar profundamente los objetos en descanso: las ruedas que han recorrido largas, polvorientas distancias, soportando grandes cargas vegetales o minerales; los sacos de las carbonerías, los barriles, las cestas, los mangos y las asas de los instrumentos del carpintero».

Nuestros lectores preguntarán para qué es conveniente todo esto y nosotros afirmamos, según dicha revista, que para inspirarse. Esta ignorada fuente de inspiración aparece en pleno siglo XX como numen desconocido para los pensadores. Excusamos decir más...

NUEVA POESIA

Revista Sevillana

Hacia lo puro de la poesía. No encontramos la pureza donde no existe la realidad. Y la realidad en poesía y en literatura es escribir con inteligencia para que todo el que lo lea se instruya, pero nunca se confunda. Nosotros criticamos lo que resulta feo. Examinemos un párrafo y que los lectores aprecien si esto es digno de publicarse.

«A la sombra de tu cuerpo
me ata la lógica del corazón.
La que nos lleva
de la azucena a la santidad,
de la violeta a la meditación,
del ciprés a la muerte....»

Antes me hizo libre. Me explicaba
que es lo mismo un ciervo
que un muchacho de diez y siete años:
que las fontanas son las lágrimas
de las flores muertas sin nacer...»

Ni comprendemos el parecido del ciervo con el niño, ni las lágrimas de esas flores muertas sin nacer. Es ir muy lejos, tanto que el sentido se pierde, porque no hay cosa alguna que rime, ni consonante poético que interese para seguir lectura. Hay que pensar enseguida que este poeta es materialista, ni ha soñado ni ha tenido ilusiones y su inspiración no la vemos por ningún lado...

Podemos equivocarnos, ya que nuestra revista está llena de realidades, y por este motivo ignoramos si los maestros críticos juzgarán aceptable esta serie de barbarismos gramaticales en figura de poema.

Equivocaciones las tiene el más listo. Y estos redactores, personas de caracterizada vida social, distinguidas y de excelente educación, han demostrado su plena incapacidad para las letras. No indicamos los nombres porque sólo tenemos que criticar la revista en general.

Y ahora nuestros lectores que examinen lo demás si así lo desean.

Antonio Suárez



*De la Economía española de tanteo
a la Economía nacional matemática*

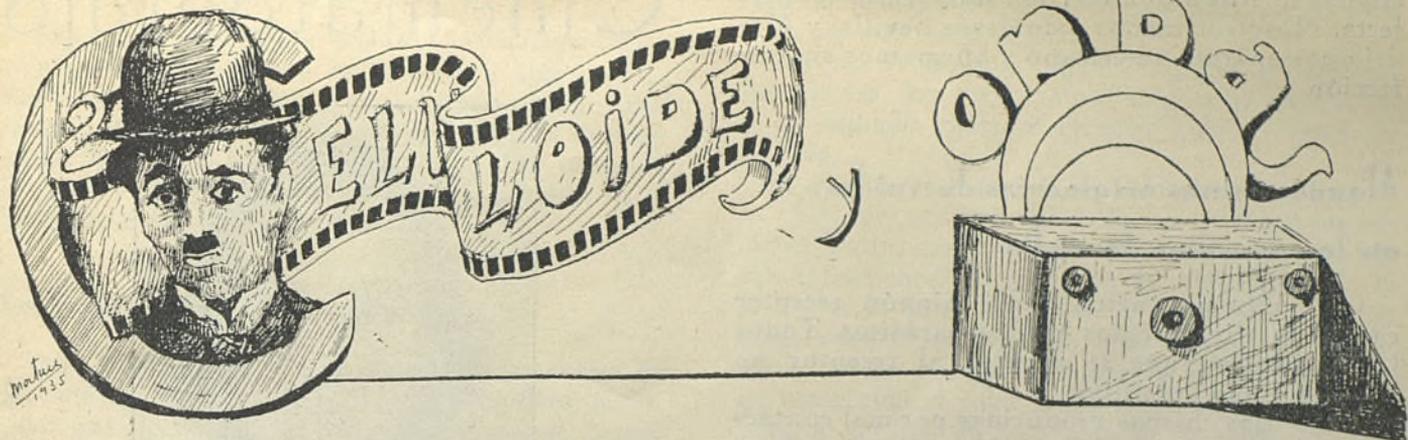
Lea el primer ensayo en España

El Ejército del Trabajo y la Ecuación del hambre en España

por R. Campos Turmo

Librerías de Huelva,
Sevilla y Madrid

Precio 4 pesetas



Algo sobre Radiotelefonía

La influencia de la radio, en el Mundo, trajo consigo una mayor pérdida por desvalorización en las impresiones gramofónicas. El costo del gramófono llegó a ser superior al aparato de radio y no solamente las audiciones requerían sus molestias sino que cansaban con exceso. No ha llegado el desplazamiento total, pero sí es sensible, y a todos nos consta, que se halla relegado a segundo término.

El cinematógrafo y el teatro también han sufrido las consecuencias de este invento moderno, pero en menor escala. Puede afirmarse que la radio sustrae un determinado número de público que catalogamos no como netamente aficionado, sino puramente acomodaticios. Personas que distraen su atención sin salir de casa y que, contrariamente, concurrirían a cualquier espectáculo si el aburrimiento de las veladas caseras no hubiera desaparecido con la radio. En un aparato de buena calidad podemos encontrar todos los medios humanos de entretenimiento. Sobra con buscar la emisora que radie el programa de nuestro gusto. Y conforme hay algunos que el sentido de la vista lo emplean en todo y por todo, otros se conforman con el oído y el pensamiento, para crear lo que solamente perciben. La radio, entretenimiento del hogar, es motivo para reunir a la familia, una vez terminada la tarea diaria. La radio, como difusión cultural, es el mejor elemento que actualmente posee el Mundo. No sólo se apreciarán los valores informativos o críticos, sino también los problemas agrícolas, comerciales, industriales, técnicos y pedagógicos. Es un constante bullir de ideas satisfechas, relación de programas a realizar, manifestaciones diplomáticas o políticas, sucesos del Mundo, enseñanza de lenguas vivas y hasta cuentos para niños.

Nosotros cumplimos nuestro cometido exponiendo nuestros juicios y orientaciones, que provienen de los aficionados de España y de los técnicos extranjeros. Creemos que esta nueva sección de LETRAS agrada a los lectores y empezamos con la estación de mayor divulgación cultural, que es «Radio Moscú». No nos meteremos en ideas más o menos acertadas en las propagandas que sobre ideales pueden hacerse en esta emisora. Basta con consignar sus programas muy escogidos y el lector tomará la parte que le convenga. Exponemos sin crítica alguna y exponemos, porque no hay país en el Mundo que facilite con mejores aten-

ciones y prontitud lo que se solicita. Nosotros hemos recibido esta muestra deferente en lo que se refiere a la «Radio Moscú», sin más pretensiones, y seguidamente ha llegado la contestación.

Radio Central Moscú

Programa de las emisiones en idioma español del mes de Noviembre de 1935, organizada por el Consejo Central de los Sindicatos de la Unión Soviética

Sábado	2	Revista de la semana. Preguntas y respuestas. Deportivas.
Domingo	3	El rol de los Sindicatos bajo la dictadura del proletariado.
Martes	5	En vísperas de la revolución. (Memorias).
Jueves	7	Durante la semana, crónica de la manifestación desde la Plaza Roja. Por la noche «El XVIII aniversario de la revolución».
Sábado	9	Revista de la semana. Preguntas y respuestas. Deportivas.
Domingo	10	El teatro y los artistas soviéticos.
Martes	12	Relato de un escolar.
Jueves	14	Historia del movimiento revolucionario ruso.
Sábado	16	Revista de la semana. Preguntas y respuestas. Deportivas.
Domingo	17	Velada infantil.
Martes	19	Los obreros soviéticos en la construcción.
Jueves	21	El 25 aniversario de la muerte de León Tolstoy.
Sábado	23	Revista de la semana. Preguntas y respuestas. Deportivas.
Domingo	24	Velada del campesino.
Martes	26	Historia del movimiento revolucionario ruso.
Jueves	28	Velada femenina.
Sábado	30	Revista de la semana. Preguntas y respuestas. Deportivas.

Además, en cada emisión daremos noticias soviéticas e internacionales de interés.

La emisión de los martes de «Radio Moscú» se efectúa de 22 a 23 horas de Greenwich, onda de 1107 metros. Los jueves, a la misma hora (de 18 a 19 hora argentina) y en ondas de 25 a 1724 metros. Los sábados, igual pero en ondas de 25 metros a 1107. Los domingos de 2 a 3, hora de Greenwich.

Los aparatos para las ondas respectivas y citadas facilitan una emisión muy clara y perfecta. Nosotros hemos oído desde Sevilla y Madrid por aparato americano y afirmamos su perfección.

Algunas causas originarias de ruidos en los aparatos de radio

1.º No hay actualmente ningún receptor capaz de eliminar los ruidos parásitos. Todos los dispositivos que se adapten al receptor no dan resultado definitivo.

2.º Las chispas producidas por mal contacto son las que generan los ruidos parásitos. Una chispa en sí es, generalmente, inofensiva, pues su alcance es muy limitado.

Los alambres conectados al punto donde se produce la chispa son los que hacen de antena y propagan los ruidos parásitos.

La solución del problema consiste, pues en evitar la propagación de los ruidos sobre las líneas eléctricas y otras.

3.º Los ruidos parásitos deben combatirse en su misma fuente de producción, evitando su propagación.

4.º En muchos casos, los ruidos parásitos son producidos por artefactos o máquinas eléctricas en mal estado.

La limpieza y ajuste de las mismas hace desaparecer los ruidos parásitos que generaban.

5.º Existen dispositivos sencillos y de poco costo que pueden eliminar por completo los ruidos parásitos. Estos dispositivos consisten en general en bobinas o chokes en serie con los conductores que conectan el artefacto perturbador a la red eléctrica. También se debe usar condensadores entre las chispas y tierra.

El diámetro de alambre debe estar en relación con el consumo de la máquina o artefacto.

6.º Los dispositivos mencionados deben conectarse lo más cerca posible de la chispa perturbadora. Algunos centímetros de distancia pueden anular completamente su efecto.

7.º Si usted es poseedor de un aparato de radio, por conveniencia y por deber de solidaridad con los demás oyentes, busque el origen de los ruidos parásitos que usted oye en su receptor.

Puede estar en su casa la fuente de ruidos parásitos que molesta a todo el barrio.

8.º Para encontrar el origen de los ruidos proceda metódicamente y por eliminación. Entrevístese con el dueño del artefacto o motor sospechoso, y, de acuerdo con él, haga conectar y desconectar el elemento dudoso y observe el ruido en el receptor.

Repita esta prueba con todos los artefactos dudosos de su vecindad, y estará casi seguro de encontrar la fuente de ruidos parásitos, siendo después relativamente fácil bloquear ruidos, impidiendo su propagación.

9.º Si todos los radioescuchas dedicaran de vez en cuando algunos momentos a la busca de las fuentes de ruidos parásitos, éstos se eliminarían rápidamente en gran proporción, para el bien de todos.

10. Recuerde siempre: Es difícil encontrar la fuente de ruidos parásitos, pero es fácil eliminar la causa que los produce.

Cinematógrafo



DOLORES DEL RÍO

Empezamos esta sección dando una reseña de las películas que se van estrenando en Madrid y Sevilla. Muchas de ellas son realizaciones verdaderamente lamentables. El cinema no tiene este cometido en la vida social. Es preciso que una cinta tenga un valor moral o histórico verdaderamente instructivo, porque los procesos que relajan lo que significa familia, religión y buenas costumbres no son aceptables en personas de un nivel cultural mediano. Ni tampoco quienes están desposeídos de cultura pueden apreciar con tranquilidad de espíritu el curso continuo de vejaciones que suelen transcurrir en las cintas con regocijo de mayores y pésima enseñanza de pequeños.

Nosotros no pensamos dar un curso de moralidad, pero nos acogemos a nuestro lema, que es la cultura. Las páginas de LETRAS son culturales y no pueden por menos de condenar toda obra cinematográfica exenta de las precisas cualidades para entretener al público en una esfera orientada hacia lo bello en el arte, lo humano en el drama, lo cómico y jocoso, que no critique lo bueno y lo histórico que no resulte una verdadera realización estilo siglo XX con trajes de épocas pasadas.

Películas hemos visto en la temporada pasada con excesiva presentación y carentes de argumento histórico, porque examinados varios episodios, resultaban producto imaginativo del director.

Estrenos en Madrid

Ojos Negros

Este film no tiene importancia alguna. Es una lección de moralidad a base de escenas crudas y rígidas donde se presentan los variados aspectos de la inmoralidad. Estas formas raciales que, en la insinuación, están como perfectas por su orientación, en la pantalla producen un efecto deplorable. El gusto escénico tampoco es bueno, y de fotografía, absolutamente nada digno de mencionar. Se estrenó en el cine Madrid-París, de la capital de la República.

El Conde de Montecristo

Estrenada en el cine Capitol. La versión muda que hace tiempo vimos es superior a ésta sonora. Las escenas son largas y de excesivo diálogo. Edmundo Dantés, el aventurero personaje, es la principal figura que borra estas deficiencias, logrando obtener el interés del público. Nada notable en la realización ni en fotografía.

La Pelirroja

Otro film que sirve para aumentar los anales de la cinematografía inmoral. Por si hubiera pocos, uno más de caracteres análogos a los que hemos visto desfilar durante la temporada pasada. Como asunto, es lo más sencillo y lo más perverso a la vez. Una modesta empleada perseguida por su jefe, no por cariño sino por satisfacción de deseos mal reprimidos. Caída al fin de la mujer y a través de una serie de escenas muy mal dirigidas y de pésimo gusto artístico, llegamos al fin, en que todo se arregla, pero se arregla cuando el público ha apurado lo más amargo de esta cinta, estrenada en el Cine Prensa, que es un cortejo de adulterios, divorcios y obscenidades.

Nobleza Baturra

Coincidiendo con la fiesta de la Raza se estrenó en 35 poblaciones de España esta producción de la marca nacional Cifesa. Este esfuerzo notable merece consignarse en honor a tan destacada Empresa cinematográfica.

En Sevilla, se estrenó en el Coliseo España el día 10 de octubre de 1935, con indiscutible éxito de público y crítica.

La cinta es un elogio a las cualidades morales de los hijos de Aragón. Coinciden en diversas escenas, presentadas muy bien en fotografía y decorados, la intensidad dramática que despierta en el público atención e interés. Tiene algunos episodios humorísticos bien conseguidos. La dirección de la película no tiene que envidiar a ninguna de marca extranjera, hecho que se consigna como aliciente y norma para la cinematografía nacional. De sonoridad tampoco hay nada que in-



RAUL ROULIEN

dicar contrario al buen gusto artístico: las jotas resultan magníficamente interpretadas, dando a la obra su más bello aspecto.

Imperio Argentina, Miguel Ligeró, principales intérpretes, los encontramos muy a la perfección y en segundo plano a Carmen Lucio y Juan de Orduña.

El asunto, en resumen, es el siguiente: Una moza, hija de un rico labrador, es pretendida por cierto galán, que con sus torpezas más que por sus intenciones, compromete la reputación de la joven. A lo largo de la cinta van transcurriendo situaciones dramáticas de muy buena ley, y llegamos al fin, en que se destierra la insidia y queda reconocido el valor moral como supremacía, que parecía perdido en la trama de la obra. La muchacha se casa con un honrado trabajador y termina el film con este feliz desenlace.

Estrenada en el Capitol, de Madrid.

Violines de Hungría

Este estreno del Coliseo España ha constituido un fracaso. La realización no consigue distraer más que en momentos escasos al paso de unas fotografías bien conseguidas, y algunos números musicales interpretados con acierto. El argumento no tiene originalidad alguna. Es el marido que con calma desacostumbrada en nuestra tierra, permite a la mujer una noche de fiesta, que presumimos resulta completa, pues no falta el champagne, el baile, el adorador, los besos y el perdón de última hora, haciéndose único culpable el marido, precisamente por no haber permitido, de momento, que su mujer buscara entre sus amistades del teatro expansiones que después se toma con amplitud... Francamente, no entendemos lo que tiene de razonable esta cinta.

Alta Escuela

(El Secreto de Carlos Cavelli)

UFILMS ha presentado en el Coliseo España una producción de técnica irreprochable. Rudolf Forster, el protagonista de la obra, admirablemente caracterizado para su papel caballeresco, atrae la atención del público y mientras transcurre el film, las escenas, sin perder su emotividad, presentan tonos humorísticos bien conseguidos y bonitos interiores. La fotografía, buena y el asunto tiene originalidad y gusto.

Angela Salloker, muy bien en su papel y en segundo plano, los demás cumplen el trabajo encomendado con esa peculiaridad potestativa de un buen director. La película ha proporcionado un éxito al Coliseo España, que este año empieza con programas de gusto.

Roberta

Irene Dunne, Gingers Rogers, Fred Astaire y otros animan esta producción de Radio Films, estrenada con éxito en el Coliseo España.

Parece que la Empresa del Coliseo conseguirá este año que los aficionados llenen su magnífica sala en cuantas producciones estrene. Hay selección y gusto en las presentaciones y con esto es sencillo conseguir el propósito de la Empresa,

«Roberta» es una revista con algunas escenas cómicas que le prestan atractivo. La fotografía contribuye a realzar los méritos y la música es bonita y pegadiza, música de perfiles parecidos a la «carioca». La exhibición de vestidos en la casa de modas «Roberta», amenizada con algunos compases bien dirigidos, resulta agradable. Los artistas, muy a tono con la dirección del film, cumplen en su papel, donde resalta más que ninguno Irene Dunne.

Don Quintín el Amargao

La producción española nos ha dado dos películas buenas: «Nobleza Baturra» y «Don Quintín». Aquélla es insuperable en fotografía a ésta, pero el asunto es de menor interés. Tal y como la vimos en el teatro aparece en el celuloide, con ligerísimas modificaciones intrpducidas a base de re-

saltar a Luisita Estesó, que nos agrada poco en su papel. Salvo este gusto particular, toda la obra, dirigida por Marquina, es bien realizada y el público, que llenó la sala del Coliseo durante seis días, salió entusiasmado y pregonando las bondades de esta producción española.

En fotografía tiene detalles muy completos en los interiores y algunas vistas exteriores conseguidas perfectamente. De sonido, menos perfección que en «Nobleza Baturra».

El conjunto es un paso bien marcado hacia el éxito de nuestras películas, donde desaparecen los tópicos del arte de Frascuelo y sencillamente se presentan las características más bellas de nuestra Patria en sus modalidades regionales. Estamos deseosos de conocer una cinta sobre los personajes de nuestra Historia y sus hechos.

Este motivo educativo realzaría más la semeblanza de España.

Rafael Suárez



José Chaves Nogales

Avenida de la Libertad, 62 Teléfono 25259 SEVILLA

Vea usted los cochecitos-cunas y las sillas para niños que presenta

CHAVES

AV. DE LA LIBERTAD, 62

Extenso surtido de receptores Radio de las mejores marcas

Philips - Zenith - Telefunken Punto Azul

Cambiamos por aparatos antiguos

Facilidades de pago



Por las Canchas Sevillanas

Frontón Sierpes

En nuestro número anterior indicábamos lo que a simple vista resaltaba en este deporte que, como en Madrid y Barcelona, tiene favorable acogida, o sea, que pasado algún tiempo, el éxito preconizado sería realidad.

Dos meses escasos vienen a darnos la razón, y es que el Frontón Sierpes ha sabido reunir las mejores cualidades y condiciones para ofrecerlas al público y, como es lógico, éste responde a diario en proporciones muy superiores a los cálculos de la Empresa. ¿No es verdad?... Si el local fuera de la capacidad del Frontón Betis, aun en igualdad de condiciones, hacía tiempo que estaba desplazado, más claramente: cerrado. Las circunstancias que concurren para el éxito es la situación;

la modalidad del juego femenino, menos viril indiscutiblemente, pero más atractivo; las atenciones, la comodidad y el deseo de la Empresa de obviar cuantas dificultades existan, animados del buen fin de agradar a todos en general.

Empieza la temporada de invierno y presagiamos una mayor fuente de ingresos que en otoño. Los boletos para quinielas alcanzan la cifra de mil ciento por jugada, y como son doce diarias, excusamos decir qué cantidad se moviliza, que no es potestativa de unos cuantos aficionados, sino de centenares de personas que acuden a diario.

De las pelotaris, que tienen su entrenamiento diario, hay un cuadro muy completo y excelente. La Empresa trae lo mejor que hay en España, sin regateos de ninguna clase, y esto significa capacidad directiva y buena organización.

FRONTÓN SIERPES

SIERPES, 11

Despacho de Quinielas Tel. 27450

Dirección Tel. 22634

El espectáculo más sugestivo
y emocionante de

Sevilla

Completamente moral y deportivo

Despacho de boletos abierto al público en el vestíbulo del salón desde las nueve de la mañana

Todos los días GRANDES PARTIDOS

Frontón Betis

Han reaparecido Echevarría Onaindia II, Ula-cia, Aróstegui y Uria, desde el 1 de octubre hasta hoy. Con estos jugadores, más la plantilla que todos conocemos, se ha formado un cuadro de lo mejor de España. No obstante, el Frontón Betis va entrando en una mala esfera de desenvolvimiento. Le sobran elementos y clase de juego y le faltan recursos de orientación. El público acude cuando los partidos son importantísimos, no importantes. Jugando Aróstegui, Emilio, Allende, Egurola y Goenaga I, los sábados, se llena el Frontón; los demás días, la Empresa no consigue el lleno.

Durante el mes de octubre y primeros de noviembre, el frío ha restado número de aficionados. La calefacción no comprendemos para qué sirve, si la van a utilizar cuando solamente acudan los aficionados de la barriada del Porvenir. Tiene que darse cuenta la Empresa que un negocio marcha

con economías bien realizadas, pero no a cuenta de los factores del mismo, porque entonces ese ahorro se convierte en ruina. Cuando hay dificultades, se precisa vencerlas seguidamente, no dejar que transcurra el tiempo y con él desaparezcan los ingresos. Es más difícil atraer que conservar.

Allende es la base del Frontón, su juego impresionante y lleva mucho público. La voluntad de este muchacho es superior al juego preciosista que realizan sus compañeros. Y no quitamos mérito a ninguno, pero damos una impresión exacta de lo que debe ser la cancha para el jugador. Desde que entra en juego hasta que termina el partido, su interés no debe estar fijo en la distancia o diferencia que indica el marcador, sino en sus facultades puestas con toda su voluntad para vencer. Mirar al marcador constantemente es una desilusión. Pocos partidos hay de empate y muchos en que la diferencia rebasa a 8 y 10 tantos.

Aróstegui viene de Barcelona en muy excelente forma.

F U T B O L

Ya se conocen las fechas y lugares donde se enfrentará España en sus partidos internacionales.

- 10 de Enero.—Madrid.—Austria-España.
 23 de Febrero.—Barcelona.—Alemania-España.
 26 de Abril.—Praga.—Checoslovaquia-España.
 3 de Mayo.—Berna.—Suiza-España

Nuestros equipos en el campeonato superregional, terminado el día 3 de noviembre, SEVILLA F. C. (campeón) - XEREZ (sub-campeón)

El Betis, en sus tres últimos encuentros, ha mejorado las actuaciones anteriores, al vencer al Sevilla en los dos partidos de este campeonato y al Mirandilla. No obstante el esfuerzo realizado, a última hora, cuando todas las energías estaban resumidas a no quedar colista, su homogeneidad no se halla definida. El conjunto puede tener algunos destellos que en ocasiones circunstanciales le conduzcan a la victoria, pero esto no se puede concebir como sintomático de la existencia de un once bien preparado y mejor dispuesto, que atravesase por momentos desgraciados. Para conseguir los triunfos necesarios, en la nueva liza, dar más profundidad al ataque y disponer de medios defensivos fáciles de reemplazar en caso de lesiones.

Paquirri está muy voluntarioso y bien en su puesto. Este muchacho dará excelentes tardes de fútbol, pero no empleándolo en todas las jornadas. Paquirri tiene una resistencia física mediana y su buen juego debe conservarse para las oportunidades en que intervenga como enemigo algún equipo de «campanillas». La línea media no debe estar sujeta a esos cambios que el domingo, día 3, pudimos observar, no por las lesiones de Capesto, sino por la ausencia de Aedo, que fué reemplazado por Larrinoa. Esta tripleta central es lo más sólido del Betis. Una falta se nota sensiblemente y contando con reservas para la defensa, es presentar mal conjunto cuando un medio sustituye al defensa.

Muy seguro, como el año anterior, y si cabe más, Urquiaga.

Con un esfuerzo donde han intervenido la voluntad y el amor propio, el Betis ha ocupado un lugar honroso aunque no esté clasificado. Le separa escasa distancia del campeón, que nosotros, por actuaciones anteriores, presumimos sería enorme. La segunda vuelta le ha sentado mejor y vuelve por sus fueros, que nos agradaría estuviesen demostrados plenamente en la Liga. La regularidad en sus futuras actuaciones será su mejor aliciente.

El Sevilla no ha hecho buenos partidos en la segunda vuelta del campeonato superregional. Suponemos que no sea el cansancio elemento contribuyente a las deficientes jornadas que ha dado en su campo y fuera de su campo, ya que el equipo

se halla bien dispuesto por sobra de reservas y nuestras impresiones del 30 de septiembre no han cambiado al considerarle como un once acoplado y de posibilidades en la Liga. La defensa tiene parte de culpa en sus fracasos, porque no todo debe ser ímpetu, sino colocación e inteligencia en las jugadas. También la línea media lleva jugados tres partidos sin eficacia alguna, y flojeando este elemento, los defensas pasan apuros enormes para contener al atacante.

Esperamos lo que en partidos sucesivos nos muestren para dar una orientación sobre la posibilidad de nuestros equipos en la Liga.

Felicitemos al Xerez, equipo joven, de buenas posibilidades futbolísticas, por la campaña realizada en este campeonato.

Campeonato de Liga

El Betis vence al Osasuna por cinco a uno.

El pasado domingo dió comienzo el torneo de Liga y con él la verdadera recuperación del Betis, quien está construyéndose un fútbol como no lo ha tenido nunca en su ya larga vida deportiva. Tal es de cerebral y artístico.

En su lucha con el Osasuna, todos los noventa minutos constituyeron una verdadera exhibición del acoplamiento de su delantera, la cual, al revés de así todas las vanguardias científicas, ha traducido

en numerosos «goals» sus avances por obra y gracia del escurridizo Paquirri, gran disparador y director de juego.

Solamente en la primera parte hubo combate, porque el Osasuna, que venía con deseos, ligó también un fútbol raso con abundancia de chuts, casi todos mal dirigidos. Pero al pasar el primer cuarto de hora de la segunda parte, en que el marcador señalaba 3-1 para los campeones, la entrega del Osasuna fué total, no acertando a bandear el temporal que se les vino encima.

Los tres primeros tantos fueron obra de Paquirri, el mejor el segundo, quien solamente puede ejecutarlo un hombre con la serenidad del flamante delantero centro local. Los dos goals restantes fueron ejecutados por Adolfo y Caballero y fueron remates a chuts de Paquirri, que el larguero devolvió al campo de juego.

Entre el segundo y el tercer tanto locales, Bienzobas acertó distancias al marcar de cabeza el tanto de los forasteros.

A juzgar por la exhibición bética, nada tendría de extraño que los pronosticadores de allende Despeñaperros comiencen a patinar como en la temporada pasada y la Copa de la Liga prorrogue por un año su alquiler con el pisito bajo de la calle de Bilbao. Un poquito de consistencia en la defensa haría el milagro.

Carpe

Resultados

Hércules	0	Valencia.....	5
Madrid.....	1	Sevilla.....	0
Osasuna.....	1	Athletic Bilbao...	3
Betis.....	5	Oviedo.....	3
Barcelona.....	0	Athletic Madrid...	1
Español.....	1	Racing Santander.	0



Interesantes surtidos en Confecciones para señoras y niños
 Confecciones para caballeros
 Perfumería y Menaje y en Artículos propios para regalos



Cifesa

La marca de garantía

Presenta en el
COLISEO
ESPAÑA

Rumbo al Cairo

No deje de asistir a la sala del COLISEO ESPAÑA que en esta temporada presentará las mejores producciones nacionales y extranjeras.

Coliseo España

El local más suntuoso de Europa

Sevilla

Avenida de la Libertad

Teléfono 25375

Sólo presenta películas
y espectáculos
de primer orden

ROTO

Multicopista de gran
rendimiento y precio
económico.

●
GARANTIA 20 AÑOS
●

Concesionario exclusivo:

D. FLORIAN DELGADO

●
Madrid

Calle Mayor, 41.-Teléfono 18181
Avenida de Pi y Margall.-Tel. 20843

*Recomendamos
como hospedaje*

▼
**Hotel
Urzay**
▼

Gran confort

Pensión económica. En el
centro de Madrid. No
deje de visitar este mag-
nífico Hotel * * * * *

Av. Eduardo Dato, 27
Tel. 11921 MADRID

Rafael Martínez

●
COMPRA - VENTA DE NEU-
MATICOS Y CAMARAS DE
OCASIÓN. FABRICA DE
ABARCAS. ALMACEN DE
* * CUBIERTAS VIEJAS * *

●
Despacho y Almacén:

Almendo, 22 moderno
y 16 antiguo.-Tel. 76540

Madrid

PEDRO ROLDAN

●
*Trajes, Abrigos,
Impermeables, Trin-
cheras y Gabardinas
para Caballeros y Niños*

PRIMERA CASA EN ANDALUCIA

●
*Uniformes de todas
clases, Artículos
para viaje * * * * **

Plaza del Pan, 1 al 3 y Lineros, 17 al 21

SEVILLA



*Nuestro próximo número saldrá
el día 30 de diciembre*

Constará de cuarenta páginas

Compañía Sevillana de Transportes

Sucesor: MARCELINO BONET
Hoy JOSE MARIN RAMOS

PARADA Y ESCRITORIO:

Plaza de la Pescadería, 1
Teléfono 25748

ALMACENES:

Jiménez Aranda, 2
Teléfono 32138

Transportes Económicos

SEVILLA

Telegramas «Brauneson»

Apartado Correos, 648

Carlos E. Braune

Agente de Maderas
de todas las clases
Báltico - Adriático - América

EXCLUSIVA entre
otras, de las siguientes
marcas tan conocidas

WOW
W
SUND
STOGKA
G*K
APPECO

Teléfonos núms: 76090
6190

BARCELONA

Muebles

Modernos,
Bonitos y Económicos

VALVERDE DEL CAMINO
(Huelva)

José Franco José

Para el Serrín

Llame a **Hijo de E. GATA** Tel. 23932

SEVILLA

FRAGMA

Fotograbados

Rapidez y esmero

Solliciten precios



Madrid

MADERA, 11

Ramón Gil Vidal

Fábrica de aserrar madera
de pino del país en tablas y
cortes de cajas y barriles

Fabricación de salazón y anchoado

Pino rojo - Pino tea - Cedro
Nogal y Finas de caoba

Vigo

Telegramas y Telefonemas:

RAGIL

Correo: Apartado 52

Teléfono 2720

Representante en

Sevilla

Valentín Arias

Moratin, 13

Teléfono 28103

BALDOMERO MORENO ESPINO

MADERAS NACIONALES Y EXTRANJERAS

CORDOBA

Telegramas: MORENO

Teléfono 2769

Avenida Obispo Pérez Muñoz

ATLANTIC, S. A. E.

MADRID - - Domicilio Social: Avenida Eduardo Dato, 29

Sucursales:

Almería	García Alix, 3
Barcelona	Almogávares, 66
Bilbao	Elcano, 26
Cádiz	General Riego, 36
Cartagena	Osuna, 6
Córdoba	Medina Azahara, 1
Gijón	Magnus Blikstad, 16
Granada	Marqués de Portago, 27
Huelva	Castelar, 23
Jerez de la Frontera	Juan Sánchez, 37
La Coruña	Feijóo, 3
Linares	Paseo de Linarejos 2
Málaga	Alameda de Pablo Iglesias, 40
Palma de Mallorca	Honders, 12
Santander	Méndez Núñez, 6
Sevilla	Calle Adriano, 7
Valladolid	Claudio Moyano, 26 y 28
Vigo	Avenida García Barbón 41
Zaragoza	Virgen, 7 y 9

Sucursal en Sevilla: Adriano, 7

Lubrificantes

Parafinas



Anti-Oxidante

NUST

*Nada más importante para usted
que efectuar sus compras en*

Almacenes El Siglo

*¿Razones?... La calidad de sus
artículos y la economía.*

Sevilla - Francos, 10

Pruebe Vd. un
V e r m o u t h
S a e n z
Moguer

Agente en SEVILLA:

Manuel Contreras
ALBAREDA, 26
Teléfono 23210

*Para sus oficinas,
adquiera lo preciso, en
Papelería, impresos,
tarjetas, etc. a*

Raimundo Blanco

IMPRENTA

*Especialidad en trabajos
de lujo y económicos*

SEVILLA Teléfono 25218
Encarnación, 31

Ramón Soriano

AGENTE DE ADUANAS
Y
COMISIONISTA DE TRANSITO

Sevilla
Paseo de Colón, 16
Teléfono 25842

Félix Bazo Nájera

**Almacén de Maderas
y Fábrica de Envases**

CEMENTOS BLANCOS
«GRIFFI»

Sevilla
Calle ORIENTE, 20, dupl. A
Dirección Telegráfica «Félix»
Teléfono 31370
Clave: A. B. C. 6.ª Edición

Rogamos a nuestros lectores favorezcan con sus compras a los anunciantes de esta Revista

EUSEBIO ERRASTI AGUIRIANO

Transportes
por camiones modernos
para dentro y fuera
de Sevilla.

**PRECIOS
ECONOMICOS**

SEVILLA

Huerta Madre de Dios
Cruz del Campo

TELEFONO 31389

VISITAD
Almacenes
**CIUDAD
DE SEVILLA**

El mejor surtido de
Tejidos Novedad para
Otoño e Invierno

Espléndida colección de
Modelos de Vestidos,
Abrigos y Sombreros
de Señora.

PELETERIA

Secciones especiales de
Paquetería y Saldos
con precios de almacén

PLATA MENESES

VIAS Y RIEGOS

S. A.

Empresa Constructora

Domicilio Social: ZARAGOZA
Avenida de la República, 43

Sucursal en SEVILLA:
S. Fernando, 27-Tel. 24090

GARCIA y COMP.

SEVILLA

*Almacén de Ferretería
al por mayor*
San Isidoro, 3 - Teléfono 25008

*Almacén de Ferretería
al por menor*
Plaza del Pan, 4-Teléfono 25322

Almacén de Hierros
Antonia Díaz 17-Teléfono 27265

Depósito en Tabladilla
Teléfono 32808

*Una de las más recono-
cidas firmas comerciales*

La Unión y El Fénix Español

Compañía de Seguros Reunidos
===== SOCIEDAD ANONIMA =====

Aprobada por Real Orden de 17 Marzo de 1864
Autorizada por Real Decreto de 5 Junio de 1864,
e inscrita en el Registro que establece la Ley de
14 de Mayo de 1908 para la inspección de las
===== Empresas de Seguros =====

Capital social:

12.000.000 de pesetas efectivas
===== *completamente desembolsado* =====

RESERVAS INTEGRAS EN ESPAÑA

Domicilio social:

M A D R I D , Calle Alcalá, 43

Subdirección en Sevilla:

Calle García de Vinuesa, 6
===== *Teléfono 25532* =====

Robo - Incendios - Vida - Accidentes - Marítimos

Banco Central

Domicilio Social: Alcalá, 51

Madrid

Capital autorizado. . . Ptas. 200.000.000

» desembolsado » 60.0000.00

Reservas » 23.107.144

131 Sucursales en España

◆ El Banco Central

realiza todas las operaciones bancarias propias de los establecimientos de primer orden, abonando intereses con arreglo a los mayores tipos autorizados por el Consejo Superior Bancario

Cuentas Corrientes

A la vista Interés anual, 1,25 %

Caja de Ahorros

. Imposiciones en libretas, Interés anual 2,50 %

Imposiciones Anuales

A un año. Interés 3,50 %